

© 1994 EDITORIAL CARIBE

P.O. Box 141000

Nashville, TN

Título en inglés: *He Still Moves Stones*

© 1993 by *Max Lucado*

Publicado por *Word Publishing*

ISBN: 0-88113-182-2

Traducido por *Erma L. Ducasa*

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total

o parcial de esta obra sin

la debida autorización

de los editores.

*Dedicado a la familia de Oak Hills*

Para que sigamos creciendo en unidad y unidos sigamos creciendo.

## ***Contenido***

---

*Reconocimientos*

- 1 Cañas cascadas y pábilos humeantes

### ***La caña cascada***

---

- 2 No culpable  
*Victoria sobre la vergüenza*
- 3 No se pierda la fiesta  
*El calabozo de los amargados*
- 4 Cuando usted y los suyos no congenien  
*Cómo tratar con los parientes difíciles*
- 5 Se permite volver a soñar  
*Frente al desánimo*
- 6 Leche cortada  
*Victoria sobre una mala disposición*
- 7 Un presentimiento loco y una esperanza sublime  
*Gestos genuinos de fe*
- 8 Por siempre joven  
*Cómo apreciar el proceso del envejecimiento*
- 9 Lea la historia  
*Cuando otros le desilusionen*

### ***El pábilo humeante***

---

- 10 El poder de una oración tímida  
*Cuando dudes de la relevancia de tus súplicas*
- 11 Luces brillantes en las noches oscuras  
*Cuando se le acaben las opciones*

12 La cosa más difícil que Dios haya hecho jamás  
*Cómo comprender las prioridades de Dios*

13 Aquello que sólo Dios puede hacer  
*Cuando esté atrapado por el legalismo*

14 Gracia de Galilea  
*Cuando desilusione a Dios*

15 La ternura de Dios  
*Cuando se pregunte si a Dios le interesa*

16 El loco convertido en misionero  
*Cuando se enfrente a la maldad*

17 Ver lo invisible  
*Cuando le tema al futuro*

18 La oración de José  
*Cuando lo confundan las acciones de Dios*

19 Ante la tumba  
*Cómo comprender la muerte*

20 Cristianismo indiferente  
*Cuando ser bueno no basta*

21 La galería del removedor de piedras

*Guía de Estudio*

# **Reconocimientos**

---

El acto de escribir un libro y una travesía por un desierto tienen mucho en común. Largos tramos de planicies áridas marcadas por ocasionales oasis de inspiración. He aquí un saludo a los queridos amigos que hicieron de este viaje una experiencia tan placentera. Gracias por no expresar quejas ante la arena y por festejar cada oasis.

A mi asistente Karen Hill: Haces más que organizar mi oficina y corregir mis escritos. ¡Conservas mi cordura!

A mi correctora de estilo Liz Heaney: Al igual que un buen cirujano, tu discernimiento es agudo y tu bisturí filoso.

A la familia de la Casa Editorial Word: A cada uno de ustedes (editores, artistas, secretarías, recepcionistas, vendedores y los encargados de tomar decisiones), son los mejores.

A Roy y Barbie Johnston: Gracias por prestarme vuestro escondite en la bahía Horseshoe.

Al director ejecutivo de UpWords, Steve Green: Ningún otro podría hacer lo que tú haces de la manera que lo haces. Te estamos en deuda.

A mi esposa Denalyn: ¿Qué más puedo decir? Eres brillo de estrella y yo soy Galileo. Tu resplandor aún me deslumbra.

Y para usted amigo lector reservo mi saludo final:

Para algunos de ustedes este libro marca nuestro décimo encuentro (¡feliz aniversario!). Para otros es la primera vez en que nos encontramos (encantado de conocerle). Y para la mayoría que está en alguna posición intermedia (es bueno poder estar de nuevo con usted).

Está a punto de confiarme su bien más preciado: Su tiempo. Me comprometo a ser un buen mayordomo. Aunque el escribir un libro pueda semejarse a un viaje por un desierto, la lectura del mismo no debería ser así. Debiera más bien ser una pausa en el oasis. Espero que así sea.

Beba profundamente.

Max Lucado

# CAÑAS CASCADAS Y PÁBILOS HUMEANTES

---

La caña cascada no quebrará,  
y el pábilo que humea  
no apagará.

Mateo 12.20

Imagínese que sea un sábado por la tarde del mes de octubre. Ya ha hecho lo que debía hacer ese día. Delante de usted se extiende una tarde sin obligaciones. Las tardes libres no se le presentan con la misma frecuencia de antes, de manera que considera sus opciones para el día. Revisa un diario en busca de ideas. ¿Una película? No están exhibiendo nada bueno. ¿La televisión? Eso puede hacerlo cualquier día. Un momento. ¿Qué es esto? Hay un aviso que le llama la atención.

Exposición especial de arte  
«Cañas cascadas y pábilos humeantes»  
El sábado por la tarde de 2.00 a 4.00  
Biblioteca Lincoln

Mmmm... Hace tiempo que no ve buen arte. ¿Cañas cascadas y pábilos humeantes? Tal vez el tema se refiera a la naturaleza. Por otra parte la caminata sería agradable. Decide hacerlo. Deja el periódico, se pone un abrigo y toma unos guantes.

Lo saluda el olor mustio de los libros al traspasar las puertas de la biblioteca. Detrás del mostrador está sentada una bibliotecaria con su cabello recogido en un moño y un lápiz detrás de su oreja. Un estudiante que tiene a sus pies una mochila tiene la mirada fija en una gaveta de fichas catalogadas. Una mesa cubierta de viejas revistas *Life* le llama la atención. Está por levantar la que tiene a Truman en la portada cuando ve un cartel que le recuerda el motivo de su visita. Dice: «Cañas cascadas y pábilos humeantes» y le señala el camino hacia una puerta. Cruza un pasillo, abre una pesada hoja de las dos que tiene la puerta de madera y entra por ella.

Es una sala pequeña de clima íntimo. Los estantes cubren las paredes y sobre ellos hay hileras de libros. Hay una chimenea donde chisporrotea el fuego y un par de altos sillones con respaldar en forma de alas que invitan a pasar la tarde en compañía de un buen libro. *Tal vez más tarde, piensa usted. Primero el arte.*

Colocadas alrededor de la habitación están las pinturas. Todas enmarcadas. Realizadas en colores brillantes. Ubicadas sobre caballetes, en parejas y siempre

con sus reversos tocándose uno al otro. Pone sus guantes en el bolsillo del abrigo, cuelga este en un perchero y se dirige hacia el primer cuadro.

Se trata de un retrato de un leproso. La figura central sobre el lienzo se inclina hacia adelante como un jorobado. Su mano carente de dedos, cubierta de trapos, se extiende hacia usted en ademán de súplica. Un abrigo raído esconde toda su cara con excepción de dos ojos llenos de dolor. La multitud que rodea al leproso está sumida en el caos. Un padre está agarrando a un niño curioso. Una mujer tropieza con sus propios pies al intentar alejarse precipitadamente. Un hombre echa sobre su hombro una mirada de indignación mientras corre. El cuadro tiene como título la súplica del leproso: «Si quieres, puedes...»

La siguiente pintura retrata al mismo leproso, pero la escena se ha modificado de forma dramática. El título está compuesto por una sola palabra: «Quiero». En este bosquejo el leproso está de pie erguido y alto. Está observando su propia mano extendida: ¡Tiene dedos! El velo ha desaparecido de su rostro y está sonriendo. La multitud que lo rodeaba no aparece; sólo una persona está erguida al lado del leproso. Usted no puede ver su cara, pero puede ver su mano sobre el hombro del hombre sanado.

*Esta no es una exposición sobre la naturaleza*, se dice al pasar al siguiente cuadro.

En este caso el pincel del artista ha captado a una mujer suspendida en el aire al saltar desde un lado de un desfiladero al otro. Sus ropas están raídas. Su cuerpo es frágil y su piel está pálida. Se le ve anémica. En sus ojos puede verse la desesperación al esforzarse por alcanzar la pared del otro lado del cañón con ambas manos. Parado en el borde está un hombre. Lo único que usted puede ver son sus piernas, sus sandalias y el borde de su manto. Debajo de la pintura están las palabras de la mujer: «Si solamente...»

Rápidamente usted se dirige a ver la siguiente escena. Ahora ella está erguida. El suelo debajo de sus pies descalzos es sólido. Su rostro está lleno de vida. Sus ojos observan con cautela la medialuna de personas que la rodean. De pie, a su lado, está aquel que ella buscaba tocar. ¿El título? Sus palabras. «Ten ánimo...»

El siguiente cuadro es surrealista. Domina la tela el rostro desfigurado de un hombre. El cabello anaranjado se retuerce sobre un fondo violeta. La cara se extiende hacia abajo y en su base se engrosa como una pera. Los ojos son unas ranuras perpendiculares en las cuales danzan mil pequeñas pupilas. La boca está abierta y congelada en un grito. Nota algo extraño: ¡Está habitada! Cientos de criaturas aracniformes riñen unas con otras. Sus voces desesperadas son captadas por el título: «¡Te conjuro por Dios que no me atormentes!»

Fascinado da un paso hacia la próxima pintura. Es el mismo hombre pero ahora sus facciones están serenas. Sus ojos han perdido su aspecto salvaje, son redondos y suaves. La boca está cerrada y el título explica la repentina paz: «Liberado». El hombre se inclina hacia adelante como si escuchara con atención. Su mano acaricia el mentón. Colgando de su muñeca puede verse un aro de hierro y una cadena. Una cadena rota.

En otro cuadro una mujer cuya ropa apenas la cubre está agachada ante un airado grupo de hombres que la amenazan con piedras. En el siguiente cuadro las piedras, sin haber causado daño alguno, yacen en el suelo, desparramadas por el

lugar ocupado por una mujer que ha sido sorprendida y un hombre sonriente que está de pie ante unos dibujos trazados en la tierra.

En una pintura un paralítico sobre una camilla anima a sus amigos a no darse por vencidos al fijar su mirada en una casa que rebosa de gente. En la siguiente la camilla está sobre los hombros del muchacho mientras sale saltando por la puerta de la casa.

En un cuadro un hombre ciego le grita a un rabino. En el siguiente se postra ante aquel al que había gritado.

Las secuencias se repiten a lo largo de la galería. Siempre hay dos pinturas una de una persona en trauma y otra de una persona en paz. Son los testimonios del «antes» y el «después» de un encuentro que ha producido un cambio de vida. Las escenas de serenidad que se suceden eclipsan a las de pena. Un propósito que derrota el dolor. Una esperanza que sobrepasa la herida.

Pero solitaria en el centro de la sala se encuentra una pintura que no tiene pareja. Es diferente a las demás. No hay rostros. No hay personas. El artista ha mojado su pincel en profecía antigua y ha trazado dos objetos simples: una caña y un pábilo.

La caña cascada no quebrará,  
y el pábilo que humea no apagará.  
Mateo 12.20

¿Existe alguna cosa más frágil que una caña cascada? Observe la caña cascada a la orilla del agua. Lo que una vez fue un alto tallo de fuerte hierba de río está ahora inclinado y doblado.

¿Es usted una caña cascada? ¿Ha pasado tanto tiempo desde que se erguía alto y orgulloso? Se levantaba tan recto y fuerte, nutrido por las aguas, habiendo echado raíces en el lecho del río de la confianza.

Luego sucedió algo. Usted fue cascado...

Por palabras ásperas  
Por el enojo de un amigo  
Por la traición de su cónyuge  
Por su propio fracaso  
Por la rigidez de la religión.

Y usted fue herido, doblado apenas. Su caña hueca, antes erguida, ahora se inclina y esconde entre los juncos.

¿Y el pábilo humeante en la vela? ¿Existe algo más cercano a la muerte que un pábilo humeante? Lo que antes ardía ahora se debilita y falla. Aún permanece la tibieza de la pasión del ayer, pero no hay fuego. El frío aún no se impone pero el calor está lejos. ¿Tanto tiempo ha pasado desde que usted ardía de fe?

¿Recuerda cómo iluminaba la senda?

Luego vino el viento. El viento frío, el viento duro. Dijeron que sus ideas eran necias. Le dijeron que sus sueños eran demasiado elevados. Lo regañaron por desafiar lo establecido.

El viento constante se abatió sobre usted. Se mantuvo fuerte por un momento (o tal vez por toda una vida), pero la ráfaga interminable sacudió su llama vacilante, dejándolo a un paso de la oscuridad.

La caña cascada y el pábilo humeante. La sociedad sabe qué hacer con ustedes. El mundo tiene un sitio para los golpeados. El mundo los quebrará; el mundo los apagará.

Pero los artistas de las Escrituras proclaman que Dios no lo hará. Pintado sobre una tela tras otra está el tierno toque de un Creador que tiene un lugar especial para los lastimados y cansados del mundo. Un Dios que es el amigo del corazón herido. Un Dios que se encarga de velar por sus sueños. Ese es el tema del Nuevo Testamento.

Y ese es el tema de la galería.

Caminemos juntos por la galería. Estudiemos los momentos cuando Cristo se encontró con las personas en sus momentos de dolor. Veremos cómo se comprueba la veracidad de la profecía. Veremos cómo se enderezan muchas cañas cascadas y se encienden pábilos humeantes.

Es una interesante colección de pinturas. Dicho sea de paso, su retrato también se encuentra en la galería. Adelante. Obsérvelo. Está allí, a un costado. Al igual que en los otros casos hay dos caballetes. Pero a diferencia de ellos, estas telas están en blanco. Su nombre está en la base. Al lado del caballete hay una mesa sobre la cual hay pinturas y un pincel...

## LA CAÑA CASCADA

---

*Estaba de pie con seguridad.*

*La cabeza erguida sobre el tallo firme.*

*Pero eso fue antes del golpe descuidado, la inclemente lluvia.*

*Ahora está cascada, doblada. Debilitada.*

*Busca dedos delicados que enderecen y no quiebren.*

*Necesita un toque firme que sane y no lastime.*

*Tierno poder.*

*Delicada fuerza.*

*¿Existe tal mano?*

2

## NO CULPABLE

---

*Victoria sobre la vergüenza*



*Jesús se fue al monte de los Olivos. Y por la mañana volvió al templo y todo el pueblo vino a Él; y sentado Él, les enseñaba. Entonces los escribas y los fariseos le trajeron una mujer sorprendida en adulterio; y poniéndola en medio, le dijeron: Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en el acto mismo de adulterio. Y en la ley nos mandó Moisés apedrear a tales mujeres. Tú, pues, ¿qué dices? Mas esto decían tentándole, para poder acusarle.*

*Pero Jesús, inclinado hacia el suelo, escribía en tierra con el dedo. Y como insistieran en preguntarle, se enderezó y les dijo: El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella. E inclinándose de nuevo hacia el suelo, siguió escribiendo en tierra.*

*Pero ellos, al oír esto, acusados por su conciencia, salían uno a uno, comenzando desde los más viejos hasta los postreros; y quedó solo Jesús y la mujer que estaba en medio. Enderezándose Jesús y no viendo a nadie sino a la mujer, le dijo: Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te condenó?*

*Ella dijo: Ninguno, Señor.*

*Entonces Jesús le dijo: Ni yo te condeno; vete y no peques más.*

*Juan 8.1–11*

Ni yo te condeno.

Juan 8.11

Rebecca Thompson cayó dos veces del puente sobre el cañón Fremont. Murió en ambas ocasiones. La primera caída le destrozó el corazón; la segunda le rompió el cuello.

Sólo tenía dieciocho años de edad cuando ella y su hermana de once años fueron raptadas por un par de malhechores cerca de un almacén en la ciudad de Casper en el estado de Wyoming. Llevaron a las muchachas a unos sesenta y cinco kilómetros hacia el sudoeste de la ciudad, hasta el puente sobre el cañón Fremont, una estructura de vigas de acero de un carril que se elevaba a unos treinta y cinco metros sobre el río North Platte.

Los hombres golpearon y violaron brutalmente a Rebecca. Ella de alguna forma los convenció para que no le hicieran lo mismo a su hermana Amy. Cuando consumaron su propósito ambas fueron arrojadas desde el puente hacia el estrecho desfiladero. Amy murió cuando cayó sobre una roca cerca del río, pero Rebecca se golpeó duramente contra un saliente y rebotó cayendo en aguas más profundas.

Con la cadera fracturada en cinco lugares, alcanzó con gran dificultad la orilla. Para proteger su cuerpo del frío se metió entre dos rocas y aguardó allí la llegada del amanecer.

Pero ese nuevo día nunca llegó para Rebecca. Por supuesto que el sol salió y la hallaron. Los médicos trataron sus heridas y la corte mandó a prisión a sus atacantes. La vida continuó pero nunca volvió a llegar el amanecer para ella.

La oscuridad de su noche de terror tardó mucho en desaparecer. Nunca en realidad pudo salir de este desfiladero. Así que en septiembre de 1992, diecinueve años después de haber ocurrido el incidente, volvió al puente.

A pesar de las súplicas de su novio, condujo su automóvil a ciento quince kilómetros por hora hasta el río North Platte. Estando a su lado su hija de dos años y su novio, se sentó al borde del puente sobre el cañón Fremont y lloró. A través de sus lágrimas volvió a relatar la historia. El novio no deseaba que la niña viese llorar a su madre, de manera que la llevó hasta el auto.

Fue en ese momento que oyó que su cuerpo se estrellaba contra el agua.

Fue en esa ocasión que Rebecca Thompson murió su segunda muerte. Nunca llegó a salir el sol tras la oscura noche de Rebecca. ¿Por qué? ¿Qué fue lo que eclipsó la luz de su mundo?

¿Temor? Quizás. Había testificado contra los hombres señalándolos ante la corte. Uno de los asesinos se había burlado de ella sonriendo y deslizando su dedo cruzando sobre el cuello. El día de su muerte se estaba considerando la posibilidad de otorgarles la libertad condicional. Tal vez el temor a un segundo encuentro con los criminales era demasiado grande para poder soportarlo.

¿Sería el enojo? ¿Enojo hacia sus violadores? ¿Enojo hacia el comité que decidía la libertad condicional? ¿Enojo hacia ella misma por las mil caídas y mil pesadillas que siguieron? ¿O enojo hacia Dios por un desfiladero que creció en profundidad, una noche que se volvió aún más tenebrosa y por un amanecer que nunca llegó?

¿Sería la culpa? Algunos piensan que así fue. A pesar de la sonrisa atractiva y la personalidad agradable de Rebecca, sus amigos dicen que luchaba con el hecho desagradable de que había sobrevivido mientras que su pequeña hermana no.

¿Sería la vergüenza? Todas las personas que conocía y miles que no conocía habían escuchado los humillantes detalles de su tragedia. El estigma era tatuado con tinta de diario a mayor profundidad con cada titular que salía impreso. Había sido violada. Había sido avergonzada. Y por más que intentara sobrevivir y sobreponerse a la memoria... Nunca podría hacerlo.

Así fue que diecinueve años más tarde volvió al puente.

Los cañones de vergüenza son profundos. Los desfiladeros de culpa no tienen fin. Las paredes son adornadas con tonalidades verdes y grises de muerte. Ecos interminables de gritos. Tápese los oídos. Tírese agua a la cara. Deje de mirar hacia atrás. Por más que intente sobreponerse a las tragedias del ayer... Los tentáculos son más largos que su esperanza. Le hacen retroceder hasta el puente de las tristezas para ser avergonzado una y otra vez.

Si fuese por una falta suya el caso sería distinto. O si se debiera a su culpa, en ese caso pudiera pedir disculpas. Si la caída al cañón hubiera sido a causa de un error suyo, podría responder. Pero no fue un hecho voluntario. Usted fue una víctima.

En ocasiones su vergüenza es privada. Puede ser impulsada más allá del límite tolerable por un cónyuge abusivo. Molestado por un padre (o una madre)

perversos. Seducido por un jefe aprovechador. Nadie más lo sabe. Pero usted lo conoce. Y eso es suficiente.

En ocasiones la vergüenza es pública. Usted ha sido manchado por un divorcio que no deseaba. Contaminado por una enfermedad que no esperaba. Marcado por una incapacidad que usted no creó. Ya sea que en realidad esté ante sus ojos o sólo en su imaginación, debe lidiar con el asunto, ha sido rotulado: divorciado, inválido, huérfano, paciente de SIDA.

La vergüenza siempre es dolorosa ya sea privada o pública y si no se enfrenta a ella será permanente, de manera que si no consigue ayuda... El amanecer nunca llegará.

No se sorprenda cuando digo que hay Rebecas Thompson en cada ciudad y puentes Fremont en cada pueblo. También existen muchas Rebecas Thompson en la Biblia. De hecho hay tantas que casi pareciera que las páginas de las Escrituras están hilvanadas con sus historias. Conocerá muchas en este libro. Cada una de ellas está familiarizada con el duro piso del desfiladero de la vergüenza.

Pero hay una mujer cuya historia las representa a todas. Una historia de fracaso. Una historia de abuso. Una historia de vergüenza.

Y a la vez una historia de gracia.

Allí se encuentra ella. La mujer está parada en el centro del círculo. Los hombres que la rodean son líderes religiosos. Fariseos es como les llaman. Autodenominados guardianes de la conducta. El otro hombre, el de las vestiduras sencillas, el que está sentado en el suelo, el que está mirando al rostro de la mujer, es Jesús.

Jesús ha estado enseñando.

La mujer ha estado engañando.

Y los fariseos tienen la intención de detenerlos a ambos.

«Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en el acto mismo de adulterio» ( Juan 8.4 ). La acusación retumba en las paredes que rodean el lugar.

«Sorprendida en el acto mismo de adulterio». Las palabras por sí solas bastan para hacerle sonrojar. Puertas que se abren con un golpe. Mantas que son quitadas de un tirón.

«En el acto». En los brazos. En el momento. En el abrazo.

«Sorprendida». ¡Anjá! ¿Qué tenemos aquí? Este hombre no es tu marido. ¡Ponte algo de ropa! ¡Sabemos qué hacer con las mujeres como tú!

En un abrir y cerrar de ojos es arrancada de la pasión privada y lanzada al espectáculo público. Las cabezas se asoman por las ventanas al avanzar por las calles el grupo que la va empujando. Los perros ladran. Los vecinos se dan vuelta. La ciudad observa. Sujetando el delgado manto que rodea sus hombros, esconde su desnudez.

Pero sin embargo, nada puede esconder su vergüenza.

Desde este instante en adelante será conocida como la mujer adúltera. Cuando vaya al mercado las mujeres susurrarán. Cuando pase, las cabezas girarán. Cuando se mencione su nombre la gente la recordará.

Las faltas morales son fáciles de recordar.

Sin embargo, la injusticia mayor pasa inadvertida. Lo que hizo la mujer es vergonzoso pero lo que hicieron los fariseos es despreciable. De acuerdo con la

ley el adulterio era castigado con la muerte, pero sólo si dos personas eran testigos del acto. Debía haber dos testigos oculares.

Pregunta: ¿Cómo pueden dos personas ser testigos de adulterio? ¿Qué posibilidad hay de que descubran un hecho de adulterio en una mañana común? Esto difícilmente ocurre. Pero dado el caso de que sucediera, lo más probable es que no sea una coincidencia.

De manera que nos preguntamos: ¿Durante cuánto tiempo estuvieron los hombres espiando por la ventana antes de forzar la entrada? ¿Por cuánto tiempo se escondieron detrás de la cortina antes de revelar su presencia?

¿Y qué del hombre? El adulterio requiere que haya dos participantes. ¿Qué le sucedió? ¿Pudiera ser que se hubiera escapado?

Las evidencias dejan poco lugar a la duda. Era una trampa. La mujer ha sido atrapada. Pero pronto se dará cuenta de que ella no es la presa... Sino sólo la carnada.

«En la ley nos mandó Moisés apedrear a tales mujeres. Tú, pues, ¿qué dices?» (v. 5 ).

Bastante engraido estaba este comité de elevada ética. Demasiado orgullosos de sí, estos agentes de la justicia. Este será un momento recordado por ellos durante mucho tiempo, la mañana en que superen y hagan caer al poderoso nazareno.

¿Qué parte cumple la mujer? La verdad es que ella es de poca importancia. Un simple peón en su juego. ¿Su futuro? No tiene mayor trascendencia. ¿Su reputación? ¿A quién le interesa si queda arruinada? Ella es una parte necesaria y a la vez desechable de su plan.

La mujer mira fijamente el suelo. Su cabello transpirado cuelga. Sus lágrimas gotean calientes por el dolor. Sus labios estirados, su mandíbula contraída. Sabe que ha sido víctima de una estratagema. No es necesario que levante la vista. No hallará bondad. Ella observa las piedras que llevan en sus manos. Están tan tensamente apretadas que las puntas de los dedos se tornan blancas.

Considera la posibilidad de poder salir corriendo. ¿Pero hacia dónde? Podría declarar que ha sido víctima de malos tratos. ¿Pero ante quién? Pudiera negar el acto pero la han visto. Tal vez pudiese suplicar misericordia, pero estos hombres no la tienen.

La mujer no tiene a quien recurrir.

Uno pudiera suponer que Jesús se pondría de pie para proclamar su juicio sobre los hipócritas. Pero no lo hace. Uno desearía que les arrebatara a la mujer y que ambos fuesen teletransportados a Galilea. Tampoco eso es lo que sucede. Pudiera imaginarse que un ángel descendería, que el cielo hablaría o que la tierra se sacudiría. Sin embargo, nada de eso ocurre.

Una vez más su jugada es sutil.

Pero nuevamente su mensaje es inconfundible.

¿Qué hace Jesús? (Si lo sabe, finja que lo ignora y sorpréndase.)

Jesús escribe en la arena.

Se inclina y dibuja en la tierra. El mismo dedo que grabó los mandamientos en la cima del Sinaí y escribió la advertencia sobre la pared de Belsasar, ahora hace garabatos en el suelo. Y mientras escribe dice: «El de vosotros que esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella» (v. 7 ).

Los jóvenes miran a los ancianos. Los ancianos ven dentro de sus corazones. Son los primeros en dejar caer sus piedras. Y al darse vuelta para alejarse lo único que se escucha es el sonido sordo de las piedras al caer y el movimiento de los pies.

Jesús y la mujer quedan a solas. Habiéndose retirado el jurado, la corte se convierte en la cámara del juez y la mujer aguarda su veredicto. *Seguramente está elaborando un sermón. Sin duda le exigirá que pida perdón.* Pero el juez no habla. Su cabeza está inclinada hacia abajo, tal vez sigue escribiendo en la arena. Parece sorprendido al darse cuenta de que aún permanece allí.

«Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te condenó?»

Ella responde: «Ninguno, Señor».

Entonces Jesús dice: «Ni yo te condeno; vete y no peques más» (vv. 10–11).

Si alguna vez se ha preguntado cómo reacciona Dios cuando usted falla, ponga un marco a estas palabras y cuélguelas de la pared. Léalas. Estúdielas. Beba de ellas. Párese debajo de ellas y permita que se derramen sobre su alma.

O mejor aún llévelas con usted al desfiladero de su vergüenza. Invite a Cristo a viajar con usted hasta el puente Fremont de su mundo. Permítale que se pare a su lado mientras le vuelve a relatar los eventos de las noches más oscuras de su alma.

Y luego escuche. Escuche con atención. Él está hablando.

«Yo no te condeno».

Y observe... Con mucha atención. Él está escribiendo. Está dejando un mensaje. No en la arena sino sobre una cruz.

No con su mano sino con su sangre.

Su mensaje consta de dos palabras: No culpable.

### 3

## NO SE PIERDA LA FIESTA

---

### *El calabozo de los amargados*

*El hijo mayor estaba en el campo. Cuando se acercó a la casa, oyó música y danzas. Entonces llamó a uno de los siervos y le preguntó qué pasaba. «Ha llegado su hermano -le respondió- y su padre ha matado el becerro cebado porque tiene de vuelta a su hijo sano y salvo». El hermano mayor se enojó y se negó a entrar. Así que su padre salió a suplicarle que entrara. Pero él le contestó: «¡Fíjate cuántos años te he servido, sin desobedecer jamás tus órdenes y ni siquiera me has dado un cabrito para celebrar una fiesta*

*con mis amigos! ¡Pero ahora que regresa a casa este hijo tuyo que ha malgastado tus bienes con prostitutas, le matas el becerro cebado!»*

*«Hijo mío -le dijo su padre- siempre estás conmigo y todo lo que tengo es tuyo. Pero teníamos que hacer fiesta y alegrarnos, porque ese hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida; se había perdido y ha sido encontrado».*

*Lucas 15.25–32  
(Nueva Versión Internacional-NVI)*

El hermano mayor se enojó y se negó a entrar [a la fiesta].

Lucas 15.28

El caso del hermano mayor.

Un caso difícil porque era tan bien visto. Tenía su habitación en orden y se mantenía fuera de conflictos. Respetaba las reglas del juego y cumplía con sus obligaciones. ¿Su curriculum? Impecable. ¿Su crédito? Inmejorable. ¿Y su lealtad? Mientras su hermano sembraba en el viento, él permanecía en casa sembrando la tierra.

Por fuera era todo lo que un padre pudiera desear tener en un hijo. Pero por dentro estaba amargado y hueco. Vencido por los celos. Consumido por la ira. Cegado por la amargura.

¿Recuerda la historia? Tal vez sea la más conocida de todas las parábolas que contara Jesús. Es la tercera de las tres historias que aparecen en el Capítulo 15 de Lucas, son tres relatos de tres fiestas diferentes.

La primera comenzó cuando un pastor encontró a una oveja que se le había perdido. Tenía otras noventa y nueve. Se podía haber conformado con dar una por perdida. Pero los pastores no razonan como los hombres de negocios. De manera que la buscó. Cuando encontró la oveja, la llevó de regreso al rebaño, cortó de la mejor hierba para que la oveja comiese e hizo una fiesta para celebrar este hecho.

La segunda fiesta se realizó frente a un hogar. Una ama de casa había perdido una moneda. No era la única que tuviera, pero parecería que lo fuera por su forma de actuar. Corrió los muebles, sacó la escoba y barrió toda la casa hasta que la encontró. Cuando la halló salió corriendo por la calle e invitó a sus vecinos a una fiesta para celebrarlo.

Luego viene la historia del hijo perdido. El muchacho que destruyó el corazón de su padre al tomar su herencia y partir. Él cambió su dignidad por una botella de aguardiente y su autoestima por un chiquero de cerdos. Luego sobreviene la pena del hijo y su decisión de regresar a la casa. Tiene la esperanza de que su padre le dé trabajo en el campo, en su finca, así como una habitación sobre el garaje. Lo que encuentra es un padre que ha mantenido en la mesa el sitio de su hijo ausente y que cada noche ha encendido la luz de la entrada del hogar.

El padre está muy entusiasmado por ver a su hijo... A que no puede imaginarse lo que hace. ¡Correcto, así es! ¡Hace una fiesta! A nosotros los pródigos amantes de fiestas nos encanta lo que hizo, pero esto enfureció al hermano mayor.

«Entonces se enojó» (v. 28 ). No es difícil de entender el porqué. «De modo que ¿es esta la forma en que uno recibe el reconocimiento en esta familia? ¿Te emborrachas, quedas en bancarrota y hacen una fiesta en tu honor?» De manera que se quedó fuera de la casa expresando en silencio su resentimiento.

Una vez hice eso. Me pasé toda una fiesta demostrando mi descontento. Era una fiesta de Navidad. Me encontraba en el cuarto grado. Los niños de ese grado se toman muy en serio las fiestas, especialmente cuando hay regalos de por medio. Habíamos extraído nombres al azar. Al no saber quién tenía el nombre de uno, era necesario dar sugerencias en voz muy alta. No dejé pasar la ocasión. Quería tener un «sexto dedo», una pistola de juguete que cabía en la hendidura de la mano y parecía un dedo. (¡De verdad que entonces existía tal cosa!)

Finalmente llegó el día de abrir los regalos. Tenía la seguridad de que recibiría mi pistola. Todos en la clase habían escuchado mis sugerencias. Rompí la envoltura del paquete y abrí de un tirón la caja y... ¿Sabe lo que recibí? Papel para escribir cartas. Papel con motivos del oeste. Papel y sobres con caballos impresos en las esquinas. ¡Puuaj! Probablemente habían sobrado de la Navidad anterior. ¡Los niños de diez años no escriben cartas! ¿En qué estaría pensando esta persona? Sin duda que alguna mamá se había olvidado del regalo hasta esa mañana, de manera que fue hasta el armario y revolvió hasta descubrir el papel de carta.

¡Átame de manos y pies y tírame al río! Quedé atolondrado. Estaba alterado. Por eso me perdí la fiesta. Estuve presente, pero me dediqué a hacer ver mi resentimiento.

Eso también hizo el hermano mayor. Se sintió víctima de la desigualdad. Cuando su padre salió a encontrarse con él, el hijo comenzó desde el principio a enumerar la lista de las atrocidades de su vida. Sólo de escucharlo parecería que sus penurias se habían iniciado el día en que nació.

«He aquí, tantos años te sirvo, no habiéndote desobedecido jamás, y nunca me has dado ni un cabrito para gozarme con mis amigos. ¡Pero cuando vino este tu hijo, que ha consumido tus bienes con ramerías, has hecho matar para él el becerro cebado!» (vv. 29–30 ).

Al parecer ambos hermanos pasaron algún tiempo en el chiquero. Uno en un chiquero de rebeldía, el otro en el chiquero de la autocompasión. El menor ha vuelto a casa. El mayor no lo ha hecho. Aún está metido en el lodo. Está diciendo lo mismo que dijo usted cuando el niño que vive a unas casas de la suya recibió una bicicleta y usted no. ¡No es justo!

Eso fue lo que dijo Wanda Holloway de Channelview, Texas. Cuando parecía que su hija de catorce años no sería seleccionada para integrar el equipo de muchachas animadoras de los eventos deportivos de su escuela, Wanda se enojó. Decidió vengarse. Contrató a un hombre para asesinar a la madre de la principal competidora de su hija, con la esperanza de que esto alterara tanto a la niña que la hija de Wanda lograra entrar en el equipo. La amargura le afectará de esa manera. Le llevará a quemar su casa con el propósito de matar a una rata.

Afortunadamente su plan fracasó y Wanda Holloway fue atrapada. Fue sentenciada a quince años de prisión. Sin embargo no era necesario que la pusiesen tras las rejas para apresarla. La amargura produce su propia prisión.

Este sentimiento oscuro y frío impide una huida fácil. Las paredes están resbaladizas por el resentimiento. Un piso de ira cenagosa inmoviliza los pies. El hedor de la traición permea el aire y hace arder los ojos. Una nube de autocompasión impide ver la pequeña salida en la parte superior.

Avance un paso hacia adentro y observe a los prisioneros. Las víctimas están encadenadas a las paredes. Son víctimas de la traición, del abuso. Víctimas del gobierno, del sistema, de las milicias, del mundo. Levantan sus cadenas al elevar sus voces en gemidos. Gimen con fuerza, largamente.

Se quejan. Están enojados con otros que han recibido lo que ellos no recibieron.

Están de mal humor. El mundo está en su contra.

Acusan. Las fotos de sus enemigos están atravesadas con dardos que las fijan a la pared.

Se jactan. «Me guí por las reglas. Jugué limpio... En realidad, lo hice mejor que nadie».

Lloriquean. «Nadie me escucha. Nadie me recuerda. A nadie le importo».

Airados. Malhumorados. Acusadores. Arrogantes. Llorones. Júntelos todos en una palabra y deletréela: a-m-a-r-g-a-d-o-s. Si los junta en una persona, esa persona está en la fosa: En el calabozo de la amargura.

El calabozo profundo y tenebroso lo invita a entrar.

Usted sabe que puede hacerlo. Ha sufrido bastante dolor. Lo han traicionado suficientes veces. Tiene un historial de rechazos, ¿verdad? ¿Acaso no lo han ignorado, superado o excluido? Es usted un candidato al calabozo.

Puede escoger, al igual que muchos otros, encadenarse a su dolor.

O puede elegir, como algunos, deshacerse de sus heridas antes de que se conviertan en odios. Puede optar por asistir a la fiesta. Allí tiene un lugar asignado. Su nombre está al lado de un plato. Si es un hijo de Dios nadie puede quitarle esa condición de hijo.

Esto fue precisamente lo que el padre le dijo al hijo mayor. «Hijo mío[...], tú siempre estás conmigo, y todo lo que tengo es tuyo» (v. 31 ).

Y eso es precisamente lo que le dice el Padre a usted. ¿De qué manera trata Dios con su corazón amargado? Le recuerda que lo que usted tiene es más importante que lo que no tiene. Aún cuenta con su relación con Dios. Nadie puede quitarle eso. Nadie la puede tocar.

Su salud puede ser quebrantada y su dinero robado... Pero su sitio a la mesa de Dios es permanente.

El hermano estaba amargado porque fijó su atención en lo que no tenía y olvidó lo que sí tenía. Su padre le recordó, y a nosotros también, que poseía todo lo que siempre había poseído. Contaba con su trabajo. Su ubicación. Su nombre. Su herencia. Lo único que le faltaba era ser la estrella de la función. Y por no estar dispuesto a ceder el sitio de honor, se perdió la fiesta.

Se necesita valor para poder dejar de lado los celos y alegrarnos ante los logros de un rival. ¿Te agradecería un ejemplo de alguien que lo hizo?



De pie ante diez mil ojos está Abraham Lincoln. Un Abraham Lincoln incómodo. Su incomodidad no se deriva de pensar en que va a pronunciar su primer discurso inaugural, sino de los ambiciosos esfuerzos de los sastres bien intencionados. No está acostumbrado a tal vestimenta : Saco negro de etiqueta, chaleco de seda, pantalones negros y sombrero de copa brillante. Sostiene un enorme bastón de ébano que tiene una cabeza dorada del tamaño de un huevo.

Se aproxima a la plataforma sosteniendo en una mano el sombrero y en la otra el bastón. No sabe qué hacer con ninguna de las dos cosas. Durante el tenso silencio que sigue al aplauso y antecede al discurso, busca un sitio dónde apoyarlos. Finalmente apoya el bastón en un rincón de la barandilla, pero aún no sabe qué hacer con el sombrero. Podría apoyarlo sobre el podio, pero ocuparía demasiado espacio. Tal vez sobre el piso... No, está demasiado sucio.

En ese preciso momento un hombre da un paso hacia adelante y toma el sombrero, luego regresa a su asiento y escucha con atención el discurso de Lincoln.

¿Quién es él? Es el amigo más querido de Lincoln. El presidente dijo de él: «Él y yo tal vez somos los mejores amigos del mundo».

Fue uno de los mayores defensores de las primeras épocas de la presidencia de Lincoln. Se le concedió el honor de escoltar a la señora Lincoln al gran baile de inauguración. Al entrar en ebullición la tormenta de la Guerra Civil muchos de los amigos de Lincoln se alejaron, pero este no. Amplió su lealtad al recorrer el sur en condición de embajador de paz de Lincoln. Suplicó a los del sur que no se separaran y a los del norte que brindaran su apoyo al presidente.

Sus esfuerzos fueron grandes pero la ola de ira fue aun mayor. El país se dividió y la guerra civil ensangrentó a la nación. El amigo de Lincoln nunca llegó a verlo. Murió tres meses después de la inauguración de Lincoln. Cansado por sus viajes sucumbió ante una fiebre y Lincoln debió enfrentarse a la guerra solo.

Al oír la noticia de la muerte de su amigo, Lincoln lloró abiertamente y dio la orden de que la bandera de la Casa Blanca ondeara a media asta. Algunos piensan que el amigo de Lincoln habría sido seleccionado como su compañero de fórmula en 1864 y de esta manera habría llegado a ser presidente luego del asesinato del Gran Emancipador.

Nadie sabrá jamás lo que habría sucedido. Pero lo que sí sabemos es que Lincoln tenía un verdadero amigo. Y sólo podemos imaginar la cantidad de ocasiones en que su recuerdo aportó calidez a una fría Oficina Oval. Él fue un ejemplo de amistad.

También fue un ejemplo de perdón.

Este amigo podría haber sido un enemigo con igual facilidad. Mucho antes de que él y Lincoln fuesen aliados, fueron competidores: Políticos en busca de la misma posición. Y desafortunadamente sus debates son más conocidos que su amistad. Los debates entre Abraham Lincoln y su querido amigo Stephen A. Douglas.

Pero en el día más esplendoroso de Lincoln, Douglas dejó a un lado sus diferencias y sostuvo el sombrero del presidente. A diferencia del hermano mayor, Douglas escuchó un llamado más sublime. Y a diferencia de este, asistió a la fiesta.

Somos sabios si hacemos lo mismo. Si superamos nuestras heridas. Pues si lo hacemos estaremos presentes en el festejo final del Padre. Una fiesta que acabará con todas las demás. Una fiesta donde no se permitirá entrar a los malhumorados.

¿Por qué no viene y participa de la diversión?

## 4

# CUANDO USTED Y LOS SUYOS NO CONGENIEN

---

*Cómo tratar con los  
parientes difíciles*

Cualquiera que hace la voluntad de Dios es mi hermano, mi hermana y mi madre.

Marcos 3.35

(Nueva Versión Internacional)

Descríbame de forma gráfica a un pariente suyo que verdaderamente le fastidie.

Estaba formulando este planteamiento a una media docena de amigos mientras almorzábamos sentados alrededor de una mesa. Todos me miraron con una expresión interrogante. De manera que les ofrecí una explicación.

«Constantemente conozco a algunas gentes que no pueden tratar con algún miembro de su familia. Sucede que su suegra es una bruja o su tío es un vago, o su padre los trata como si nunca hubiesen nacido».

Ahora sus cabezas se movían en señal de aprobación. Me estaban comprendiendo. Comenzaron a fluir las descripciones gráficas.

«Yo tengo una descripción», dijo uno. «Un parásito en mi cuello. Mi esposa tiene un hermano que nunca trabaja y siempre espera que nosotros lo proveamos con todo lo que necesita».

«Un cactus en camisa de seda», dijo otro. «Esa es mi madre. Se ve agradable. Todos piensan que es fabulosa pero si te aproximas es espinosa, seca y tiene sed de vivir».

«Una columna de mármol», describió otro de esta manera a su tía. Digna y noble pero elevada y dura.

«El bebé de brea en el cuento de Hermano Conejo» [Tar baby in Brer Rabbit], respondió alguien. Todos comprendieron la referencia excepto yo. No recordaba la historia del Hermano Conejo. Pedí la versión resumida. Wily Fox [Zorro Astuto] le jugó una treta a Hermano Conejo. El zorro confeccionó un muñeco de brea y lo colocó al costado del camino. Cuando Conejo vio al bebé de brea pensó que era una persona y se detuvo a conversar.

La conversación resultó ser sólo un monólogo. El silencio del bebé de brea fastidiaba al conejo. No podía soportar el estar cerca de alguien y no poder comunicarse con él. Así fue que en su frustración golpeó al bebé de brea y entonces se quedó pegado. Golpeó nuevamente al bebé de brea con la otra mano y... Exacto usted adivinó, se le quedó pegada la otra mano.

«Así somos con nuestros familiares difíciles», explicó mi amigo contador de fábulas. «Estamos pegados a alguien con quien no nos podemos comunicar».

Pegados es la palabra correcta. No se parecen a un vecino del cual podemos alejarnos con una simple mudada de por medio o a un empleado que puede ser despedido. Ellos son de la familia. Usted puede seleccionar a sus amigos pero es imposible... Bueno ya sabe.

Lo más probable es que lo sepa muy bien.

Es posible que haya en su vida algún bebé de brea, alguien con quien no puede conversar y de quien no puede alejarse. Una madre quejosa, un tío que sorbe la sopa ruidosamente o una hermana que hace ostentación de su figura. Un padre que aún está esperando que usted consiga un trabajo verdadero o una suegra que se pregunta por qué razón su hija se casó con usted.

Son relaciones de «bebé de brea»: Están pegados a la vez que se desmoronan.

Se parecen a un ascensor repleto en el que usted entró a la fuerza. En el que están las personas que por casualidad han sido forzadas a apretujarse por el tiempo que dure un corto viaje, hablando lo mínimo indispensable. La única diferencia es que en algún momento descenderá del ascensor y nunca más volverá a ver a esas personas; sin embargo eso no sucederá con los parientes difíciles. En las reuniones familiares: Navidad, el día de Acción de Gracias, los casamientos, funerales, etc., ellos estarán presentes.

Y usted estará allí sorteando las preguntas difíciles. ¿Por qué la vida familiar se vuelve tan difícil? Si de alguien esperamos sensibilidad hacia nuestras necesidades es de los miembros de nuestras familias. Cuando sufrimos por algún dolor físico, deseamos que nuestra familia responda. Cuando atravesamos por conflictos emocionales, deseamos que nuestra familia esté enterada.

Pero en ocasiones se comportan como si no lo supieran. A veces hasta nos parece que no les importa.

En su libro *Irregular People* [Personas irregulares], Joyce Landorf cuenta de una mujer de aproximadamente treinta años que descubrió que debía efectuarse una mamotomía. Ella y su madre rara vez se comunicaban y por eso dudaba en darle la noticia. Un día mientras almorzaban juntas decidió revelarle la novedad. «Madre, acabo de enterarme que deberán efectuarme una mamotomía».

La madre permaneció en silencio. La hija le preguntó si la había escuchado. La madre asintió con un movimiento de la cabeza. Luego, con calma, pasó a otro tema al decir: «Sabes que tu hermana tiene la mejor receta para hacer las enchiladas de pollo».

¿Qué puede hacer cuando los que están más cerca de usted mantienen la distancia? ¿Cuando puede llevarse bien con otros, pero usted y los suyos no congenian?

¿Tiene Jesús algún comentario con respecto a los familiares difíciles? ¿Existe algún ejemplo de Jesús aportando paz a una familia herida? Sí, existe.

El suyo propio.

Tal vez le sorprenda saber que Jesús tenía una familia difícil. ¡A lo mejor le sorprenda saber que Jesús tenía una familia! Quizás no esté enterado de que Jesús tenía hermanos y hermanas. Pero los tenía. Citando las críticas de los coterráneos de Jesús, Marcos escribió: «¿No es [Jesús] el carpintero, hijo de María y hermano de Jacobo, de José, de Judas y de Simón? ¿No están sus hermanas aquí con nosotros?» ( Marcos 6.3 , NVI).

También es posible que le sorprenda saber que su familia distaba mucho de ser perfecta. Es cierto. Si su familia no lo aprecia, cobre ánimo, tampoco la de Jesús lo apreciaba. «En todas partes se honra a un profeta, menos en su tierra, entre sus familiares y en su propia casa» ( Marcos 6.4 , NVI).

Me pregunto qué habrá querido comunicar al decir esas cinco palabras finales. Fue a la sinagoga donde se le había pedido que hablase. La gente estaba orgullosa de que este muchacho del lugar hubiera progresado tanto... Hasta que escucharon lo que decía. Se refería a sí mismo como el Mesías, aquel que habría de cumplir la profecía.

¿Su respuesta? «¿No es éste el hijo de José?» ¿Traducción?: ¡Éste no es ningún Mesías! ¡Es igual que nosotros! Es el hijo del plomero que vive en la otra cuadra. Es el contador del tercer piso. Es el obrero de la construcción que solía salir con mi hermana. Dios no habla a través de personas conocidas.

Primero era un héroe pero un minuto después era un hereje. Observe lo que sucede a continuación. «Se levantaron, lo expulsaron del pueblo y lo llevaron hasta la cumbre de la colina sobre la que estaba construido el pueblo, para tirarlo por el precipicio. Pero Él pasó por en medio de la gente y se fue» ( Lucas 4.29–30 , NVI).

¡Qué momento tan desagradable! Los amigos del vecindario de Jesús intentaron matarlo. Pero aun más desagradable de lo que vemos es lo que no vemos. Noten lo que falta en este versículo. Observen cuáles palabras debieran estar allí y sin embargo no están. «[...] Y lo llevaron hasta la cumbre de la colina[...] para tirarlo por el precipicio, pero los hermanos de Jesús se acercaron para defenderlo».

Nos gustaría leer eso pero no podemos, porque eso no es lo que dice. Eso no fue lo que sucedió. Cuando Jesús estuvo en dificultades sus hermanos se hicieron invisibles.

Sin embargo no siempre se mantuvieron invisibles. Hubo un momento en el que hablaron. Hubo una ocasión en la que fueron vistos con Él en público. No porque estuviesen orgullosos de Él sino porque se avergonzaban de Él. «[...] Sus

familiares, salieron a hacerse cargo de Él, porque decían: "Está loco"» ( Marcos 3.21 , NVI).

Los hermanos de Jesús pensaban que su hermano era un lunático. No estaban orgullosos... ¡Estaban avergonzados!

«Está totalmente loco mamá. Deberías escuchar lo que dice la gente acerca de Él».

«La gente dice que se ha vuelto lunático».

«Sí, una persona me preguntó por qué no hacemos algo para detenerlo».

«Menos mal que no está papá para ver lo que está haciendo Jesús».

Palabras hirientes proferidas por aquellos que estaban más cerca de Jesús.

Aquí hay más:

«Y le dijeron sus hermanos: Sal de aquí y vete a Judea, para que también tus discípulos vean las obras que haces. Porque ninguno que procura darse a conocer hace algo en secreto. Si estas cosas haces, manifiéstate al mundo. Porque ni aun sus hermanos creían en Él».

Juan 7.3–5

¡Escuche el sarcasmo contenido en esas palabras! Destilan ridiculez. ¿Cómo hace Jesús para soportar a estos tipos? ¿Cómo es posible creer en uno mismo cuando aquellos que más lo conocen no lo hacen? ¿Cómo se puede avanzar cuando su familia desea halarlo hacia atrás? Cuando usted y su familia tienen intereses diferentes. ¿Qué debe hacer?

Jesús nos da algunas respuestas.

Vale la pena observar que no intentó controlar el comportamiento de su familia, ni permitió que la conducta de ellos controlara la suya. No exigió que estuviesen de acuerdo con Él. No se malhumoró cuando lo insultaron. No tomó como su misión el complacerlos a ellos.

Cada uno de nosotros tiene la fantasía de que nuestra familia será como los Walton [familia de un programa de televisión], con la expectativa de que nuestros amigos más queridos serán los de nuestra propia sangre. Jesús no tenía esa expectativa. Mire cómo definía a su familia: «Cualquiera que hace la voluntad de Dios es mi hermano, mi hermana y mi madre» ( Marcos 3.35 , NVI).

Cuando los hermanos de Jesús no compartieron sus convicciones, Él no intentó forzarlos a que lo hicieran. Reconoció que su familia espiritual podría proveer lo que no podía aportar su familia física. Si el mismo Jesús no pudo forzar a su familia para que aceptaran sus convicciones. ¿Qué le hace pensar que usted podrá forzar a la suya?

No podemos controlar el modo en que reacciona nuestra familia con nosotros. En lo que respecta al comportamiento de los otros para con nosotros, tenemos las manos atadas. Debemos superar la idea ingenua de que si obramos bien la gente nos tratará como corresponde. La realidad es que tal vez lo hagan o quizás no. No podemos ejercer control sobre el modo de reaccionar de la gente ante nosotros.

Si su padre es un cretino usted podría ser la mejor hija del mundo y aun así no se lo diría.

Si a su tía no le agrada su carrera pudiera cambiar de trabajo una docena de veces y aun así no lograría complacerla.

Si su hermana vive quejándose por lo que usted recibió y ella no, pudiera llegar a darle todo y aun así no logrará que ella cambie.

Mientras piense que puede controlar el comportamiento de las personas para con usted, permanecerá prisionero de sus opiniones. Si piensa que puede controlar su opinión y esta no resulta ser positiva... ¿A que no adivina a quién le echará la culpa? A usted.

Es un juego de reglas injustas y de finales fatales. Jesús no lo jugó ni tampoco usted debe hacerlo.

No sabemos si José estableció a su hijo Jesús en su ministerio, pero sabemos que Dios sí lo hizo: «Este es mi Hijo amado, estoy muy complacido con Él» ( Mateo 3.17 , NVI).

No puedo asegurarle que su familia llegue alguna vez a darle la bendición que busca, pero estoy seguro de que Dios lo hará. Permita que Dios le dé lo que su familia no le proporciona. Si su padre terrenal no lo ayuda, permita entonces que su Padre celestial tome su lugar.

¿Cómo lo haría? Al aceptar emocionalmente a Dios como su padre. Pues verás, una cosa es aceptarlo como Señor y otra es reconocerlo como Salvador... Pero aceptarlo como Padre es un asunto totalmente diferente.

El reconocer a Dios como Señor es comprender que es soberano y supremo en el universo. El aceptarlo como Salvador implica aceptar su don de salvación ofrecido en la cruz. El aceptarlo como Padre significa avanzar un paso más. Idealmente un padre es aquel que en su vida provee para usted y lo protege. Eso es exactamente lo que ha hecho Dios.

Ha provisto para sus necesidades ( Mateo 6.25–34 ). Le ha protegido del peligro ( Salmo 139.5 ). Lo ha adoptado ( Efesios 1.5 ). Y le ha dado su nombre ( 1 Juan 3.1 ).

Dios ha probado ser un padre fiel. Ahora nos toca a nosotros ser hijos confiados. Permita que Dios le dé lo que su familia no le da. Permítale llenar el vacío que otros han dejado. Dependa de Él para recibir fortaleza y aliento. Observe las palabras de Pablo: «[...]Eres hijo de Dios y *Dios te dará la bendición prometida*, porque eres su hijo» ( Gálatas 4.7 , énfasis agregado) [traducción libre del inglés de la versión New Century de la Biblia].

La obtención de la aprobación de su familia es deseable pero no necesaria para lograr la felicidad y no siempre esto es posible. Jesús no permitió que la complicada dinámica de su familia hiciese sombra sobre el llamado de Dios para su vida. Y gracias a que no lo hizo este capítulo tiene un final feliz.

¿Qué le sucedió a la familia de Jesús?

Extraigamos juntos una pepita de oro escondida en una veta del libro de los Hechos. «Entonces [los discípulos] regresaron a Jerusalén desde el monte llamado de los Olivos[...] todos ellos se reunían de continuo para orar, junto con las mujeres y *con María, la madre de Jesús, y con los hermanos de Él*» ( Hechos 1.12 , 14 énfasis agregado, NVI).

¡Qué cambio! Aquellos que se burlaban de Él ahora lo adoran. Los que sentían pena por Él ahora oran por Él. ¿Qué hubiera sucedido si Jesús los hubiese desheredado? O lo que es peor aún: ¿Qué habría pasado si hubiese asfixiado a su familia mediante sus exigencias de cambio?

Pero no lo hizo. En lugar de eso les dio espacio, tiempo y gracia. Por haberlo hecho cambiaron. ¿Cuánto cambiaron? Un hermano se convirtió en apóstol ( Gálatas 1.19 ) y otros llegaron a ser misioneros ( 1 Corintios 9.5 ).

De manera que no se desanime. Dios aún cambia a las familias. Un bebé de brea de hoy tal vez llegue a ser su amigo más querido del mañana.

## 5

# SE PERMITE VOLVER A SOÑAR

---

### *Frente al desánimo*

*Y hubo un gran terremoto; porque un ángel del Señor, descendiendo del cielo y llegando, removió la piedra, y se sentó sobre ella. Su aspecto era como un relámpago, y su vestido blanco como la nieve. Y de miedo de él los guardas temblaron y se quedaron como muertos.*

*Mas el ángel, respondiendo, dijo a las mujeres: No temáis vosotras; porque yo sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado. No está aquí, pues ha resucitado como dijo. Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor. E id pronto y decid a sus discípulos que ha resucitado de los muertos, y he aquí va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis. He aquí, os lo he dicho.*

*Entonces ellas, saliendo del sepulcro con temor y gran gozo, fueron corriendo a dar las nuevas a sus discípulos. Y mientras iban a dar las nuevas a los discípulos, he aquí, Jesús les salió al encuentro, diciendo: ¡Salve! Y ellas, acercándose, abrazaron sus pies, y le adoraron. Entonces Jesús les dijo: No temáis; id, dad las nuevas a mis hermanos, para que vayan a Galilea, y allí me verán.*

*Mateo 28.2–10*

No tengan miedo, porque sé que ustedes buscan a Jesús, el que fue crucificado. No está aquí; ha resucitado, tal como dijo.

Mateo 28.5–6

(NVI)

Ha notado cómo puede leer una historia que piensa que conoce y luego volver a leerla y descubrir algo que nunca antes había visto?

¿Ha notado que puede leer acerca del mismo evento cien veces y luego a la centuagésima primera vez descubre algo tan sorprendente y nuevo que hace que usted se pregunte si es que estuvo dormido durante las otras veces?

Tal vez es porque comenzó a la mitad de la historia en lugar de hacerlo desde el principio. O quizás es porque otro lo lee en voz alta y hace una pausa en un sitio donde normalmente usted no lo haría y... ¡PUM!, el hecho lo golpea.

Agarra el libro y lo mira, sabiendo que alguno copió o leyó algo mal. Pero luego lo lee y... ¿Qué le parece? ¡Mira eso!

Pues a mí me sucedió. Hoy mismo.

Sólo Dios sabe cuántas veces he leído la historia de la resurrección. Por lo menos un par de docenas de Pascuas y unas doscientas veces entre estas. La he enseñado. He escrito sobre ella. He meditado acerca de ella. La he subrayado. Pero lo que vi hoy, nunca antes lo había visto.

¿Qué fue lo que vi? Antes de que se lo diga, permítame que le relate lo sucedido.

Es un domingo por la mañana a la hora del amanecer y el cielo está oscuro. De hecho esas son las palabras de Juan. «Siendo aún oscuro...» ( Juan 20.1 ).

Es una oscura mañana de domingo. Había estado oscuro desde el viernes.

Oscuro por la negación de Pedro.

Oscuro por la traición de los discípulos.

Oscuro por la cobardía de Pilato.

Oscuro por la angustia de Jesús.

Oscuro por el júbilo de Satanás.

El único atisbo de luz proviene de un pequeño grupo de mujeres que se mantiene de pie a cierta distancia de la cruz... observando ( Mateo 27.55 ).

Entre ellas hay dos Marías, una es la madre de Santiago y de José y la otra María Magdalena. ¿Por qué se encontraban allí? Estaban para decir su nombre. Para ser las últimas voces que oyera antes de su muerte. Para preparar su cuerpo para el entierro. Estaban allí para limpiar la sangre de su barba. Para limpiar de sus piernas el color carmesí. Para cerrar sus ojos. Para acariciar su rostro.

Están allí. Son las últimas en abandonar el Calvario y las primeras en llegar a la tumba.

De manera que temprano en la mañana de ese domingo, abandonan sus camastros y caminan por el sendero sombreado por los árboles. La de ellas es una tarea sombría. La mañana sólo promete un encuentro, el encuentro con un cadáver.

Recuerde que María y María no saben que esta es la primera Pascua de resurrección. No tienen la esperanza de que la tumba esté vacía. No están conversando sobre cuál será su reacción al ver a Jesús. No tienen ni la más mínima idea de que el sepulcro ha quedado desierto.

Si hubo algún momento en que tal vez osaron albergar tales sueños. Ya no. Es demasiado tarde para lo increíble. Los pies que anduvieron sobre el agua habían sido perforados. Las manos que habían sanado a leprosos habían sido inmovilizadas. Las aspiraciones nobles habían sido clavadas a la cruz del viernes.



María y María han venido para untar con óleos tibios un frío cuerpo y decir adiós al único hombre que dio motivo a sus esperanzas.

Pero la esperanza no es lo que lleva a las mujeres a subir la colina hasta el sepulcro. Es el deber. Pura devoción. No esperan recibir nada a cambio. ¿Qué podría dar Jesús ahora? ¿Qué pudiera ofrecer un hombre muerto? Las dos mujeres no están subiendo la montaña para recibir, se dirigen hacia la tumba para dar. Punto.

No existe motivación más noble que esa.

Hay momentos en los cuales también nosotros somos llamados a amar sin esperar ninguna recompensa. Momentos en los que que somos llamados a dar dinero a personas que nunca nos dirán gracias, a perdonar a aquellos que no nos perdonarán, a llegar temprano y permanecer hasta tarde cuando nadie más lo nota.

El servicio surge del deber. Este es el llamado del discipulado.

María y María sabían que debía realizarse una tarea: El cuerpo de Jesús debía ser preparado para el entierro. Pedro no se ofreció para hacerlo. Andrés no se brindó tampoco como voluntario. No aparecían por ninguna parte la mujer adúltera perdonada ni los leprosos sanados. De modo que las dos Marías decidieron hacerlo ellas mismas.

Me pregunto si a mitad del camino hacia la tumba se habrán sentado a reconsiderar. ¿Qué habría sucedido si se hubiesen mirado la una a la otra expresando su desaliento a la vez que se preguntaran «de qué sirve esto»? ¿Qué hubiera pasado si se hubiesen dado por vencidas? Y si una hubiera levantado sus brazos en señal de frustración mientras gemía: «Estoy cansada de ser la única que demuestra interés. Esta vez, para variar, que sea Andrés quien haga algo. Que demuestre Natanael un poco de sus dotes de líder».

Ya sea que hayan sufrido esta tentación o no, me alegra que no hayan abandonado su propósito. Eso habría sido trágico. Pues verás, nosotros sabemos algo que ellas no sabían. Sabemos que el Padre estaba mirando. María y María pensaban que estaban a solas. Pero no era así. Pensaban que su travesía pasaba inadvertida. Estaban equivocadas. Dios lo sabía. Él las estaba mirando al subir por la montaña. Él medía sus pasos. Él se sonreía al ver sus corazones y se emocionaba por su devoción. Y les tenía preparada una sorpresa.

Y hubo un gran terremoto; porque un ángel del Señor, descendiendo del cielo y llegando, removió la piedra, y se sentó sobre ella. Su aspecto era como un relámpago, y su vestido blanco como la nieve. Y de miedo de él los guardas temblaron y se quedaron como muertos.

*Mateo 28.2–4*

(Lea ahora con cuidado, esto es lo que noté hoy por primera vez.)

¿Por qué el ángel removió la piedra? ¿Para quién hizo rodar la piedra?

¿Para Jesús? Eso es lo que siempre pensé. Simplemente suponía que el ángel había removido la piedra para que Jesús pudiese salir. Pero reflexione acerca de

eso. ¿Era acaso necesario que la piedra fuese removida para que Jesús pudiera salir? ¿Necesitaba Dios alguna ayuda? ¿Se encontraba el vencedor de la muerte debilitado al punto de no poder desplazar una piedra de un empujón? («Oigan por favor, ¿podría alguno de allá afuera mover esta piedra para que yo pueda salir?»)

No lo creo. El texto da la impresión de que ¡Jesús ya había salido cuando fue removida la piedra! En ningún lugar de los Evangelios dice que el ángel quitó la piedra para Jesús. Entonces... ¿Para quién fue desplazada la piedra?

Escuche lo que dice el ángel: «Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor» (v. 6 ).

La piedra no fue removida para Jesús sino para las mujeres; no para que Jesús pudiese salir, ¡sino para que las mujeres pudiesen mirar hacia adentro! María mira a María y María ésta sonrío de la misma manera que lo hizo cuando los panes y los peces seguían saliendo de la cesta. La vieja pasión se inflama. Repentinamente está permitido volver a soñar.

«Id pronto y decid a sus discípulos que ha resucitado de los muertos, y he aquí va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis» (v. 7 ).

María y María no tienen necesidad de que el mensaje sea repetido. Giran sobre sus talones y comienzan a correr en dirección a Jerusalén. La oscuridad se ha ido. Ha salido el sol. El Hijo se ha levantado. Pero el Hijo no ha terminado.

Aún les aguarda otra sorpresa.

«He aquí Jesús les salió al encuentro, diciendo: ¡Salve! Y ellas, acercándose, abrazaron sus pies, y le adoraron. Entonces Jesús les dijo: No temáis; id, dad las nuevas a mis hermanos, para que vayan a Galilea, y allí me verán» (vv. 9–10 ).

El Dios de las sorpresas se manifiesta otra vez. Es como si dijese: «Ya no puedo seguir esperando. Vinieron hasta aquí para verme; les voy a caer de sorpresa».

Dios le hace eso a los que le son fieles. Justo en el momento que la matriz se vuelve demasiado vieja para concebir, Sarai queda embarazada. Justo en el momento que el fracaso excede a la gracia, David es perdonado. Y justo en el momento que el camino es demasiado oscuro para María y María, el ángel reluce, el Salvador se hace ver y las dos mujeres nunca volverán a ser las mismas de antes.

¿La lección? Tres palabras. No se rinda.

¿Está oscuro el sendero? No se siente.

¿Está largo el camino? No se detenga.

¿Está negra la noche? No abandone.

Dios está mirando. Sin saberlo usted, es posible que en este preciso instante le esté diciendo al ángel que quite la piedra.

Tal vez el cheque esté en el correo.

Quizás una disculpa esté en proceso de elaboración.

A lo mejor el contrato de trabajo está sobre el escritorio.

No abandone. Pues si lo hace es posible que se pierda la respuesta a sus oraciones.

Dios aún envía ángeles. Aún remueve piedras.

## LECHE CORTADA

---

### *Victoria sobre una mala disposición*

*Aconteció que yendo de camino, entró en una aldea; y una mujer llamada Marta le recibió en su casa. Esta tenía una hermana que se llamaba María, la cual, sentándose a los pies de Jesús, oía su palabra. Pero Marta se preocupaba con muchos quehaceres, y acercándose, dijo: Señor, ¿no te da cuidado que mi hermana me deje servir sola? Dile, pues que me ayude.*

*Respondiendo Jesús, le dijo: Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas. Pero sólo una cosa es necesaria; y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada.*

*Lucas 10.38–42*

Hac  
ed  
tod  
o  
sin  
mur  
mur  
acio  
nes  
y  
con  
tien  
das  
,  
par  
a  
que  
seái  
s  
irre  
pre  
nsib  
les

y  
sen  
cillo  
s.

Filip  
ens  
es  
2.1  
4-  
15

Me encanta la leche. Confieso mi adicción a ella. Uno de los días más tristes de mi vida fue cuando me enteré de que la leche entera no era saludable. Con gran reticencia me he adaptado a la versión rebajada, pero en ocasiones aún me permito el éxtasis sagrado de un vaso de leche entera fría acompañado de una caliente y pegajosa masita de trocitos de chocolate.

En todos mis años de aprecio por el fino fruto de la vaca he aprendido que se paga un alto precio por dejar la leche fuera del refrigerador. (En cierta ocasión escupí con vehemencia regando leche cortada por todo el armario de la cocina.) La leche dulce se vuelve agria al quedar expuesta al calor por un tiempo prolongado.

Las disposiciones dulces se vuelven agrias por el mismo motivo. Deje que la irritación se siga caldeando sin mediar un período de enfriamiento y... ¿El resultado? Una mala actitud, amargada y cortada.

El décimo capítulo de Lucas describe paso a paso el proceso que lleva de dulce a agrio.

Es la historia de Marta. Un alma caritativa dada a la hospitalidad y a la organización. Más ahorrativa que frívola, más práctica que pensativa, su casa es una nave organizada y ella es un austero capitán. Pídale que escoja entre un libro y una escoba y optará por la última.

María, sin embargo, optará por el libro. María es la hermana de Marta. Los mismos padres pero con diferentes prioridades. Marta tiene cosas por hacer. María tiene cosas para pensar. La vajilla puede esperar. Deje que Marta vaya al mercado; María irá a la biblioteca.

Dos hermanas. Dos personalidades. Y mientras se entienden mutuamente se llevan como mano y guante. Pero cuando la una siente resentimiento hacia la otra, se llevan como pedernal y piedra.

Introduzcámonos silenciosamente en la cocina de Marta por la puerta de atrás y le demostraré lo que intento explicarle. (Una advertencia: Manténgase alejado de la leche porque ya comienza a cortarse.)

Shhh, allí está. Próxima a la mesa. La que tiene puesto el delantal. ¡Caramba mire como trabaja! Ya le dije que esta dama sabe como manejar una cocina. ¿Cómo lo hace? Revuelve con una mano, rompe huevos con la otra. Y nada se derrama. Sabe lo que está haciendo.

Debe haber una multitud. Hay mucha comida. Son ellos los que se ríen en la habitación contigua. Parece como si se estuvieran divirtiendo.

Pero Marta no. Una mirada a su enharinado gesto ceñudo le revelará eso.

«Estúpida hermana».

¿Qué? ¿Escuchó que murmurara algo?

«Esa María... Yo me la paso sola aquí en la cocina mientras que ella está allá afuera».

Mmmm. Al parecer el horno no es lo único que está caliente aquí adentro.

«No habría invitado a Jesús si hubiese sabido que traería a todo ese ejército con Él. Esos tipos comen como caballos y si es ese Pedro siempre eructa en la mesa».

¡Madre mía! Está disgustada. Observe cómo mira sobre su hombro lanzando miradas de indignación que cruzan el portal. María es el objeto de sus miradas penetrantes. La que está sentada en el piso, escuchando a Jesús.

«Dulce hermanita. Siempre lista para escuchar y nunca dispuesta para trabajar. A mí tampoco me desagradaría sentarme. Pero lo único que hago es cocinar y coser, coser y cocinar. Bueno, ¡pero basta ya!»

¡Cuidado! Allá va. Alguien está a punto de ser regañado.

«Señor, ¿no te da cuidado que mi hermana me deje servir sola? Dile pues, que me ayude» (v. 40 ).

De repente la habitación queda en silencio. Silencio absoluto con excepción del tap-tap-tap del pie de Marta golpeando contra el piso de piedra y el golpeteo de la cuchara de madera contra la palma de su mano. Se alza por encima de los demás, tiene harina en sus pómulos y fuego en sus ojos.

Se nos escapa una risita al observar la expresión en los rostros de los discípulos. Ellos miran con asombro esta furia que el infierno no ha conocido. La pobre María, con la cara roja de vergüenza, suspira y trata de hundirse aun más en el piso.

Sólo Jesús habla. Pues únicamente Él comprende el problema. No es la gran multitud. Tampoco es que María haya elegido escuchar. Ni siquiera que Marta haya escogido hospedar. El problema es el corazón de Marta, un corazón que se ha vuelto agrio por la ansiedad.

«Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas» (v. 41 ). Pobrecita Marta deseaba hacer lo correcto; pero su pobre corazón estaba equivocado. Según dijo Jesús este estaba turbado. Como resultado pasó de ser una sierva feliz a una bestia de carga. Ella estaba preocupada: Por cocinar, por agradar. Preocupada por demasiadas cosas.

Me agrada lo que dice mi teóloga favorita, Erma Bombeck [una escritora cómica de los EE. UU.] acerca de la preocupación:

Siempre me he preocupado mucho y a decir verdad, lo hago muy bien. Me preocupa pensar que tenga que hacer la presentación de un grupo de personas y que la mente se me ponga en blanco al llegar a mi madre. Me preocupa la posibilidad de que haya escasez de cajas de bolas; que una serpiente suba por el desagüe del

fregadero de la cocina. Me preocupa la posibilidad de que el mundo se acabe a medianoche y me queden sin aprovechar tres horas de una cápsula para resfriados de las que tienen veinticuatro horas de efecto. Me preocupa que pueda quedar registrada en el Libro Guinness de récords mundiales bajo el título «Embarazo: La mujer más anciana en dar a luz». Me preocupa imaginar lo que piensa el perro cuando me ve salir de la ducha; que uno de mis hijos se case con un esquimal, el cual me coloque sobre un témpano que me lleve a la deriva cuando ya no pueda valerme por mí misma. Me atormenta la idea de que las vendedoras me persigan hasta el probador, también me preocupan las manchas de petróleo y pensar que Carol Channing pueda quedarse calva. Me turba pensar que algún día los científicos puedan descubrir que, contrario a lo que se cree, la lechuga engorda.

Aparentemente Marta también se preocupaba demasiado. A tal punto que empezó a darle órdenes a Dios. Ese es el efecto de la preocupación. Hace que uno se olvide de quién manda.

Sin embargo, lo que hace que este caso sea interesante es el hecho de que Marta está preocupada por algo bueno. Ha invitado a cenar a Jesús. Literalmente está sirviendo a Dios. Su objetivo siempre fue el de agradar a Jesús. Pero cometió un error común y a la vez peligroso. Al empezar a trabajar para Él, el trabajo se volvió más importante que su Señor. Lo que comenzó siendo una forma de servir a Jesús, lenta y sutilmente llegó a ser una forma de servir al yo.

Tal vez el proceso ocurrió de una manera similar a esta. Al comenzar los preparativos para la cena saboreaba por anticipado los elogios que recibiría por la comida. Al preparar la mesa se imaginaba la aprobación. Podía crear un cuadro mental. Jesús entraría a la casa y le agradecería todo su trabajo. Él les diría a los discípulos que la ovacionaran de pie. Juan la citaría como ejemplo de hospitalidad y le dedicaría un capítulo de la Biblia.

A continuación vendrían las mujeres desde muchos kilómetros a la redonda para preguntarle cómo había aprendido a ser una sierva tan bondadosa y humilde. El resto de sus días los pasaría dirigiendo una escuela del arte de servir: Jesús sería el director y Marta la profesora.

Pero las cosas no resultaron según sus planes. No le dedicaron la atención que ella esperaba. No hubo ovación. No hubo elogios. No hubo adulación. No hubo escuela. Nadie le prestó atención. Y eso la irritó. Marta tiene una larga ansiedad y muy corta memoria. Se ha olvidado de que la invitación fue una idea suya. Se ha olvidado también de que María tiene todo el derecho de estar con Jesús. Y por sobre todas las cosas se ha olvidado de que el objetivo de la cena era honrar a Jesús y no a Marta.

Yo sé exactamente cómo se siente Marta. Pues he estado en su cocina. O mejor dicho, en la oficina de Max.

Entiendo lo que significa entregarse al servicio a Dios y terminar sirviendo al yo. He trabajado larga y arduamente preparando sermones para luego sentirme herido si no son elogiados. Me he metido a fondo en un manuscrito para luego

descubrirme imaginando los elogios que recibiría tras la publicación. Ha habido ocasiones en las que he hablado, ante el auditorio en una conferencia, acerca de los sufrimientos de Cristo y luego me he frustrado porque no estaba preparada la habitación del hotel.

Es fácil olvidar quién es el siervo y quién debe ser servido.

Satanás sabe eso. Esta herramienta de la distorsión es una de sus armas más astutas. Note esto: Él no quitó a Marta de la cocina; le quitó su propósito en la cocina. El adversario no hará que usted se vuelva en contra de la iglesia; hará que se vuelva hacia usted mismo en la iglesia. No le alejará de su ministerio; hará que se desilusione con su ministerio.

Y cuando el enfoque esté puesto en usted, entonces hará lo mismo que hizo Marta: Se preocupará. Se volverá ansioso por muchas cosas. Se preocupará pensando que:

Sus colaboradores no lo apreciarán.

Sus líderes lo harán trabajar demasiado.

Su superintendente no lo comprenderá.

Su congregación no lo apoyará.

Con el paso del tiempo su agenda se vuelve más importante que la de Dios. Se preocupa más por presentar su yo que de agradar a Dios. Y hasta es posible que se descubra dudando del discernimiento de Dios.

«Señor, ¿No te da cuidado que mi hermana me deje servir sola? Dile, pues, que me ayude» (v. 40 ).

¡Con toda seguridad que Marta debe haber sentido remordimiento por haber dicho eso! Seguramente que luego de haberse calmado habría dado cualquier cosa por hacer desaparecer esas palabras. Me imagino que hubiera deseado haber hecho caso al consejo de Salomón: «El rebelde grita airado; el sabio domina y serena su ánimo» [en inglés dice enfría su ánimo] ( Proverbios 29.11 , La Biblia al día).

Aquí hay un principio. Para evitar que una actitud se vuelva agria trátela de la misma manera que trataría a la leche. Enfríela.

La vida de Marta estaba llena de cosas. Le hacía falta un descanso. «Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas», le explicó el Maestro. «Sólo una cosa es necesaria; y María [la] ha escogido» (v. 41–42 ).

¿Qué había escogido María? Había escogido sentarse a los pies de Cristo. A Dios le agrada más la atención silenciosa de un siervo sincero que el servicio estrepitoso de un siervo agrio.

Dicho sea de paso esta historia pudiera haber sido fácilmente invertida. María podría haber sido la que se enojaba. La hermana en el piso hubiera podido haber sentido resentimiento por la hermana que se encontraba frente al fregadero. María pudiera haber agarrado a Jesús, llevarlo hasta la cocina y decirle: «Dile a Marta que deje de ser tan productiva y se dedique a la reflexión. ¿Por qué en casa debo ser yo la que se encargue de toda la reflexión y la oración?»

Lo que importa más que el tipo de servicio es el corazón detrás de ese servicio. Una mala disposición arruina el regalo que dejamos sobre el altar para Dios.

¿Habrá escuchado tal vez el chiste acerca del hombre que oraba con mala disposición?

«¿Por qué», preguntaba él, «ha sido bendecido mi hermano con riquezas mientras que yo no tengo nada? Durante toda mi vida no ha pasado un solo día sin que haga mis oraciones de la mañana y de la noche. He tenido una asistencia perfecta a mi iglesia. Siempre he amado a mi prójimo y he dado de mi dinero. Sin embargo ahora, al llegar al final de mis días, casi no puedo pagar el alquiler.

»Por otro lado, mi hermano bebe, apuesta y juega siempre. Sin embargo tiene más dinero del que pueda contar. No te pido que lo castigues, pero dime, ¿por qué a él se le ha dado tanto y a mí nada?»

Dios respondió: «Porque eres un engréido muy molesto».

Cuide su actitud.

Dios lo ha bendecido con talentos. Ha hecho lo mismo con su prójimo. Si se preocupa por los talentos de su prójimo descuidará los suyos. Pero si se preocupara por los suyos, pudiera ser de inspiración para ambos.

## 7

# UN PRESENTIMIENTO LOCO Y UNA ESPERANZA SUBLIME

---

### *Gestos genuinos de fe*

*Jesús fue con él, y lo seguía una gran multitud, la cual lo apretujaba. Allí estaba una mujer que padecía de hemorragias desde hacía doce años. Había sufrido mucho a manos de varios médicos, además de haber gastado todo lo que tenía sin que le hubiera servido de nada sino que, por el contrario, iba de mal en peor. Cuando oyó hablar de Jesús, se le acercó por detrás entre la gente y le tocó el manto, porque pensaba: «Si logro tocar siquiera su ropa, quedaré sana». Al instante cesó su hemorragia y sintió en el cuerpo que había quedado libre de su enfermedad.*

*En seguida se dio cuenta Jesús de que de Él había salido poder. Se volvió entre la gente y preguntó:*

*-¿Quién me tocó la ropa?*

*-Ves que te apretuja la gente le contestaron sus discípulos- y aun así preguntas: «¿Quién me tocó?»*



*Pero Jesús seguía mirando a su alrededor para ver quién lo había hecho. La mujer, sabiendo lo que le había sucedido, se acercó temblando de miedo, se echó a sus pies y le contó toda la verdad.*

*-Hija, tu fe te ha sanado -le dijo Jesús-. Vete en paz y queda sana de tu enfermedad.*

*Marcos 5.24–34  
(NVI)*

Hija  
, tu  
fe  
te  
ha  
san  
ado

.

Mar  
cos  
5.3  
4  
(NVI)

Un reloj para Navidad no es el tipo de obsequio que entusiasma a un niño de ocho años, pero dije gracias y lo llevé a mi dormitorio, lo coloqué sobre la mesa de noche y lo enchufé.

Era un reloj Bulova, no tenía números móviles; tenía agujas que rotaban. No tocaba casetes ni discos compactos, pero con el correr de los años fue desarrollando un zumbido leve y apaciguador que podía escucharse cuando la habitación estaba en silencio.

Hoy en día se pueden adquirir relojes que producen sonidos de lluvia a la hora de dormir y suenan como nuestra madre cuando llega la hora de despertarse. Pero este no. Su despertador hacía aullar a los perros. La única forma de que le permitiera unos minutos más de sueño era arrojándolo con fuerza al otro lado de la habitación, pues no venía provisto de botón para detenerlo y remolonear. Era un modelo Neanderthal. No habría sido posible conseguir por él ni siquiera cincuenta centavos en una feria americana en esta era de los relojes digitales y las alarmas musicales.

Aun así, con el tiempo, me encariñé con él. Las personas no suelen ponerse sentimentales por sus relojes eléctricos, pero con este me sucedió. No era por causa de su precisión, siempre estaba un poco atrasado. Tampoco era por el zumbido que no me molestaba. Me gustaba a causa de la luz.

Pues verá, este reloj brillaba en la oscuridad.

A diario, durante todo el día absorbía la luz. Atrapaba la luz solar. Las agujas eran pequeñas varillas de tics, tiempo y resplandor solar. Y al llegar la noche el reloj estaba listo. Cuando apagaba la luz para dormir, el pequeño reloj encendía su luz y brillaba. No era mucha pero cuando su mundo está oscuro un poquito aparenta ser mucho.

Se parece un poco a la luz que recibió aquella mujer al encontrarse con Jesús.

No sabemos su nombre pero conocemos su situación. Su mundo era negro como la medianoche. Tan oscuro que sólo podía andar a tientas y albergar la esperanza de recibir alguna ayuda. Lea estos dos versículos para que comprenda lo que intento decir:

Jesús fue con él, y lo seguía una gran multitud, la cual lo apretujaba. Allí estaba una mujer que padecía de hemorragias desde hacía doce años. Había sufrido mucho a manos de varios médicos, además de haber gastado todo lo que tenía sin que le hubiera servido de nada sino que, por el contrario, iba de mal en peor.

*Marcos 5.24–26*

Ella era una caña cascada: «Hemorragias desde hacía doce años», «sufrido mucho», «gastado todo lo que tenía» y «de mal en peor».

Un desorden menstrual crónico. Un constante flujo de sangre. Tal condición sería difícil para cualquier mujer de cualquier era. Pero para una judía, nada podía ser peor. No existía área de su vida que no fuese afectada.

*Sexualmente.* No podía tocar a su marido.

*Maternalmente.* No podía tener hijos.

*Como ama de casa.* Cualquier cosa que tocase era considerada impura. No podía lavar la vajilla. No podía barrer los pisos.

*Espiritualmente.* No se le permitía entrar al templo.

Físicamente estaba agotada y socialmente desterrada.

Había buscado ayuda «a manos de varios médicos» (v. 26 NVI). El Talmud sugiere no menos de once curas para tal condición. Sin duda las había probado todas. Algunas eran tratamientos legítimos. Otras, tales como llevar en un lienzo las cenizas de un huevo de avestruz, eran supersticiones huecas.

Había «gastado todo lo que tenía» (v. 26 NVI). El volcar tensión financiera sobre la tensión física es como agregar insulto a una herida. Un amigo mío que está luchando contra el cáncer me dijo que la persecución de los acreedores que exigen pagos para su tratamiento es tan devastador como el dolor.

«Iba de mal en peor» (v. 26 NVI). Ella era una caña cascada. Se despertaba a diario en un cuerpo que nadie deseaba. Se le están acabando las plegarias. Y el día que nos encontramos con ella está a punto de elevar la última.

Pero cuando llega adonde está Jesús, Él está rodeado de gente. Se dirige a ayudar a la hija de Jairo, el hombre más importante de la comunidad. ¿Cuáles son las probabilidades de que interrumpa una misión urgente con un alto oficial para ayudar a alguien como ella? Muy pocas. Pero ¿cuáles son las probabilidades de que ella sobreviva si no se arriesga? Todavía menores. De modo que decide arriesgarse.

«Si logro siquiera tocar su ropa», piensa ella, «quedaré sana» (v. 28 NVI).

Temeraria decisión. Para tocarlo, deberá tocar a la gente. Si uno de ellos la reconoce. Hola reprensión, adiós cura. Pero ¿qué opción le queda? No tiene dinero, ni influencias, ni amigos, ni soluciones. Lo único que tiene es un presentimiento loco de que Jesús puede ayudarla y una esperanza sublime de que lo hará.

Tal vez es lo único que usted tenga: un presentimiento loco y una esperanza sublime. No tiene nada para dar. Pero está sufriendo. Y lo único que puede ofrecerle es su dolor.

Tal vez eso ha impedido que se acerque a Dios. Puede ser que haya dado uno o dos pasos en su dirección. Pero luego vio a los otros que lo rodeaban. Parecían tan limpios, tan pulcros, con su fe en tan buen estado. Cuando los vio, bloquearon la visión que tenía de Él. De manera que retrocedió.

Si eso lo describe, preste atención, ese día sólo una persona fue elogiada por la fe que tenía. Esa persona no fue un opulento dador. No fue un leal seguidor. No fue un maestro de renombre. Fue una pobre y tímida marginada de la sociedad que se aferró a su presentimiento de que Él podía y a su esperanza de que lo haría.

Lo cual, dicho sea de paso, no está mal como definición de la fe: *Una convicción de que Él puede y una esperanza de que lo hará.* Se parece a la definición de la fe que da la Biblia. «Sin fe es imposible agradar a Dios, ya que cualquiera que se le acerca tiene que creer que Él existe y que recompensa a quienes lo buscan» ( Hebreos 11.6 NVI).

No es tan complicado ¿verdad? La fe es la creencia de que Dios existe y de que es bueno. La fe no es una experiencia mística ni una visión a medianoche ni una voz en el bosque. Es optar por creer que aquel que lo hizo todo no lo ha abandonado y que aún envía luz a las sombras y que responde a los gestos de fe.

Por supuesto que nada estaba garantizado. Ella tenía la esperanza de que Él respondiese. Lo anhelaba. Pero no sabía si lo haría. Lo único que sabía era que Él estaba presente y que era bueno. Eso es fe. La fe no trata de creer que Dios hará lo que uno quiere. La fe es creer que Dios hará lo correcto.

«Bienaventurados los de extrema pobreza, desvalidos, atrapados, desamparados y enfermos», dijo Jesús, «porque de ellos es el reino de los cielos» ( Mateo 5.3 , traducción propia).

La economía de Dios está de patas para arriba (¡o está en posición correcta y la nuestra está de patas para arriba!) Dios dice que cuanto más desahuciada sea la circunstancia que le toque, más cercana está su salvación. Cuanto más sean sus aflicciones, más genuinas serán sus oraciones. Cuanto más oscura sea su habitación, mayor necesidad tendrá de luz.

Lo cual nos lleva nuevamente a mi reloj. Cuando era de día nunca apreciaba la capacidad de resplandecer de noche que tenía mi pequeño Bulova. Pero al crecer las sombras de la noche, también crecía mi gratitud.

Una mujer sana jamás habría apreciado el poder proveniente de tocar el borde de su ropa. Pero esta mujer estaba enferma. Y cuando su dilema se encontró con su decisión, ocurrió un milagro.

Su participación en la sanidad fue muy pequeña. Sólo extendió su brazo entre la multitud.

«Si logro tocarlo siquiera».

Lo que importa no es la forma del esfuerzo sino el esfuerzo en sí. Es más, ella hizo algo. Se negó a aceptar su enfermedad siquiera un día más y decidió ponerse en movimiento.

La sanidad comienza cuando hacemos algo. La sanidad empieza cuando extendemos la mano. La sanidad se inicia cuando damos un paso.

La ayuda de Dios está cercana y siempre disponible pero sólo es dada a aquellos que la buscan. Nada surge de la apatía. La gran obra efectuada en este relato es la poderosa sanidad. Pero la gran verdad es que la sanidad comenzó con su toque. Y mediante ese gesto pequeño y valiente, ella experimentó el tierno poder de Jesús.

Comparada con la parte que le toca a Dios, nuestra parte es minúscula pero necesaria. No es necesario que hagamos mucho, *pero sí debemos hacer algo*.

Escriba una carta.

Pida perdón.

Llame a un consejero.

Confiese.

Llame a mamá.

Visite al doctor.

Bautícese.

Dé de comer a un hambriento.

Ore.

Enseñe.

Vaya.

Haga algo que demuestre su fe. Pues la fe sin esfuerzo no es fe. Dios responderá. Nunca ha rechazado un gesto genuino de fe. Nunca.

Dios honra la fe radical y arriesgada.

Al construir arcas se salvan vidas. Cuando los soldados marchan, algunas ciudades como Jericó se derrumban. Al levantar varas, los mares aún se dividen. Cuando un almuerzo es compartido, miles reciben alimento. Y cuando una vestidura es tocada, ya sea por la mano de una mujer anémica en Galilea o por las oraciones de un mendigo en Bangladesh, Jesús se detiene. Se detiene y responde.

Marcos se lo puede decir. Cuando esta mujer tocó a Cristo, sucedieron dos cosas que no ocurren en ningún otro lugar de la Biblia. Él registró ambas.

Primeramente, Jesús sana sin proponérselo. El poder salió de Él automática e instantáneamente. Es como si el Padre hubiese hecho un corto circuito en el sistema y la divinidad de Cristo estaba un paso adelante de la humanidad de Cristo.

Su necesidad solicitó su ayuda. No hubo luces de neón ni fuertes gritos. No hubo fanfarria. No hubo toque de trompetas. No hubo alboroto. No hubo oleaje. Sólo ayuda.

De la misma manera que mi habitación oscura hacía evidente la luz de mi reloj, nuestro mundo oscuro hace evidente la luz de Dios.

En segundo lugar, Él la llama *hija* . «Hija, tu fe te ha sanado» (v. 34 NVI). Es la única ocasión que Jesús le dice hija a *alguna* mujer en sitio *alguno*. ¡Imagine la sensación que debe haberle producido a ella! ¿Quién pudiera recordar la última vez que ella había recibido una palabra de afecto? ¿Quién sabría cuándo había sido la última vez que unos ojos cariñosos se habían tropezado con los de ella?

León Tolstoi, el gran escritor ruso, cuenta de la vez que estaba caminando por la calle y pasó por el lado de un mendigo. Metió su mano en el bolsillo para darle algo de dinero, pero su bolsillo estaba vacío. Se dirigió al hombre y dijo: «Lo siento hermano, pero no tengo nada para darle».

El mendigo se alegró y le dijo: «Me ha dado más de lo que le he pedido. Usted me ha llamado hermano».

Para el que es amado, una palabra de afecto es una migaja, pero para el que está hambriento de amor, una palabra de afecto puede ser un banquete.

Y Jesús le dio un banquete a esta mujer.

Según la tradición ella nunca olvidó lo que Jesús hizo. Cuenta la leyenda que ella permaneció con Jesús y lo siguió al caminar hasta el Calvario cargando su cruz. Algunos creen que ella era Verónica, la mujer que caminó con Él la senda de la cruz. Y cuando la transpiración y la sangre le hacían arder los ojos, ella le limpiaba la frente.

Ella, en un momento de gran necesidad, recibió su toque y Él en un momento de dolor, recibió el de ella. No sabemos si la leyenda es verdad pero pensamos que pudiera serlo. Y no sé si lo mismo le ha sucedido a usted, pero sé que le puede suceder.

## 8

# POR SIEMPRE JOVEN

---

## *Cómo apreciar el proceso del envejecimiento*

El  
que  
pro  
cur  
e  
con  
ser  
var  
su

vida  
, la  
per  
der  
á, y  
el  
ho  
mbr  
e  
que  
est  
é  
pre  
par  
ado  
par  
a  
per  
der  
su  
vida  
la  
con  
ser  
var  
á.

Luc  
as  
17.  
33

[Tra  
duc  
ción  
libr  
e  
del  
ingl  
és,  
ver  
sión  
de  
Phil  
lips]

¿No se indigna cuando otro se lo recuerda?

El peluquero: «Se está quedando ralo por aquí arriba, Joe».

El estilista: «La próxima vez que venga, Sue, le haremos algo a esas canas».

La invitación: «Queda usted invitado a la trigésima reunión de su graduación de la escuela secundaria».

Sus hijos: «Cuéntame otra vez, ¿quiénes eran los Rolling Stones?»

Su doctor: «No se preocupe, Bill. Su condición es común en personas de mediana edad».

El amanecer de la vejez. Las páginas iniciales de los capítulos finales. Aparece una mancha dorada en las hojas verdes de su vida, descubre las arrugas y se encuentra cara a cara con el hecho de que está envejeciendo.

A pesar de que hagamos bromas («La vejez es cuando le hincas los dientes a una chuleta... Y se te quedan allí»), no todos se ríen. En especial aquel al que se le ha enseñado que atesore su juventud.

Acaso, ¿no hemos recibido todos esa enseñanza?

Durante décadas se preocupó por todo excepto por envejecer. Aparte de todas las cosas con las que no podía contar había una con la que sí podía y esa cosa era su juventud. Podía comer como un caballo y no parecerse a uno. Todos sus profesores eran mayores que usted. Los atletas profesionales tenían aproximadamente la edad de su hermano mayor. La vida era una autopista abierta y la muerte estaba a un milenio de distancia.

Pero luego llegaron los sutiles mensajes de mortalidad:

Compra su primera póliza de seguro de vida la cual incluye: los gastos del entierro y el funeral.

Sus acompañantes le preguntan por qué frunce los ojos cuando lee las señales de tránsito en las vías.

El muchacho que en el supermercado lleva sus compras hasta el auto le dice «señora».

Al principio son sólo advertencias que se semejan a gotas de lluvia que salpican la acuarela de sus convicciones de juventud perpetua. Sin embargo, con el paso del tiempo, las gotas se vuelven permanentes y más intensas.

Al despertarse le duele todo. Lo que no le duele, no funciona.

Sus padres comienzan a comportarse como sus hijos.

Las líneas de su sonrisa no desaparecen cuando deja de sonreír.

Y luego... ¡Bum! La lluvia se vuelve torrencial. El suave golpeteo se convierte en trueno. Paro cardíaco. Nido vacío. Cuarenta velas. Bifocales. Bum. ¡Bum! ¡BUM!

Ya no hay negación que valga. Ponce de León no encontró la fuente de la juventud y tampoco usted la encontrará. Pero cómo lo intentamos. Pesas son levantadas. Cabello negro que se ha vuelto gris vuelve a ser negro o mejor aún, rubio. Se permuta la furgoneta por una camioneta, un monstruo de doble tracción con el que se puedan atacar las traicioneras hondonadas de las rutas interestatales. Se le hace un estiramiento al rostro. Al mentón se le hace un pliegue. Los pechos reciben un levantamiento.

Pero a pesar de nuestros esfuerzos siguen pasando las páginas del calendario. Los relojes aún hacen tic. Y el cuerpo sigue envejeciendo. Y cada píldora nueva que tomamos nos recuerda que el envejecimiento es una píldora que debe ser tragada.

¿Pero por qué desciende la píldora con tal lentitud? ¿Por qué es tan difícil de aceptar? ¿Por qué razón los cumpleaños nos estremecen tanto?

Seguramente que parte del problema es el espejo (o por lo menos la imagen que allí se refleja). Lo que solía ser tenso ahora cuelga. Lo que antes se mecía ahora rebota. Según dicen, el tiempo es un excelente sanador de males, pero es un pésimo cosmetólogo.

O para otros hay fracaso. Lo que se propuso hacer no lo logró. Tenía la intención de evitar la trampa de los suburbios; ahora está pagando las cuotas de la hipoteca. Juró que nunca se convertiría en un títere corporativo pero ahora su ropero está lleno de franela gris. Se propuso dejar un legado, pero hasta ahora su único legado es una huella de pañales y talones de cheques.

Pero el verdadero dolor está a mayor profundidad. Para algunos es causado por el vacío del éxito. La vida en la cima puede ser solitaria. Los escritorios de caoba se vuelven fríos. Los premios por ventas pierden su brillo. Los diplomas se destiñen. En ocasiones un mundo de ensueños se ha convertido en realidad y resulta ser inferior a sus expectativas.

El remordimiento se convierte en un importante pasatiempo. El plomero se lamenta por no haber asistido a la escuela de medicina y el doctor se pregunta por qué no es plomero. La mujer trabajadora se lamenta por el tiempo que no pasó con sus hijos y la mamá que es ama de casa siente deseos de haber seguido una carrera.

Puede empeorar aún más. El remordimiento puede desembocar en rebelión. Ante las demandas. Lo mundano. La monotonía. Rebelión ante cualquier cosa que lo atrape: su trabajo, su gobierno, su camioneta o lo que resulta todavía peor, su familia.

Aquellos que escogen rebelarse, los que eligen deambular por las sendas escondidas de la evasión, son los principales candidatos a caer en una de las trampas más antiguas de Satanás: el adulterio.

Una bella y joven secretaria que trabaja con usted trae a su oficina unos papeles junto con un poco de simpatía.

El vecino de al lado dice que no puede creer que hayas tenido cuatro hijos y que hayas mantenido una figura tan esbelta.

El David que tenemos dentro de nosotros clama por Betsabé. La esposa de Potifar mira a José. Deciden retozar en la hierba más verde y se inicia el dolor.

Permítame que exprese claramente el punto que deseo destacar: El envejecimiento puede ser peligroso. La senda es traicionera y abundan las trampas. Estar preparado es una decisión sabia. Está enterado de que se aproxima. No es que Dios haya mantenido el proceso en secreto. Al envejecer no estará abriendo huellas nunca antes transitadas. No es como si ninguno lo hubiese hecho antes de usted. Observe a su alrededor. Tiene una amplia oportunidad para prepararse y abundantes casos para estudiar. Si el envejecimiento lo toma por sorpresa no culpe a Dios. Él le dio advertencias de sobra. También lo aconsejó bastante.

¿Quiere algunos ejemplos? Me alegra que los haya solicitado. ¿Qué le parece Lucas 17.33 ?

«El que procure conservar su vida, la perderá, y el hombre que esté preparado para perder su vida la conservará» (Phillips).



«Existen dos formas de encarar la vida», dice Jesús, «están los que la protegen o los que la procuran. Los más sabios no son los que tienen más años de vida, sino los que tienen más vida en sus años».

Lo que dice Annie Dillard acerca del arte de escribir en *The Writing Life [La vida del escritor]* se aplica a la vida: «Una de las pocas cosas que sé acerca del arte de escribir es lo siguiente: Gástalo todo, júégalo, piérdelo, de inmediato, cada vez. No reserves lo que parece bueno para un momento más avanzado del libro o para otro libro; entrégalo, entrégalo todo, entrégalo ahora».

La vida tiene cierta cualidad inexplorada y maravillosa. Búsquela. Persígala. Véndalo todo para obtenerla. No escuche los lamentos de aquellos que se han conformado con una vida de segunda categoría y quieren que usted haga lo mismo para que no se sientan culpables. Su meta no es vivir una larga vida sino vivir.

Jesús dice que las opciones están claramente delineadas. Por un lado está la voz de la seguridad. Puede encender un fuego en el hogar, permanecer adentro y mantenerse cálido, seco y resguardado. No podrá ser lastimado si nunca sale, ¿verdad? No podrán criticarlo por lo que no intente, ¿verdad? No se caerá si nunca toma una postura, ¿verdad? No hay posibilidad de que pierda el equilibrio si nunca escala, ¿verdad? De modo que no lo intente. Tome el camino seguro.

O puede escuchar la voz de la aventura. La aventura de Dios. En lugar de encender un fuego en su hogar, encienda un fuego en su corazón. Siga los impulsos de Dios. Adopte al niño. Múdese allende los mares. Enseñe la clase. Cambie de carrera. Presente su candidatura. Produzca un cambio. Por supuesto que no es un camino seguro pero, ¿qué camino lo es?

¿Piensa que el permanecer adentro protegido del frío es seguro? Jesús discrepa. «El que procure conservar su vida, la perderá». Me gustan las palabras del General Douglas MacArthur cuando tenía setenta y ocho años: «Nadie envejece por el simple hecho de vivir una cierta cantidad de años. La gente envejece al abandonar sus ideales. Los años podrán arrugar la piel, pero el abandono del interés arruga el alma».

Charles Lindbergh, el primer piloto en cruzar el Atlántico en avión, dijo lo siguiente con respecto a vivir en seguridad:

Decidí que si fuese posible que volara diez años antes de morir en un accidente, sería un oficio que bien valdría la pena en una vida común y corriente[...] ¿Quiénes asignaron mayor valor a la vida, los aviadores que dedicaron la suya al arte que amaban o los tacaños que la distribuyeron como moneditas de un centavo a lo largo de sus vidas de hormiga?

Lea una vez más el consejo de Jesús. «El que procure conservar su vida, la perderá, y el hombre que esté preparado para perder su vida la conservará».

Recupere la curiosidad de su niñez. El simple hecho de estar cerca de la cima no significa que haya pasado su cumbre.

Sus capítulos finales pueden ser los mejores. Su última canción puede ser la más grandiosa. Pudiera suceder que toda su vida lo haya preparado para una salida triunfal. Los más ancianos de Dios siempre han estado entre sus más selectos.

Fueron las actividades octogenarias de Moisés las que le dieron entrada en su Biblia. El anciano y maduro Abraham era mucho más sabio que el joven e impetuoso Abram. Caleb aún a los ochenta y cinco años reclamó su montaña. Ana era una viuda de ochenta y cinco años que tuvo la fuerza suficiente para orar por el Mesías y la visión necesaria para reconocerlo cuando llegó.

Y observa a Juan, el anciano apóstol Juan. El último de los apóstoles. El querido amigo de Jesús. Seguramente que sus años finales serían tranquilos y descansados. Seguramente que Juan había realizado lo que se había propuesto hacer.

No. No le diga eso a Juan. Y no se lo diga a Dios. Pues ninguno de los dos había acabado. A Juan le restaba escribir un capítulo más. Lo que tenía como propósito ser un lugar de aislamiento se convirtió en un sitio de inspiración y en sus años finales Juan escribió el último libro de la Biblia. ¿Es posible que toda su vida haya llevado a este momento?

Eso comunican las palabras bien conocidas de Robert Browning:

Envejece junto conmigo  
Lo mejor aún no ha llegado  
El final de la vida,  
Para el cual el principio fue creado.

Sus años finales pueden ser los mejores. Pregúntele a Othmar Ammann. Durante su «jubilación» diseñó estructuras tales como las autopistas de peaje de Connecticut y New Jersey, la Arena Cívica de Pittsburgh, el aeropuerto de Dulles, el puente Throngs Neck y el puente Verrazano Narrows.

Heinrich Schliemann estaría de acuerdo. Él se retiró de los negocios para dedicarse a la búsqueda de la legendaria ciudad de Troya de Homero. La encontró.

Winston Churchill merecía tomarse un descanso al finalizar la Segunda Guerra Mundial pero no lo hizo. Tomó en cambio una pluma y ganó el premio Nobel de literatura a la edad de setenta y cinco años.

Algunos envejecen y deciden salir a pescar. Otros envejecen y salen a cazar. A cazar aquello que siempre desearon hacer. Y lo logran.

Un amigo del difunto jurista americano Oliver Wendell Holmes le preguntó por qué había decidido estudiar griego a la edad de noventa y cuatro años. Holmes respondió: «Verá mi estimado señor, es ahora o nunca».

Cuando J. C. Penney era de noventa y cinco años declaró: «Es posible que mi vista se esté debilitando pero mi visión se está incrementando».

Al envejecer nuestra visión debiera mejorar. No me refiero a nuestra visión terrenal sino a nuestra visión celestial. Aquellos que han dedicado su vida a la búsqueda de las ganancias celestiales adquieren un salto en su andar cuando la ciudad entra en su campo visual. Luego de muerto Miguel Ángel alguien encontró en su estudio un pedazo de papel en el cual había escrito una nota para su

aprendiz. Con la caligrafía de su vejez el gran artista escribió: «Dibuja, Antonio, dibuja y no desperdices el tiempo».

Urgencia bien fundamentada, Miguel Ángel. El tiempo se escurre. Los días pasan. Los años se desvanecen. Y la vida se acaba. Y la tarea que vinimos a realizar debe ser concretada mientras aún haya tiempo.

Nos parecería raro que un viajero no estuviese preparado para la finalización de la travesía. Sentiríamos lástima por el pobre pasajero que nunca leyó su itinerario. Nos extrañaría que alguno pensase que el propósito del viaje era el viaje en sí.

Y para esa persona fueron escritas algunas de las palabras más tristes de las Escrituras. «Pasó la siega, terminó el verano, y nosotros no hemos sido salvos» ( Jeremías 8.20 ).

Otros, sin embargo, aguardan el destino con anticipación. Espero que ese sea su caso. Y espero que esté listo cuando llegue al hogar. Para usted la edad no es un enemigo. Es sólo un indicador de la distancia recorrida, suavemente le avisa que el hogar nunca ha estado tan cercano.

Dígale eso a su peluquero.

## 9

# LEA LA HISTORIA

---

### *Cuando otros le desilusionen*

*Y he aquí que aquel mismo día dos de ellos iban a una aldea llamada Emaús, que estaba como a once kilómetros de Jerusalén. Y conversaban entre sí acerca de todas estas cosas que habían acontecido. Y sucedió que mientras conversaban y discutían, Jesús mismo se acercó y caminaba con ellos. Pero sus ojos estaban velados para que no le reconocieran. Y Él les dijo: ¿Qué discusiones son estas que tenéis entre vosotros mientras vais andando?*

*Y ellos se detuvieron, con semblante triste. Respondiendo uno de ellos, llamado Cleofas, le dijo: ¿Eres tú el único visitante de Jerusalén que no sabe las cosas que en ella han acontecido en estos días?*

*Entonces Él les dijo: ¿Qué cosas?*

*Y ellos le dijeron: Las referentes a Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obra y en palabra delante de Dios y de todo el pueblo; y cómo los principales sacerdotes y nuestros gobernantes le entregaron a sentencia de muerte y le crucificaron. Pero nosotros*

*esperábamos que Él era el que iba a redimir a Israel. Pero además de todo esto, este es el tercer día desde que estas cosas acontecieron. Y también algunas mujeres de entre nosotros nos asombraron; pues cuando fueron de madrugada al sepulcro, y al no hallar su cuerpo, vinieron diciendo que también habían visto una aparición de ángeles que decían que Él vivía. Algunos de los que estaban con nosotros fueron al sepulcro, y lo hallaron tal como también las mujeres habían dicho; pero a Él no le vieron.*

*Entonces Jesús les dijo: ¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera todas estas cosas y entrara en su gloria? Y comenzando por Moisés y continuando con todos los profetas, les explicó lo referente a Él en todas las Escrituras.*

*Se acercaron a la aldea adonde iban, y Él hizo como que iba más lejos. Y ellos le instaron, diciendo: Quédate con nosotros, porque está atardeciendo, y el día ya ha declinado. Y entró a quedarse con ellos.*

*Y sucedió que al sentarse a la mesa con ellos, tomó pan, y lo bendijo; y partiéndolo, les dio. Entonces les fueron abiertos los ojos y le reconocieron; pero Él desapareció de la presencia de ellos. Y se dijeron el uno al otro: ¿No ardía nuestro corazón dentro de nosotros mientras nos hablaba en el camino, cuando nos abría las Escrituras?*

*Y levantándose en esa misma hora, regresaron a Jerusalén, y hallaron reunidos a los once y a los que estaban con ellos, que decían: Es verdad que el Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón.*

*Y ellos contaban sus experiencias en el camino, y cómo le habían reconocido en el partir del pan.*

*Lucas 24.13–35  
(Biblia de las Américas)*

Y  
se  
dije  
ron  
el  
uno  
al  
otro  
:  
¿N  
o  
ardí

a  
nue  
stro  
cor  
azó  
n  
den  
tro  
de  
nos  
otro  
s  
mie  
ntra  
s  
nos  
hab  
lab  
a  
en  
el  
ca  
min  
o,  
cua  
ndo  
nos  
abrí  
a  
las  
Esc  
ritur  
as?

Luc  
as  
24.  
32

(Bib  
lia  
de  
las  
Am  
éric  
as)

Phineas, un niño de diez años, se levantó mucho antes de que lo hiciese el sol. Casi no había podido dormir la noche anterior. Y mucho antes de que se escuchara algún ruido en la casa, se encontraba en la planta baja con su bolso preparado, listo para subir al carruaje.

Corría el año 1820. Y Phineas estaba por ver una isla. Su isla. La isla que le había sido prometida al nacer. El día que nació su abuelo le entregó al Phineas recién nacido una escritura, una importante extensión de tierras en Connecticut llamada Isla Ivy. Y hoy, por primera vez, Phineas estaba a punto de conocerla.

Son muy pocos los niños que nacen siendo propietarios. Los padres de Phineas se encargaron de traer este hecho a la atención de su hijo con frecuencia. Le presionaron para que no los olvidase cuando fuera mayor de edad. Los vecinos temían que el joven terrateniente no quisiera jugar con sus hijos.

Sus preocupaciones eran legítimas. Phineas era diferente a sus compañeros de juego. Mientras que ellos soñaban con dragones y caballeros las fantasías de él giraban en torno a la Isla Ivy. Algún día sería el señor de su propio territorio. Construiría una casa. Se dedicaría a la agricultura. Criaría ganado. Gobernaría sus dominios.

Cuando se es dueño de una isla uno se siente importante.

Cuando se es dueño de una isla uno quiere conocerla. Phineas aún no había conocido la suya. Le rogaba a su padre para que lo llevara a conocer la isla y finalmente, en el verano de 1820, su padre aceptó hacerlo.

Tres noches de insomnio precedieron a la expedición. Luego, esa mañana temprano, Phineas, su padre y un empleado subieron a la calesa e iniciaron el viaje largamente aguardado. Por fin Phineas vería la tierra que le pertenecía.

Apenas podía permanecer quieto. Al llegar a la cima de cada colina preguntaba: «¿Ya estamos cerca? ¿Puedo verla desde aquí?» Su padre lo animaba a ser paciente a la vez que le aseguraba que ya estaban a poca distancia.

Finalmente su padre señaló hacia el norte, más allá de un prado, hacia una hilera de altos árboles que se extendían hacia el cielo.

«Allí», dijo él. «Allí está la Isla Ivy».

Phineas estaba conmovido. Saltó del carruaje y corriendo cruzó el prado, dejando muy atrás a su padre. Corrió hasta la hilera de árboles y de allí pasó a un claro desde donde podía verse la Isla Ivy.

Al ver su propiedad se detuvo. Se sintió desilusionado.

La Isla Ivy consistía en cinco acres de tierras pantanosas infestadas de serpientes. Su abuelo había dicho que era la tierra más valiosa de Connecticut. Pero no valía nada. Su padre le había dicho que era un regalo generoso. No lo era. Era una broma. Una broma cruel. Mientras Phineas miraba aturdido, el padre y el empleado se reían a carcajadas.

Phineas no era el afortunado beneficiario de la familia. Era el hazmerreír de la misma. El abuelo Taylor le había jugado una mala pasada a su heredero.

Phineas no se rió. Tampoco se olvidó. Esa desilusión marcó su vida. Él, el engañado, hizo del engaño su forma de vida. El niño embaucado se dedicó a la carrera de embaucar a las personas.

Hasta es posible que lo haya engañado a usted.

No lo conoce por el nombre de Phineas. Lo conoce como P. T. No lo conoce como terrateniente; lo conoce en función de promotor. Lo conoce como el que acuñó la frase: «Cada minuto nace un tonto». Él dedicó su vida a confirmar esta afirmación. Tal fue la vida de P. T... P. T. Barnum.

Y tal es la vida de muchos otros, a los cuales se les ha dicho que serían llevados a la Tierra Prometida para luego descubrir que habían sido transportados al pantano.

Esta semana viajé al aeropuerto junto con un hombre de negocios que una década antes había tenido ingresos veinte veces superiores a los que tenía en la actualidad. Eso fue antes de que la industria sufriera un bajón. Antes de que quedara en bancarrota.

Al finalizar el sermón del domingo pasado una mujer de otra ciudad preguntó qué debía hacer con sus recuerdos. Le pregunté qué significado tenía eso. «Deseo asistir a la iglesia, pero de niña fui abusada por un predicador. Y ahora, cada vez que voy a la iglesia, me viene eso a la mente».

Una amiga me dice que su esposo se interesa más por su juego de golf que por ella.

Aun mientras escribía un colaborador pasó a verme para ponerme al día con respecto al juicio que le ha entablado al constructor que nunca le terminó su casa.

Esta gente, ¿tiene algún defecto? No, sus anhelos son saludables. Uno desea un comercio fuerte, otra quiere adorar de manera satisfactoria. Un esposo que cumpla con su promesa, un constructor que cumpla con su palabra. ¿Quién podría hallarlos en falta por tales sueños? ¿Quién pudiera culparlos por soñar? ¿Quién se iba a imaginar que sus sueños serían aplastados?

Seguramente que ellos no.

Pero ahora se enfrentan a una decisión. ¿Qué deben hacer con su desilusión? ¿Qué pueden hacer con sus corazones destrozados? No nos referimos a los inconvenientes ni a las complicaciones. No estamos hablando de largas filas ni de semáforos en rojo ni de un juego malo de tenis. Estamos hablando de aflicción. De lo que sentían los amigos de Jesús a dos días de su muerte. Su mundo se había desmoronado encima de ellos. Resulta obvio al ver cómo caminan. Sus pies se arrastran, están cabizbajos, sus hombros están caídos. Los once kilómetros que separan a Jerusalén de Emaús deben parecerles ciento diez.

Mientras caminan, hablan «acerca de todas estas cosas que habían acontecido» (v. 14 ). No es difícil de imaginar sus palabras.

«¿Por qué se volvió la gente contra Él?»

«Podía haber descendido de la cruz. ¿Por qué no lo hizo?»

«Permitió que Pilato le diera órdenes».

«¿Ahora qué hacemos?»

Mientras caminan, se les acerca un extraño por detrás. Es Jesús, pero no lo reconocen. La desilusión los afecta de esa manera. Les impide ver la presencia misma de Dios. La desilusión nos hace mirar sólo para adentro. Dios pudiera estar caminando a nuestro lado, pero la desesperación nos nubla la vista.

La desesperación hace otra cosa. No sólo nos nubla la vista, sino que también endurece nuestros corazones. Nos volvemos cínicos. Nos volvemos insensibles. De manera que cuando vienen las buenas noticias, no las queremos aceptar por

temor a ser nuevamente desilusionados. Eso fue lo que le sucedió a estas dos personas.

Más adelante dicen estas palabras:

Y también algunas mujeres de entre nosotros nos asombraron; pues cuando fueron de madrugada al sepulcro, y al no hallar su cuerpo, vinieron diciendo que también habían visto una aparición de ángeles que decían que Él vivía. Algunos de los que estaban con nosotros fueron al sepulcro, y lo hallaron tal como también las mujeres habían dicho; pero a Él no le vieron.

*Lucas 24.22–24*

Al leer las Escrituras no siempre podemos darnos cuenta del tono en que fueron expresadas las palabras. En ocasiones no sabemos si el que habla está jubiloso, triste o en paz. Sin embargo, esta vez queda claro lo que están pensando: *Como si no fuera suficiente que hayan matado a Jesús, ahora algún ladrón de tumbas se ha llevado el cuerpo y engañado a algunos de nuestros amigos.*

Estos dos seguidores no tenían la menor intención de creer a las mujeres. Si me engaña una vez, la vergüenza es suya. Si me engaña por segunda vez, la vergüenza es mía. Cleofas y su amigo están envolviendo su corazón en un cascarón. No volverán a arriesgarse. No volverán a ser lastimados.

Esta es una reacción muy común, ¿verdad? ¿Ha sido lastimado por amor? Pues entonces no ame. ¿Una promesa ha sido rota? No confíe más. ¿Su corazón ha sido destrozado? No lo entregue de nuevo. Haga como hizo P. T. Barnum. Iguale el puntaje culpando al mundo y endureciendo su corazón.

Existe una línea, una fina línea divisoria, el cruzarla puede resultar fatal. Es la línea que separa la desilusión del enojo, la herida del odio, la amargura de la acusación. Si está aproximándose a esa línea, permítame que le inste a no cruzarla. Dé un paso hacia atrás y hágase la siguiente pregunta: «¿Durante cuánto tiempo he de pagar por mi desilusión? ¿Cuánto tiempo más dedicaré a lamer mis heridas? Llegará el momento en que deba seguir avanzando. Llegará el tiempo en que necesite sanidad. Se presentará el momento en el que deberá permitir que Jesús haga por usted lo mismo que hizo por estos hombres.

¿Sabe lo que hizo? En primer lugar se les acercó. Sé que ya lo hemos mencionado, pero vale la pena repetirlo. No se quedó de brazos cruzados diciendo: «¿Por qué razón esos dos no pueden ubicarse?» No se quejó ante el ángel diciendo: «¿Por qué no pueden creer que la tumba está vacía? ¿Por qué resulta tan difícil convencerlos?»

¿Qué fue lo que hizo? Se encontró con ellos en su punto de dolor. Aunque la muerte ha sido destruida y el pecado anulado, Él no se ha retirado. El Señor resucitado nuevamente se ha cubierto de carne, se ha puesto ropa humana y ha buscado nuestros corazones doloridos.

Lea sus palabras con cuidado y fíjese si puede descubrir su dolor:



Entonces Él les dijo: ¿Qué cosas?

Y ellos le dijeron: Las referentes a Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obra y en palabra delante de Dios y de todo el pueblo; y cómo los principales sacerdotes y nuestros gobernantes le entregaron a sentencia de muerte y le crucificaron. Pero nosotros esperábamos que Él era el que iba a redimir a Israel.

*Lucas 24.19–21*

Ahí está. «Pero nosotros esperábamos[...]» Los discípulos habían esperado que Jesús redimiese a Israel. Ellos habían esperado que Él sacara a patadas a los romanos. Habían tenido la esperanza de que Pilato fuese derrocado y que Jesús fuese instalado. Pero Pilato seguía gobernando y Jesús estaba muerto.

Expectativas insatisfechas. Dios no hizo lo que ellos querían que hiciese.

Sabían lo que esperaban de Jesús. Sabían lo que Él debía de hacer. No era necesario que le preguntaran. Si Jesús es el Mesías, no dormirá durante mi tormenta. Nunca se morirá. No desafiará a la tradición. Hará lo que se supone que debe hacer.

Pero eso no fue lo que hizo. Qué alegría, ¿no? Menos mal que la oración de Cleofas y su amigo no fue respondida, ¿verdad? ¿No le complace que Dios no haya hecho ajustes en su agenda para satisfacer los pedidos de estos dos discípulos?

Eran buenos discípulos. De buen corazón. Y sus oraciones sinceras. Sólo que sus expectativas estaban erradas.

Cuando mi hija mayor tenía unos seis años, hablamos sobre mi trabajo. Al parecer no le agradaba demasiado la profesión que yo había escogido. Ella quería que abandonase el ministerio. «Me gustas como predicador», me explicó. «Sólo que me agradaría mucho que vendieses helados».

Era un pedido sincero de un corazón puro. A ella le resultaba razonable pensar que las personas más felices del mundo son los hombres que conducen los camiones de helados. Tocan música. Venden golosinas. Dan felicidad a los niños. ¿Qué más pudiera uno desear? (Pensándolo bien, tal vez tenga razón. Podría pedir un préstamo, comprar un camión y... Mejor no, entonces comería demasiado.)

Escuché su petición pero no le hice caso. ¿Por qué? Porque sabía más que ella. Conozco mi llamado y sé lo que debo hacer. El hecho es que mi conocimiento de la vida es mayor que el suyo.

Y el punto en cuestión es que el conocimiento de Dios acerca de la vida es mayor que el nuestro.

La gente quería que Él redimiese a Israel, pero Él sabía lo que les convenía. Prefería que su pueblo fuera oprimido temporalmente y no que se perdiera eternamente. Al ser forzado a escoger entre una batalla contra Pilato y una contra Satanás, optó por la batalla que no podríamos ganar nosotros. Dijo no a lo que ellos querían y sí a lo que necesitaban. Le dijo no a la liberación de Israel y sí a la liberación de la humanidad.

Y una vez más, ¿no le alegra lo que hizo? ¿No le alegra lo que hace?

Ahora sea sincero. ¿Nos produce alegría que diga no a lo que queremos y sí a lo que necesitamos? No siempre. Si pedimos un nuevo matrimonio y Él dice honra el que tienes, no nos da felicidad. Si le pedimos sanidad y Él dice aprende por medio del dolor, no nos produce felicidad. Si le pedimos más dinero y Él dice que atesoremos lo invisible, no siempre nos da felicidad.

Cuando Dios no hace lo que queremos, no resulta fácil. Nunca lo ha sido. Nunca lo será. Pero la fe es la convicción de que Dios sabe más que nosotros con respecto a esta vida y nos llevará a buen destino.

Recuerde que la desilusión es producida por las expectativas insatisfechas.

Me gusta el relato del hombre que fue a la tienda de mascotas buscando una cotorra cantora. Al parecer era soltero y su casa era demasiado silenciosa. El dueño de la tienda tenía justo el pájaro que él necesitaba, de modo que lo compró. Al día siguiente el soltero regresó del trabajo para encontrarse con una casa llena de música. Fue hasta la jaula para dar de comer al pájaro y notó por primera vez que la cotorra sólo tenía una pata.

Se sintió defraudado porque le había sido vendido un pájaro cojo, de manera que llamó por teléfono para quejarse.

«¿Qué es lo que usted quiere», le preguntó el dueño del negocio, «un pájaro que cante o un pájaro que baile?»

Buena pregunta para los momentos de desilusión. ¿Qué es lo que queremos? Eso es lo que Jesús les preguntó a los discípulos. ¿Qué es lo que quieren?

¿Quieren libertad temporal o eterna? Jesús se dedica a la tarea de reestructurar sus expectativas.

¿Sabe lo que hizo? Les contó la historia. No cualquier historia. Les relató la historia de Dios y de su plan para las personas. «Y comenzando por Moisés y continuando con todos los profetas, les explicó lo referente a Él en todas las Escrituras» (v. 27 ).

Fascinante. La cura de Jesús para el corazón destrozado es la historia de Dios. Comenzó por Moisés y finalizó consigo mismo. ¿Por qué hizo eso? ¿Por qué volvió a contar el antiguo relato? ¿Por qué retrocedió unos dos mil años hasta la historia de Moisés? Creo que sé el porqué. Lo sé porque lo que ellos oyeron es lo que todos necesitamos oír cuando estamos desilusionados.

Necesitamos escuchar que Dios aún tiene el control. Que no se acabará hasta que Él así lo disponga. Necesitamos oír que las desventuras y las tragedias no son motivos suficientes para darse por vencido. Sólo son motivos para mantenerse firmes.

Corrie ten Boom solía decir: «Cuando el tren atraviesa un túnel y el mundo se vuelve oscuro, ¿saltas por la ventanilla? Por supuesto que no. Te quedas quieto y confías en que el conductor te llevará fuera de allí».

¿Por qué contó Jesús la historia? Para que supiésemos que el conductor aún controla el tren.

¿Cómo tratar con el desánimo? ¿La cura para la desilusión? Regrese a la historia. Léela una y otra vez. Comprenda que no es la primera persona que ha llorado. Y que no es tampoco la primera en recibir ayuda.

Lea la historia y recuerde que ¡su historia también es suya!

¿El desafío resulta demasiado grande? Lea la historia. Es usted el que cruza el Mar Rojo con Moisés.

¿Demasiadas preocupaciones? Lea la historia. Es usted el que recibe la comida del cielo junto con los israelitas.

¿Sus heridas son demasiado profundas? Lea la historia. Usted es José perdonando a sus hermanos por haberlo traicionado.

¿Sus enemigos son demasiado poderosos? Lea la historia. Usted es el que marcha con Josafat a una batalla que ya ha sido ganada.

¿Sus desilusiones le pesan demasiado? Lea la historia de los discípulos que iban camino a Emaús. El Salvador que ellos pensaban que estaba muerto estaba caminando a su lado. Entró a la casa de ellos y se sentó a su mesa. Y algo sucedió dentro de sus corazones. «¿No ardía nuestro corazón dentro de nosotros mientras nos hablaba en el camino, cuando nos abría las Escrituras?» (v. 32 ).

La próxima vez que se sienta desilusionado, no se deje vencer por el pánico. No salte por la ventanilla. No se dé por vencido. Sólo sea paciente y permítale a Dios que le recuerde que Él sigue estando al mando. Nada dé por terminado hasta que se termine.

---

## EL PÁBILO HUMEANTE

---

*Fibras entreteljidas para una llama  
Llama encendida para dar luz  
Ráfagas frías, ráfagas heladas  
Candil vencido por la noche  
Sin embargo  
Obstinada lucha la brasa  
Combate con las sombras y busca  
Llama más brillante que dé poder  
Fuego danzarín que dé calor.*

10

---

## EL PODER DE UNA ORACIÓN TÍMIDA

---

*Cuando dudes de la relevancia de tus súplicas*

Cuando volvieron [Jesús, Pedro, Jacobo y Juan] a los discípulos, vieron una gran multitud que les rodeaba, y a unos escribas que discutían con ellos. Enseguida, cuando toda la multitud vio a Jesús, quedó sorprendida, y corriendo hacia Él, le saludaban.

Y Él les preguntó: ¿Qué discutís con ellos?

Y uno de la multitud le respondió: Maestro, te traje a mi hijo que tiene un espíritu mudo, y siempre que se apodera de él, lo derriba, y echa espumarajos, cruje los dientes y se va consumiendo. Y dije a tus discípulos que lo expulsaran, pero no pudieron.

Respondiéndoles Jesús, dijo: ¡Oh generación incrédula! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo os tendré que soportar? ¡Traédmelo!

Y se lo trajeron. Y cuando el espíritu vio a Jesús, al instante sacudió con violencia al muchacho, y éste, cayendo a tierra, se revolcaba echando espumarajos.

Jesús preguntó al padre: ¿Cuánto tiempo hace que le sucede esto?

Y él respondió: Desde su niñez. Y muchas veces lo ha echado en el fuego y también en el agua para destruirlo. Pero si tú puedes hacer algo, ten misericordia de nosotros y ayúdanos.

Jesús le dijo: «¡Cómo si tú puedes!» Todas las cosas son posibles para el que cree.

Al instante el padre del muchacho gritó y dijo: Creo; ayúdame en mi incredulidad.

Cuando Jesús vio que se agolpaba una multitud, reprendió al espíritu inmundo, diciéndole: Espíritu mudo y sordo, yo te ordeno: Sal de él y no vuelvas a entrar en él.

Y después de gritar y de sacudirlo con terribles convulsiones, salió; y el muchacho quedó como muerto, tanto, que la mayoría de ellos decían: ¡Está muerto! Pero Jesús, tomándolo de la mano, lo levantó, y él se puso en pie.

Cuando entró Jesús en la casa, sus discípulos le preguntaban en privado: ¿Por qué nosotros no pudimos echarlo fuera?

Y Él les dijo: Esta clase con nada puede salir, sino con oración.

Marcos 9.14–29  
(Biblia de las Américas)

Est  
a  
clas  
e  
con  
nad

a  
pue  
de  
salir

,  
sino  
con  
ora  
ción

.

Mar  
cos  
9.2  
9

(Bib  
lia  
de  
las  
Am  
éricas)

Este capítulo no está dirigido a los aviones Concorde sino a las avionetas de fumigación.

Algunos de ustedes oran como un avión Concorde a turbina: imperturbable, de altura e imponente. Sus palabras reverberan en las nubes y producen un estampido sónico en los cielos. Si usted ora como un Concorde, lo saludo. Si no es así, lo comprendo.

Tal vez sea más parecido a mí, más parecido a una avioneta de fumigación que a un Concorde. No es vistoso, vuela a baja altura, pareciera que cubre a menudo el mismo terreno y algunas mañanas resulta difícil hacer arrancar el viejo motor.

Muchos somos así. A la mayoría nos vendría bien un ajuste en nuestras vidas de oración.

A algunas de ellas les falta estabilidad. Se encuentran en un desierto o en un oasis. Períodos largos, áridos y secos interrumpidos por breves zambullidas en las aguas de comunión. Pasamos días o semanas sin oración estable, pero luego sucede algo, escuchamos un sermón, leemos un libro, experimentamos una tragedia, algo nos conduce a la oración, de manera que nos zambullimos. Nos sumergimos en la oración y salimos refrescados y renovados. Pero al retomar la travesía, nuestras oraciones quedan atrás.

Hay otros que estamos necesitados de sinceridad. Nuestras oraciones son un tanto huecas, memorizadas y rígidas. Más liturgia que vida. Y a pesar de ser diarias, son aburridas.

Existen otros más que carecen de honestidad. Sinceramente nos preguntamos si la oración es relevante. ¿Por qué razón querría hablar conmigo el Dios de los cielos? Si Él lo sabe todo, ¿quién soy yo para decirle cosa alguna? Si Él todo lo controla, ¿quién soy yo para hacer cosa alguna?

Si está lidiando con la oración, tengo justo al hombre para usted. No se preocupe no se trata de un santo monástico. Ni de un apóstol de rodillas callosas. Tampoco se trata de un profeta cuyo segundo nombre es Meditación. O de una persona tan santa que nos recuerde hasta qué punto debemos profundizar en la oración. Es justamente todo lo opuesto. Es un compañero en la fumigación de cultivos. Un padre de un hijo enfermo que tiene necesidad de un milagro. La oración del padre no es gran cosa pero la respuesta y el resultado nos recuerdan: el poder no está en la oración; está en el que la oye.

Oró en su desesperación. Su hijo, su único hijo, estaba poseído por un demonio. No sólo era sordo, mudo y epiléptico, sino que también estaba poseído por un espíritu maligno. Desde la infancia del muchacho, el demonio lo había lanzado en el fuego y en el agua.

Imagine el dolor del padre. Otros padres podían observar cómo sus hijos crecían y maduraban; él sólo podía observar cómo el suyo sufría. Mientras otros enseñaban a sus hijos un oficio, él sólo intentaba mantenerlo con vida.

¡Qué desafío! No podía dejar solo a su hijo siquiera por un minuto. ¿Quién sabía cuándo sobrevendría el siguiente ataque? El padre debía permanecer de guardia, atento las veinticuatro horas del día. Estaba desesperado y cansado y su oración refleja ambas cosas.

«Pero si tú puedes hacer algo, ten misericordia de nosotros y ayúdanos» (v. 22).

Escuche esa oración. ¿Le suena valiente? ¿Confiada? ¿Fuerte? No lo creo.

Un solo cambio de palabras habría marcado una gran diferencia. ¿Qué tal si en lugar de usar la palabra *si* hubiese dicho *ya que*? «*Ya que* puedes hacer algo, ten misericordia de nosotros y ayúdanos».

Pero eso no fue lo que dijo. Dijo *si*. El griego es aún más enfático. El modo utilizado implica duda. Es como si el hombre estuviese diciendo: «Esto tal vez esté fuera de tu ámbito, pero si tú puedes...»

Una clásica petición de avioneta fumigadora. Más humilde que imponente. Más tímido que elevado. Más semejante a un cordero cojo acercándose a un pastor que a un león rugiendo en la selva. Si esa oración suena semejante a la suya, no se desanime, pues allí es donde comienza la oración.

Comienza siendo un anhelo. Una súplica sincera. Gente común mirando asombrados el Monte Everest. Nada de apariencias falsas. Nada de jactancias. Nada de posiciones asumidas. Sólo oración. Oración endeble, pero oración al fin.

Tenemos la tentación de posponer la oración hasta que sepamos cómo orar. Hemos escuchado las oraciones de los que son espiritualmente maduros. Hemos leído de los rigores de los disciplinados. Y estamos convencidos de que nos aguarda una larga travesía.

Ya que preferiríamos no orar antes que orar de manera endeble, no oramos. U oramos de manera infrecuente. Estamos esperando aprender a orar antes de hacerlo.

Menos mal que este hombre no cometió ese mismo error. La oración no era su fuerte. Y la suya no fue gran cosa. ¡Hasta él mismo lo reconoce! «Creo», imploró. «Ayúdame en mi incredulidad» (véase Marcos 9.24 ).

Esta oración no está destinada a formar parte de un manual de adoración. Ningún salmo, resultará de esta expresión del hombre. La suya fue sencilla no hubo encanto ni cántico. Pero Jesús respondió. Respondió no a la elocuencia del hombre, sino a su dolor.

Jesús tenía muchos motivos para ignorar el pedido de este hombre.

En primer lugar Él recién regresaba de la montaña, del Monte de la Transfiguración. Mientras estuvo allí su rostro se cambió y su ropa se volvió blanca y resplandeciente (véase Lucas 9.29 ). Un brillo impactante había fluído de Él. Las cargas terrenales fueron reemplazadas por los esplendores celestiales. Moisés y Elías vinieron y los ángeles dieron ánimo. Fue elevado por encima del polvoriento horizonte terrestre e invitado a entrar en lo sublime. Fue transfigurado. El viaje hacia arriba causó regocijo.

Pero el viaje hacia abajo fue descorazonador.

Quando vivíamos en Río de Janeiro ocasionalmente tomábamos vacaciones en Teresópolis, un pueblo en las montañas que quedaba a unas dos horas de la ciudad. Teresópolis era todo lo que no era Río. Era silencioso. Limpio. Calmado. Y por sobre todas las cosas, fresco. Río era un sauna.

El viaje descendente siempre resultaba deprimente. La pobreza, el calor y la polución golpeaban como una ola. Nos enfrentábamos a la poderosa tentación de dar la vuelta y regresar.

Si Denalyn y yo nos sentíamos así luego de haber pasado una semana en las montañas, ¡imagínese lo que debe haber sentido Jesús luego de echarle una mirada al cielo!

Observe el caos que lo recibe a su regreso. Los discípulos y los líderes religiosos están discutiendo. Una multitud de curiosos está mirando. Un muchacho, que había sufrido durante toda su vida, está en exposición. Y un padre que había venido buscando ayuda está desalentado, preguntándose por qué ninguno puede ayudarlo.

Con razón Jesús dice: «¡Oh, generación incrédula! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo os tendré que soportar?» (v. 19 ).

Nunca antes ha sido tan marcada la diferencia entre el cielo y la tierra.

Nunca antes ha sido tan endeble la arena de la oración. ¿Dónde está la fe en este cuadro? Los discípulos han fracasado, los escribas están entretenidos, el demonio está victorioso y el padre está desesperado. Le sería muy difícil encontrar una aguja de fe en ese pajar.

Hasta es posible que le resulte difícil encontrar una en su propio pajar. Tal vez su vida también esté a gran distancia del cielo. Una casa ruidosa: Niños que gritan en lugar de ángeles que cantan. Religión divisiva: Sus líderes se dedican más a la discusión que al ministerio. Problemas que le superan. No puede recordar cuándo fue que no se encontraba con este demonio al despertar.

Y sin embargo de entre el ruido de la duda surge su tímida voz. «Si tú puedes hacer algo...»

¿Tal oración tiene relevancia?

Permita que Marcos le responda esa pregunta.

Cuando Jesús vio que se agolpaba una multitud, reprendió al espíritu inmundo, diciéndole: Espíritu mudo y sordo, yo te ordeno: Sal de él y no vuelvas a entrar en él.

Y después de gritar y de sacudirlo con terribles convulsiones salió: Y el muchacho quedó como muerto, tanto, que la mayoría de ellos decían: ¡Está muerto! Pero Jesús, tomándolo de la mano, lo levantó, y él se puso en pie.

*Marcos 9.25–27*  
*(Biblia de las Américas)*

Esto turbó a los discípulos. No bien se alejaron de la multitud le preguntaron a Jesús: «¿Por qué nosotros no pudimos echarlo fuera?»

¿Su respuesta? «Esta clase [de espíritu] con nada puede salir, sino con oración».

¿Cuál oración? ¿Cuál oración fue la que tuvo relevancia? ¿Fue la oración de los apóstoles? No, ellos no oraron. Deben haber sido las oraciones de los escribas. Tal vez fueron al templo e intercedieron. No. Los escribas tampoco oraron. Entonces debe haber sido la gente. Tal vez organizaron una vigilia a favor del muchacho. No. La gente no oró. Ni siquiera se dobló una rodilla. ¿Entonces cuál fue la oración que llevó a Jesús a liberar al muchacho del demonio?

Sólo hay una oración en la historia. Es la oración sincera de un hombre que sufre. Y ya que Dios se conmueve más por nuestro dolor que por nuestra elocuencia, respondió. Eso es lo que hacen los padres.

Fue exactamente lo que hizo Jim Redmond.

Su hijo Derek, un británico de veintiséis años de edad, era el favorito en la carrera de los cuatrocientos metros en los Juegos Olímpicos de 1992 llevados a cabo en Barcelona. A la mitad de su último tramo en la carrera semifinal, un agudo dolor invadió su pierna derecha. Se desmoronó sobre la pista con el tendón desgarrado.

Al aproximarse los asistentes médicos, Redmond se puso de pie con gran dificultad. Más tarde diría:

-Fue por instinto animal.

Siguió la carrera a saltos quitando a los entrenadores a empujones de su camino, mientras intentaba enloquecido acabar la carrera.

Cuando alcanzó la recta final un hombre corpulento se abrió paso entre la multitud. Llevaba puesta una camiseta cuya inscripción preguntaba: «¿Has abrazado a tu hijo hoy?» y un sombrero que alentaba diciendo: «Hazlo». El hombre era Jim Redmond, el padre de Derek.

-No es necesario que hagas esto -le dijo a su hijo que lloraba.

-Sí lo es -declaró Derek.

-Pues bien -dijo Jim- lo acabaremos juntos.

Y así lo hicieron. Jim puso el brazo de Derek alrededor de su cuello y lo ayudó a renguear hasta la línea de la meta. Luchando contra los encargados de la seguridad, la cabeza del hijo hundida ocasionalmente en el hombro del padre, se mantuvieron en el carril de Derek hasta el final.

La multitud aplaudió, luego se puso de pie, dio vítores y finalmente lloró al finalizar padre e hijo la carrera.



¿Qué fue lo que movió al padre a hacer tal cosa? ¿Qué cosa lo movió para que abandonase las gradas y se encontrase con su hijo en la pista? ¿Fue la fortaleza de su hijo? No, fue el dolor de su hijo. Su hijo estaba lastimado y luchaba por acabar la carrera. De modo que el padre se acercó para ayudarlo a terminar.

Dios hace lo mismo. Nuestras oraciones pueden ser torpes. Nuestros intentos pueden ser endebles. Pero como el poder de la oración está en el que la oye y no en el que la pronuncia, nuestras oraciones sí tienen relevancia.

## 11

# LUCES BRILLANTES EN LAS NOCHES OSCURAS

---

*Cuando se le acaben las opciones*

*Después de esto, se celebraba una fiesta de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén. Y hay en Jerusalén, junto a la puerta de las ovejas, un estanque que en hebreo se llama Betesda y que tiene cinco pórticos. En éstos yacía una multitud de enfermos, ciegos, cojos y paralíticos que esperaban el movimiento del agua; porque un ángel del Señor descendía de vez en cuando al estanque y agitaba el agua; y el primero que descendía al estanque después del movimiento del agua, quedaba curado de cualquier enfermedad que tuviera. Y estaba allí un hombre que hacía treinta y ocho años que estaba enfermo. Cuando Jesús lo vio acostado allí y supo que ya llevaba mucho tiempo en aquella condición, le dijo: ¿Quieres ser sano?*

*El enfermo le respondió: Señor, no tengo a nadie que me meta en el estanque cuando el agua es agitada; y mientras yo llego, otro baja antes que yo.*

*Jesús le dijo: Levántate, toma tu camilla y anda. Y al instante el hombre quedó sano, y tomó su camilla y echó a andar.*

*Y aquel día era día de reposo. Por eso los judíos decían al que fue sanado: Es día de reposo, y no te es permitido cargar tu camilla.*

*Pero él les respondió: El mismo que me sanó, me dijo: «Toma tu camilla y anda».*

*Le preguntaron: ¿Quién es el hombre que te dijo: «Toma tu camilla y anda»?*

*Pero el que había sido sanado no sabía quién era, porque Jesús sigilosamente, se había apartado de la multitud que estaba en aquel lugar.*

*Después de esto Jesús lo halló en el templo y le dijo: Mira, has sido sanado; no peques más, para que no te suceda algo peor.*

*El hombre se fue, y dijo a los judíos que Jesús era el que lo había sanado.*

*A causa de esto los judíos perseguían a Jesús, porque hacía estas cosas en el día de reposo. Pero Él les respondió: Hasta ahora mi Padre trabaja, y yo también trabajo.*

*Entonces, por esta causa, los judíos aun más procuraban matarle, porque no sólo violaba el día de reposo, sino que también llamaba a Dios su propio Padre, haciéndose igual a Dios.*

*Juan 5. 1–18*

*(Biblia de las Américas)*

[Jes  
ús]  
le  
dijo:  
¿Q  
uier  
es  
ser  
san  
o?  
El  
enf  
erm  
o le  
res  
pon  
dió:  
Señ  
or,  
no  
ten  
go  
a  
nad  
ie  
que  
me

met  
a  
en  
el  
est  
anq  
ue[  
...]

Jua  
n  
5.6  
-7

Durante largo tiempo esta historia no tenía ninguna lógica para mí. No la podía comprender. Se trata de un hombre que apenas tiene fe, pero Jesús lo trata como si hubiese puesto a su hijo en el altar para Dios. Los mártires y los apóstoles se merecen tal honor, pero no un pobre pordiosero que no conoce a Jesús cuando lo ve. Al menos así pensaba yo.

Durante mucho tiempo pensé que Jesús era demasiado gentil. Pensé que la historia era demasiado extravagante. Pensé que era demasiado buena para ser realidad. Luego me di cuenta de algo. Esta historia no es acerca de un inválido en Jerusalén. Se trata de usted. De mí. El hombre no es anónimo. Tiene un nombre: el suyo. Tiene un rostro: el mío. Tiene un problema: igual que el nuestro.

Jesús se encuentra con el hombre cerca de un gran estanque al norte del templo de Jerusalén. Mide aproximadamente ciento diez metros de largo, cuarenta de ancho y tres de profundidad. Una columnata con cinco pórticos domina el cuerpo de agua. Es un monumento de opulencia y prosperidad, pero sus residentes son personas enfermas y en aflicción.

Se llama Betesda. Su nombre pudiera ser Parque Central, Hospital Metropolitano o hasta Bar y Grill de Joe. Podrían ser los desposeídos amontonados bajo un puente de la autopista en el centro de la ciudad. Bien pudiera ser la iglesia Calvary Baptist. Podría ser cualquier grupo de gente que sufre.

Una corriente de agua subterránea hacía que ocasionalmente el estanque burbujeara. La gente creía que las burbujas eran causadas por la agitación de las alas de un ángel. También creían que la primera persona en tocar el agua después de que lo hiciese el ángel sería sanada. ¿Ocurría de verdad la sanidad? No lo sé. Pero sí sé que gran cantidad de inválidos se llegaban hasta allí para intentarlo.

Imagínese un campo de batalla cubierto de cuerpos heridos y puede ver a Betesda. Piense en un hogar de ancianos excesivamente poblado donde escasea el personal y verá al estanque. Haga memoria de los huérfanos en Bangladesh o de los abandonados en Nueva Delhi y verá lo que veía la gente al pasar por Betesda. Al pasar, ¿qué escuchaban? Un sinfín de gemidos. ¿Qué cosa

observaban? Un campo de necesidades sin rostro. ¿Qué hacían? La mayoría pasaba de largo ignorando a las personas.

Pero no así Jesús. Él está en Jerusalén para una fiesta. No sabemos si alcanzó a llegar al templo, pero sí que llegó a Betesda.

Él está solo. No está allí con el fin de enseñar a los discípulos ni para atraer a una multitud. La gente lo necesita... Por eso está allí.

¿Se lo puede imaginar? Jesús caminando entre los que sufren.

¿Qué piensa Él? Cuando una mano infectada toca su tobillo, ¿qué hace? Cuando un niño ciego tropieza cerca de Jesús, ¿extiende sus manos para evitar su caída? Cuando una mano arrugada se extiende pidiendo limosna, ¿cómo responde Jesús?

Ya sea que el estanque sea Betesda o el bar de Bill... ¿Qué siente Dios cuando la gente sufre?

Vale la pena relatar la historia aunque sólo sea para observarlo caminar. Basta con saber que siquiera vino. No tenía la obligación de hacerlo. Con seguridad hay grupos más saludables en Jerusalén. Seguramente existen actividades más placenteras. Después de todo esta es la fiesta de la Pascua. Es un tiempo emocionante en la ciudad santa. Ha venido gente de muchos kilómetros a la redonda para encontrarse con Dios en el templo.

No se imaginan que Dios está con los enfermos.

No se pueden imaginar que Dios está caminando lentamente, pisando con cuidado entre los pordioseros y los ciegos.

No es posible que piensen que el joven y fuerte carpintero que observa la escena harapienta de dolor es Dios.

«En toda angustia de ellos Él fue angustiado» escribió Isaías ( Isaías 63.9 ). Este día Jesús debe haber experimentado mucha angustia. Jesús debe haber suspirado a menudo al caminar junto al estanque de Betesda. Y suspira también cuando se acerca a usted y a mí.

¿Recuerda que le dije que esta historia se trataba de nosotros? ¿Recuerda que dije que encontré nuestros rostros en la Biblia? Bueno, aquí estamos, relleno de los espacios en blanco entre las letras del versículo 5 : «Y estaba allí un hombre que hacía treinta y ocho años que estaba enfermo».

Tal vez no le agrade ser descrito de esa manera. Quizás preferiría descubrirse en el valor de David o en la devoción de María. A todos nos gustaría eso. Pero antes de que usted o yo podamos parecernos a ellos, debemos reconocer que somos como el paralítico. Inválidos sin opciones. No podemos caminar. Ni trabajar. No estamos capacitados para cuidar de nosotros mismos. Ni siquiera podemos bajar rodando por la orilla para beneficiarnos con el agua angelical.

Es posible que esté sosteniendo este libro con manos saludables y leyendo con ojos sanos y no pueda imaginarse lo que tienen en común usted y este inválido de cuatro décadas. ¿Cómo pudiera él ser usted? ¿Qué cosa tenemos en común con él?

Simple. Nuestro dilema y nuestra esperanza. ¿Cuál dilema? Está descrito en Hebreos 12.14 : «Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor».

Ese es nuestro dilema: sólo los santos verán a Dios. La santidad es un requisito para el cielo. La perfección es una condición para la eternidad.

Desearíamos que no fuese así. Nos comportamos como si no lo fuera. Nuestro comportamiento pareciera indicar que los que son «decentes» verán a Dios. Damos a entender que los que se esfuerzan verán a Dios. Nos comportamos como si fuésemos buenos porque nunca hacemos nada malo. Y esa bondad bastará para darnos la entrada al cielo.

Eso nos parece bien a nosotros, pero a Dios no. Y Él es quien establece las normas. La norma es elevada. «Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto» ( Mateo 5.48 ).

Pues verá, en el plan de Dios es Él la norma de perfección. No nos comparamos con otros; ellos están tan errados como nosotros. La meta es ser como Él; cualquier cosa inferior es inadecuada.

Por eso digo que el inválido es usted y yo. Nosotros, al igual que él, estamos paralizados. Como él nos encontramos atrapados. De manera semejante nos hayamos inmovilizados; no tenemos solución para nuestro padecimiento.

Él nos representa a usted y a mí recostados sobre el suelo. Allí estamos nosotros heridos y cansados. En lo que a sanar nuestra condición espiritual se refiere, no tenemos oportunidad. Daría igual que se nos dijese que saltáramos sobre la luna con garrocha. No contamos en nuestro interior con lo que se necesita para ser sanado. Nuestra única esperanza es que Dios haga por nosotros lo que hizo por el hombre en Betesda: Que salga del templo y entre en nuestro pabellón de dolor y desamparo.

Lo que exactamente ha hecho.

Lea lenta y cuidadosamente la descripción que hace Pablo de lo que Dios ha hecho por usted: «Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con Él, perdonándoos todos los pecados, anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz, y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz» ( Colosenses 2.13–15 ).

Al observar las palabras arriba mencionadas, conteste a esta pregunta. ¿Quién está haciendo la obra? ¿Usted o Dios? ¿Quién es el activo? ¿Usted o Dios? ¿Quién es el que está salvando? ¿Usted o Dios? ¿Quién es el que tiene la fuerza? ¿Y quién es el que está paralizado?

Aislemos algunas frases y veamos. Primeramente, observe su condición. «Estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne».

El inválido está mejor que nosotros. Al menos estaba con vida. Pablo dice que si usted y yo estamos fuera de Cristo, entonces estamos muertos. Espiritualmente muertos. Cuerpos. Sin vida. Cadáveres. Muertos. ¿Qué cosa puede hacer un muerto? No mucho.

Pero observe lo que puede hacer Dios con los muertos.

«Dios le dio vida».

«Dios perdonó».

«Anuló el acta de los decretos que había en contra de nosotros».

«Quitó esa acta de en medio».

«Despojó a los principados y potestades espirituales».

«Triunfó».

«Lo exhibió al mundo».

Nuevamente la pregunta. «¿Quién es el activo? ¿Usted y yo o Dios? ¿Quién está atrapado y quién viene al rescate?»

Dios ha lanzado chalecos salvavidas a todas las generaciones.

Observe a Jonás en la panza del pez, rodeado de jugos gástricos y algas marinas ingeridas. Durante tres días Dios lo ha dejado allí. En este tiempo Jonás ha estudiado sus opciones. Y no ha podido más que llegar a la misma conclusión: No tiene opciones. Desde donde está sentado (o flota) existen dos salidas, y ninguna resulta demasiado atractiva. Pero tampoco Jonás parece atractivo. Arruinó su oportunidad de predicar. Como fugitivo resultó ser un fracaso. En el mejor de los casos es un cobarde y en el peor es un traidor. Y lo que siempre le ha faltado ahora lo tiene de sobra: agallas.

De manera que Jonás hace lo único que puede: ora. Nada dice sobre su propia bondad, sino que habla mucho acerca de la bondad de Dios. Ni siquiera solicita ayuda pero eso es lo que recibe. Antes de que pueda decir amén, la panza se contrae, el pez vomita y Jonás cae de cara sobre la playa.

Observe a Daniel en el foso de los leones; su perspectiva no es mucho mejor que la de Jonás. Este había sido tragado y aquel está a punto de serlo. Yace sobre su espalda y las caras de los leones están tan próximas a la suya que puede oler su aliento. El más grande apoya su pata sobre el pecho de Daniel y se inclina para dar la primera mordida y... Nada sucede. En lugar de sentir una dentellada siente un empujón. Daniel mira hacia abajo y ve el hocico de otro león que lo frota contra su estómago. El león muestra los dientes con expresión amenazante pero la boca no se abre.

En ese momento escucha Daniel las risitas en el rincón. No sabe quién es el hombre pero ¡cómo brilla y cómo se divierte! En sus manos hay un rollo de alambre para embalar y en su cara puede verse una expresión de «te agarré desprevenido».

O mire a José en el pozo, un agujero grisáceo en medio de un desierto caliente. El pozo ha sido cubierto con una tapa y él ha sido engañado. Arriba están sus hermanos, riendo y comiendo, como si no hubiesen hecho más que decirle que se alejara de ellos (lo cual era lo que habían hecho durante la mayor parte de su vida). Esos son sus hermanos, esos que tienen el firme propósito de abandonarlo allí para que pase sus días con las arañas y las serpientes, para que luego muera en el pozo.

Así como le sucedió a Jonás y a Daniel, José está atrapado. Se le han acabado las opciones. No tiene salida. No tiene esperanzas. Pero como los hijos de Jacob son tan avaros como malos, José es vendido a unos nómadas que se dirigen hacia el sur y él cambia la historia. A pesar de que en su camino hacia el palacio hace un cambio por una prisión, a la larga acaba ante el trono. Y José finalmente se encuentra de pie ante sus hermanos, en esta ocasión ellos le piden ayuda. Y él tiene la sabiduría suficiente para darles lo que le piden y no lo que se merecen.

O miren a Barrabás esperando la muerte. Ha sido escuchada la apelación final. La ejecución ha sido programada. Barrabás pasa el tiempo jugando al solitario en su celda. Está resignado al hecho de que su fin se aproxima. No suplica. No implora. No demanda. La decisión ha sido tomada y Barrabás morirá.

Al igual que en los casos de Jonás, Daniel y José, todo está acabado, sólo resta llorar. Y como sucedió con ellos el tiempo de llanto nunca llega. Las pisadas del carcelero hacen eco en la cámara. Barrabás piensa que trae las esposas y un cigarrillo final. Está equivocado. El carcelero le trae ropa de calle. Y Barrabás abandona la prisión en libertad porque alguien que él probablemente nunca llegue a conocer ha tomado su lugar.

Tales son las historias de la Biblia. Una experiencia tras otra donde apenas se escapan de la muerte. Justo cuando el cuello se apoya en el picadero, en el momento en que le ponen la soga al cuello, llega el Calvario.

Ángeles golpean a la puerta de Lot: Génesis 19 .

El torbellino habla al dolor de Job: Job 38–42 .

El Jordán limpia el tormento de Naamán: 2 Reyes 5 .

Aparece un ángel en la celda de Pedro: Hechos 12 .

Los esfuerzos de Dios son más grandes cuando los nuestros son inútiles.

Vuelva a Betesda por un momento. Quiero que observe el diálogo breve y revelador entre el parálítico y el Salvador. Antes de que Jesús lo sane, le formula una pregunta: «¿Quieres ser sano?»

«Señor, no tengo a nadie que me meta en el estanque cuando el agua es agitada; y mientras yo llego, otro baja antes que yo» (v. 7).

¿El hombre se está quejando? ¿Siente autocompasión? ¿O es que simplemente declara los hechos? Quién sabe. Pero antes de que dediquemos mucho tiempo a estos pensamientos, observe lo que sucede a continuación.

«Levántate, toma tu camilla y anda».

«Y al instante el hombre quedó sano, y tomó su camilla y echó a andar».

Ojalá pudiésemos hacer eso; desearía que tomásemos en serio a Jesús. Desearía que, al igual que en los cielos, aprendiésemos que lo que Él dice, eso ocurre. ¿Qué cosa es esta extraña parálisis que nos confina? ¿Qué es esta obstinada falta de voluntad de recibir la sanidad? Cuando Jesús nos diga que nos levantemos, hagámoslo.

Cuando diga que hemos sido perdonados, descarguémonos de la culpa.

Cuando diga que valemos, creámosle.

Cuando diga que somos eternos, enterremos nuestro temor.

Cuando diga que ha provisto para nosotros, dejemos de preocuparnos.

Cuando diga: «Levántate», hagámoslo.

Me encanta la historia del soldado que persiguió y atrapó al caballo desbocado de Alejandro Magno. Cuando devolvió el animal al general, Alejandro le agradeció diciendo: «Gracias, capitán».

Con una sola palabra el soldado fue promovido. Cuando lo dijo el general, el soldado lo creyó. Se presentó ante el comandante, seleccionó un nuevo uniforme y se lo puso. Fue hasta el cuartel de los oficiales y eligió una cama. Se dirigió al comedor de los oficiales y comió.

Porque se lo dijo el general, él lo creyó. Ojalá hiciésemos nosotros lo mismo.

¿Esta historia es la suya? Puede ser. Todos los elementos son los mismos. Un gentil desconocido ha entrado en su doliente mundo y le ha ofrecido una mano.

Ahora le toca a usted aceptarla.

## LA COSA MÁS DIFÍCIL QUE DIOS HAYA HECHO JAMÁS

---

### *Cómo comprender las prioridades de Dios*

*Entró Jesús otra vez en Capernaum después de algunos días; y se oyó que estaba en casa. E inmediatamente se juntaron muchos, de manera que ya no cabían ni aun a la puerta; y les predicaba la palabra. Entonces vinieron a Él unos trayendo un paralítico, que era cargado por cuatro. Y como no podían acercarse a Él a causa de la multitud, descubrieron el techo de donde estaba, y haciendo una abertura, bajaron el lecho en que yacía el paralítico. Al ver Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: Hijo, tus pecados te son perdonados.*

*Estaban allí sentados algunos de los escribas, los cuales cavilaban en sus corazones: ¿Por qué habla éste así? Blasfemias dice. ¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?*

*Y conociendo luego Jesús en su espíritu que cavilaban de esta manera dentro de sí mismos, les dijo: ¿Por qué caviláis así en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: Tus pecados te son perdonados, o decirle: Levántate, toma tu lecho y anda? Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados (dijo al paralítico): A ti te digo: Levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa. Entonces él se levantó en seguida, y tomando su lecho, salió delante de todos, de manera que todos se asombraron, y glorificaron a Dios, diciendo: Nunca hemos visto tal cosa.*

*Marcos 2.1–12*

¿Q  
ué  
es  
má  
s  
fácil  
,  
deci  
r al



par  
alíti  
co:  
Tus  
pec  
ado  
s te  
son  
per  
don  
ado  
s, o  
deci  
rle:  
Lev  
ánt  
ate,  
tom  
a tu  
lech  
o y  
and  
a?

Mar  
cos  
2.9

Hablemos un momento acerca de las explosiones de amor.

Ha sido testigo de *explosiones de sol*: luz solar que se filtra en un bosque sumido en sombras. Ha visto *explosiones estelares*: Disparos de luz deslizándose por el cielo nocturno. Ha escuchado *explosiones de energía*: energía pura que retumba en el silencio. Y ha experimentado *explosiones de amor*. Tal vez no las haya denominado de esa manera, pero las ha sentido.

Explosiones de amor. Afecto espontáneo. Momentos tiernos de amor radiante. Devoción encendida. Explosiones de ternura. ¿Me permite ilustrar el tema?

Usted y su esposo están en una fiesta. Una de esas donde permanecen de pie en la sala mientras comen y conversan. Está charlando con un grupo de mujeres y su esposo se encuentra al otro lado de la habitación integrando un círculo de hombres. El tema que trata su grupo son los esposos y la opinión colectiva es negativa. Las mujeres se quejan de la cantidad de golf, medias sucias y largas noches dedicadas al trabajo. Pero usted permanece en silencio. Habla poco porque tiene muy poco que decir. El hombre con el que se casó no es perfecto, pero tampoco es una carga. En realidad, comparado con los otros mencionados, parece bastante especial. Él ha cambiado su cuota de pañales y sus palos de golf no han salido del desván desde que nació el último bebé. Dirige su mirada hacia el

otro lado de la sala donde está su esposo y sonrío al ver la forma en que tironea la corbata que le convenció que usara para esta ocasión. Sigue siendo tan buen mozo como el día en que se conocieron. Un tanto más relleno o calvo quizás, pero eso no lo nota. Lo único que usted ve es el hombre que le robó el corazón. Y repentinamente siente que iría hasta la China en un bote de remos para hacerle saber lo feliz que la pone que lo haya hecho.

Así son las explosiones de amor. Aquí va otra.

Hace tiempo que no sostiene a un bebé. Ha pasado bastante tiempo desde que estuvo cerca de un bebé. Pero ahora está a solas con uno. Sus hijos lo dejaron en su casa por unas horas y su esposa corrió hasta el almacén para comprar un poco de leche y ahora usted se encuentra a solas con su nieto. Sólo tiene unos pocos días de nacido y está envuelto más apretado que los tabacos que le entregó a sus amigos. Al acunarlo en sus brazos se da cuenta de que es la primera vez en que ambos se encuentran a solas. Con toda la fanfarria y los amigos en el hospital todavía no han compartido un momento en privado. De modo que se acomoda en su sillón y lo gira para poder ver el rostro del bebé. Se pregunta acerca del futuro... Su futuro: los primeros pasos, el primer beso, fútbol, universidad. Se pregunta cómo será ser un niño en un mundo donde el dolor parece aguardar en cada esquina.

El mirar a los ojitos y ver la nariz que vino del otro lado de la familia, le golpea. De un sitio no determinado cae un relámpago de devoción. Repentinamente toma conciencia de que el mismo infierno tendría que vencerlo para poder llegar hasta este que lleva su nombre. «Todo va a estar bien» escucha la promesa que le hace al niño durmiente. «Pase lo que pase, recuerda que estoy aquí. Todo estará bien».

¿Puedo relatar uno más?

Llegó a la casa malhumorado porque le adelantaron una fecha de entrega. Ella llegó gruñona porque en la guardería se olvidaron de administrar a la hija de ambos, de cinco años, su medicina para la garganta. Cada uno esperaba recibir del otro un poco de comprensión pero ninguno de los dos la recibió. De modo que ahora están sentados a la mesa de la cena (malhumorados y gruñones) con la pequeña Emily. Ella junta sus manos para orar (según se le ha enseñado) y ambos inclinan sus cabezas (pero no sus corazones) y escuchan. De dónde proviene esta oración, sólo Dios lo sabe.

«Dios, soy yo, Emily. ¿Cómo estás? Estoy bien, gracias. Mamá y papá están enojados. No sé por qué. Tenemos pájaros, juguetes y puré de papas, además nos tenemos a nosotros mismos. Tal vez puedas lograr que dejen de estar enojados. Por favor hazlo, de otro modo, sólo seremos tú y yo los que nos divertiremos esta noche. Amén».

La oración es respondida antes de finalizar; ambos levantan la cabeza a la mitad, se ríen al terminar, sacuden sus cabezas y piden perdón. Y ambos agradecen a Dios por la voccecita que les hizo recordar lo que verdaderamente importa.

Eso es lo que logran las explosiones de amor. Le recuerdan lo que tiene importancia. Un telegrama despachado a la puerta trasera de lo familiar que le dice que valore el tesoro que tiene mientras lo tenga. Un susurro de un ángel o alguien que suene como tal que le recuerda que lo que tiene es de mayor importancia que lo que quiere y que lo urgente no siempre es lo que más importa.

Así son las explosiones de amor. Usted las tiene. Yo las tengo. Y esto pudiera sorprenderle: Jesús las tenía a menudo.

Una de ellas sucedió cuando se encontró con un inválido. El hombre no podía caminar. No podía ponerse en pie. Sus miembros estaban doblados y su cuerpo retorcido. Un mundo que llegaba hasta la altura de la cintura pasaba frente a él mientras sentado observaba.

Quizás sufría de parálisis cerebral; su cuerpo estaba invadido por la enfermedad desde su nacimiento. Mientras que otros niños habían saltado y corrido, él se había esforzado para poder llevar una cuchara hasta su boca. Mientras sus hermanos y hermanas hablaban y cantaban, sus palabras se confundían y resbalaban. Tal vez nunca había experimentado lo que era la salud.

O tal vez la había conocido. Quizás una vez había sido saludable. ¿Hubo algún momento en que fuese reconocido por su habilidad y no por su invalidez? ¿Existió algún momento en que pudiese correr más veloz que cualquiera? ¿Habría sido alguna vez el más fuerte del almacén? ¿Hubo algún momento en el que todos los niños del pueblo habían querido parecerse a él?

Luego llegó la caída, rodó por un desfiladero, tal vez rodó por unas escaleras. El dolor en su cráneo era insoportable, pero la pérdida de la sensación en sus piernas y brazos era mucho peor. Sus pies colgaban como adornos que remataban sus piernas. Sus manos colgaban como mangas vacías desde sus costados. Podía ver sus miembros pero no los sentía.

Ya sea que haya nacido paralítico o que haya sufrido más adelante una parálisis, el resultado final era el mismo: total dependencia de otros. Alguno debía lavar su cara y bañar su cuerpo. No podía sonarse la nariz ni hacer una caminata. Sólo corría en sus sueños y de ellos siempre se despertaba para encontrarse con un cuerpo que no podía voltearse y que no podía volver a dormirse por el dolor que le producían las imágenes soñadas.

«Lo que él necesita es un cuerpo nuevo» diría cualquier hombre con un poco de sentido común. Lo que precisa es un Dios celestial que le restaure lo que la tragedia le ha robado: brazos que se mecen, manos que puedan asirse y pies que bailen.

Cuando la gente lo miraba, no contemplaban al hombre; sino a un cuerpo necesitado de un milagro. Eso no es lo que veía la gente, pero es lo que la gente quería ver. Y ciertamente es lo que vieron sus amigos. De modo que hicieron lo que haría cualquiera de nosotros por un amigo. Intentaron conseguirle ayuda.

Se corría la voz de que un carpintero convertido en maestro, transformado en obrador de milagros, estaba en la ciudad. Y al propagarse la noticia llegó la gente. Venían desde toda cueva y choza en Israel. Venían cual soldados que regresaban de la batalla: vendados, cojos, ciegos. Los ancianos con sus caras arrugadas y bocas desdentadas. Los jóvenes con bebés sordos y corazones destrozados. Padres con hijos mudos. Esposas con matrices estériles. Parecía que el mundo entero se había acercado para ver si era verdad o si era correcto o ambas cosas.

Ya cuando sus amigos arribaron al lugar, la casa estaba repleta. Había gente apiñada en las puertas. Los niños estaban sentados en las ventanas. Otros espiaban por encima de los hombros. ¿Cómo podría este pequeño grupo de amigos atraer la atención de Jesús? Debían tomar una decisión: ¿Entramos o nos damos por vencidos?

¿Qué habría sucedido si los amigos se hubiesen dado por vencidos? ¿Qué habría pasado si se hubiesen encogido de hombros y se hubiesen puesto a murmurar quejas acerca de la cantidad de gente presente y de la comida que se les enfriaba, mientras se alejaban del lugar? Después de todo, habían hecho una buena obra con sólo llegar hasta este punto. ¿Quién podría culparlos por echarse atrás? Sólo es posible ayudar a otros hasta cierto punto. Pero estos amigos no habían hecho lo suficiente.

Uno dijo que se le ocurría una idea. Los cuatro se juntaron sobre el paralítico y escucharon el plan de subirse al techo de la casa, abrir un agujero y bajar por allí a su amigo con la ayuda de sus cinturones.

Era arriesgado... Podrían caerse. Era peligroso... Pudiera caerse él. No era aceptable... Romper los techos es antisocial. Era invadir la privacidad ajena. Jesús estaba ocupado. Pero era su única oportunidad de ver a Jesús. De modo que se encaramaron en el techo.

La fe hace eso. Hace lo inesperado. Capta la atención de Dios. Observe lo que dice Marcos: «Al ver Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: Hijo, tus pecados te son perdonados» (v. 5).

¡Por fin, alguien lo tomaba en serio! Cuatro hombres tenían suficiente esperanza en Él y amor por su amigo como para arriesgarse. La camilla en lo alto era una señal de lo alto... ¡Alguien cree! Estaba dispuesto a arriesgarse, a ser avergonzado o lastimado con el único fin de pasar unos momentos con el hombre de Galilea.

Jesús se conmovió.

Al igual que la esposa conmovida de amor por su regordete pero precioso esposo.

Al igual que el abuelo decidido a proteger a su nieto.

Al igual que los padres tocados por la oración de su hija.

Jesús fue conmovido por la escena de fe. De manera que aplaude, aun cuando no lo haga con sus manos, lo hace con su corazón. Y no sólo aplaude sino que bendice. Somos testigos de una divina explosión de amor.

Los amigos quieren que sane a su amigo. Pero Jesús no se conforma con una simple sanidad del cuerpo, Él desea sanarle el alma. Obvia lo físico y trata con lo espiritual. La sanidad del cuerpo es temporal; la del alma es eterna.

La petición de los amigos es válida pero tímida. Las expectativas de la multitud son elevadas pero no lo suficiente. Esperan que Jesús diga: «Te sano». En lugar de eso dice: «Te perdono».

Ellos esperan que Él trate el cuerpo, pues es lo que pueden ver.

Él decide tratar no sólo el cuerpo sino también lo espiritual, pues es lo que Él ve.

Ellos quieren que Jesús dé al hombre un cuerpo nuevo para que pueda caminar. Jesús le da gracia para que pueda vivir.

Es notable. En ocasiones Dios se conmueve tanto por lo que ve que nos da lo que necesitamos y no simplemente aquello que le pedimos.

Menos mal. Pues, ¿a quién se le hubiera ocurrido pedirle a Dios aquello que da? ¿Quién de nosotros se habría atrevido a decirle: «Dios, pudieras colgarte en un instrumento de tortura como sustituto por cada error que yo haya cometido»? Y

a continuación haber tenido la audacia de agregar: «Y después de haberme perdonado, ¿podrías prepararme un sitio en tu hogar para morar para siempre?»

Como si eso no fuera suficiente: «Y por favor, ¿pudieras morar dentro de mí, protegerme, guiarme y bendecirme dándome más de lo que jamás podría merecer?»

Sinceramente, ¿tendríamos la osadía de solicitar eso? Creo que no pues nosotros, al igual que los amigos, sólo habríamos pedido cosas pequeñas.

Pediríamos pequeñas cosas como una larga vida, un cuerpo sano y un buen trabajo. Pedidos grandiosos desde nuestra perspectiva, pero desde la de Dios equivale a optar por una motocicleta cuando Él nos ofrece el más comfortable y lujoso de los autos.

Así es que conociendo que el paralítico no sabía lo suficiente como para pedir por lo que necesitaba, Jesús se lo dio de todos modos: «Hijo, tus pecados te son perdonados» (v. 5).

Los fariseos comenzaron a rezongar. Eso no está autorizado por la ley judía. Hasta un judío inexperto lo sabe: «¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?» (v. 7).

Sus murmuraciones engendran entonces una de las preguntas más importantes de Cristo: «¿Qué es más fácil decir al paralítico: Tus pecados te son perdonados, o decirle: Levántate, toma tu lecho y anda?» (v. 9).

Conteste usted a esa pregunta. ¿Qué es más fácil para Jesús? ¿Perdonar un alma o sanar un cuerpo? ¿Cuál le causaba menor dolor a Jesús, darle a este hombre la salud u otorgarle el cielo?

Para sanar el cuerpo del hombre bastó una simple orden; para perdonar sus pecados se necesitaba de la sangre de Jesús. Lo primero fue hecho en la casa de los amigos; lo segundo en un monte con ladrones. Uno requirió una palabra; el otro requirió su cuerpo. Uno llevó un momento; el otro le tomó la vida.

¿Cuál fue más fácil?

Tan grande era su amor por esta comitiva de fe que fue más allá de su pedido y fue directamente a la cruz.

Jesús ya conoce el costo de la gracia. Sabe el precio del perdón. Pero lo ofrece de todos modos. Su corazón explotó de amor.

Dicho sea de paso, Él no ha cambiado. Lo que sucedió en aquel entonces sucede también hoy. Cuando damos un paso de fe, Dios lo ve. El mismo rostro que resplandeció sobre el paralítico resplandece sobre el alcohólico que rehúsa la botella. Los mismos ojos que danzaban ante los amigos danzan ante la mamá y el papá que harán lo que sea para llevar a su hijo a los pies de Jesús. Y los mismos labios que le hablaron al hombre en Capernaum le hablan al hombre en Detroit, a la mujer en Belfast, al niño en Moscú... A cualquier persona, no importa dónde se encuentre, siempre que se atreva a acercarse a la presencia de Dios pidiendo ayuda.

Y aunque no podamos escucharlo aquí, los ángeles pueden escucharlo allí. Todo el cielo debe hacer una pausa cuando una nueva explosión de amor declara las únicas palabras que de veras tienen relevancia: «Tus pecados te son perdonados».

## **AQUELLO QUE SÓLO DIOS PUEDE HACER**

---

### *Cuando esté atrapado por el legalismo*

*Había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo, un principal entre los judíos. Este vino a Jesús de noche, y le dijo: Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él.*

*Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios.*

*Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer?*

*Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo. El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu.*

*Respondió Nicodemo y le dijo: ¿Cómo puede hacerse esto?*

*Respondió Jesús y le dijo: ¿Eres tú maestro de Israel, y no sabes esto? De cierto, de cierto te digo, que lo que sabemos hablamos, y lo que hemos visto testificamos; y no recibís nuestro testimonio. Si os he dicho cosas terrenales, y no creéis, ¿cómo creeréis si os dijere las celestiales? Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre, que está en el cielo.*

*Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en Él cree no se pierda, mas tenga vida eterna.*

*Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por Él. El que en Él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios. Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas. Mas el que*

*practica la verdad viene a la luz, para que sea manifiesto que sus obras son hechas en Dios.*

*Juan 3.1–21*

Res  
pon  
dió  
Jes  
ús:  
De  
cier  
to,  
de  
cier  
to  
te  
dig  
o,  
que  
el  
que  
no  
naci  
ere  
de  
agu  
a y  
del  
Esp  
íritu  
, no  
pue  
de  
entr  
ar  
en  
el  
rein  
o  
de  
Dio  
s.

Jua

Es una realidad de la agricultura. Aun el suelo más fértil, si no recibe semilla, no da fruto.

Aparentemente Nicodemo no sabía eso. Él pensó que el suelo podría dar frutos sin semillas. Ponía el énfasis en lo que le tocaba hacer al agricultor pero se olvidaba de la parte que le tocaba a la semilla. Era un legalista. Y así es como piensa un legalista. Uno que prepara el suelo pero se olvida de la semilla.

Nicodemo adquirió su legalismo de manera sincera. Era un fariseo.

Los fariseos enseñaban que la fe era un asunto exterior. La ropa que usabas, la forma en que te comportabas, el título que llevabas, el sonido de tus oraciones, la cantidad de tus regalos... Todos estos eran los elementos usados por los fariseos para medir la espiritualidad.

De haber sido agricultores, habrían tenido las tierras más atractivas de la región: Silos pintados y equipos relucientes. Las cercas habrían estado blanqueadas y limpias. El suelo arado y regado.

De haber sido agricultores habrían pasado largas horas en la cafetería discutiendo la teoría de la agricultura. ¿Es mejor fertilizar antes o después de una lluvia? ¿Se debe dejar descansar un campo un año de por medio o cada tres años? ¿Qué ropa debe usar un agricultor: Overol [también se le llama «mono»] o pantalones de mezclilla? ¿Sombreros de ala ancha o gorra con visera?

Los fariseos sólo tenían un problema. Para la cantidad de discusiones que se llevaban a cabo acerca de las técnicas apropiadas, cosechaban muy pocos frutos. De hecho, un inculto hombre de Galilea había dado más frutos en unos pocos meses que el que habían producido los fariseos durante toda una generación. Esto los ponía celosos. Airados. Altivos. Y la forma en que trataron con Él fue: ignorar sus resultados e insultar sus métodos.

Es decir, todos los fariseos excepto Nicodemo. Él era curioso. No, más que curioso, se encontraba conmovido; y lo estaba por la forma en que la gente escuchaba a Jesús. Le prestaban atención como si fuera el único dueño de la verdad. Como si se tratara de un profeta.

Nicodemo estaba conmovido por lo que le veía hacer a Jesús. Como la vez que Jesús entró como una tromba al templo y volcó las mesas de los cambistas. Nicodemo tuvo una vez tal pasión. Pero eso había ocurrido hacía mucho tiempo... Antes de los títulos, antes de las túnicas, antes de las reglas.

Nicodemo se siente atraído por el carpintero, pero no puede ser visto con Él. Nicodemo forma parte de la alta corte. No puede llegarse a Jesús siendo de día. De manera que se encuentra con Él de noche. Se dirige hacia allí en la oscuridad. ¡Qué apropiado! Pues el legalismo no ofrece luz.

Nicodemo abre la conversación con cortesía: «Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él» (v. 2 ).

Jesús le resta importancia al elogio. «De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios» (v. 3 ).



Nada de cháchara. Nada de conversación vana. Directo al grano. Al corazón. Al problema. Jesús sabe que el corazón del legalista es duro. No puede ser atravesado con palabras suaves. Hace falta un cincel. Así que Jesús comienza a martillar:

Al ciego no lo ayuda que incrementemos la luz, Nicodemo.

Al sordo no lo ayuda que levantemos el volumen de la música, Nicodemo.

Decorar el exterior no modifica el interior, Nicodemo.

No se pueden obtener frutos sin semilla, Nicodemo.

Debes nacer de nuevo.

¡Tac! ¡Tac! ¡Tac!

El encuentro de Jesús con Nicodemo fue más que un encuentro entre dos figuras religiosas. Fue un choque entre dos filosofías. Dos puntos de vista opuestos con respecto a la salvación.

Nicodemo pensaba que la persona hacía la obra; Jesús dice que Dios hace la obra. Nicodemo pensaba que era una permuta. Jesús dice que es un regalo. Nicodemo pensaba que al hombre le correspondía merecerlo. Jesús dice que al hombre le corresponde aceptarlo.

Estos dos puntos de vista abarcan a todos los puntos posibles. Todas las religiones del mundo pueden ser ubicadas en uno de estos dos grupos: Legalismo o gracia. La humanidad lo hace o lo hace Dios. La salvación como pago basada en las obras realizadas. O la salvación como regalo basada en la muerte de Cristo.

Un legalista cree que el poder supremo que sostiene la salvación es uno mismo. Si usted tiene el aspecto correcto, habla como corresponde y pertenece al segmento correcto del grupo apropiado, será salvo. El mayor peso de la responsabilidad no recae sobre Dios; recae sobre usted.

¿El resultado? El exterior reluce. Su conversación es buena y anda en rectitud. Pero observe con detenimiento. Escuche atentamente. Le falta algo. ¿Qué es lo que falta? Gozo. ¿Qué es lo que puede apreciarse? Temor. (De que no pueda hacer lo suficiente.) Arrogancia. (Por haber hecho bastante.) Fracaso. (Por haberse equivocado.)

El legalismo es un mundo oscuro.

Quizás usted no lo sabía. Tal vez esté leyendo con expresión perpleja mientras pregunta: «¿Por qué se encuentra esta historia en este libro, Max? Pensé que se trataba de Jesús encontrándose con las personas en su momento de dolor. Nicodemo no está sufriendo. Él tenía estabilidad. Tenía amigos. Estudiaba la Biblia. No sufría dolor, ¿o tal vez sí?

Si se hace esa pregunta, dé gracias. Si nunca ha estado atrapado por el legalismo, debe estar agradecido. Se ha salvado.

Algunos de ustedes no han sido tan afortunados. Tal vez podrían responder a la pregunta formulada arriba mejor que yo. El legalismo es una tortura lenta, asfixia el espíritu, amputa los sueños. El legalismo apenas provee la cantidad necesaria de religión para retenerle, pero no la suficiente para nutrirle.

De modo que está hambriento. Sus maestros no saben dónde ir para conseguir alimento, de manera que pasan hambre juntos. Su dieta se compone de reglas y normas. Nada de vitaminas. Nada de sabor. Nada de condimentos. Sólo una religión desabrida y predecible.

Me recuerda a un grupo del cual formaba parte cuando era jovencito. Cuando tenía ocho años integré un coro de niños. Nos reuníamos dos noches por semana durante dos horas. Vestíamos uniformes y cantábamos en banquetes. Hasta salíamos de gira.

Lo curioso era que nuestro instructor anteriormente había sido un sargento de instrucción en el ejército. Antes de dirigir un coro de niños, había dirigido un campamento de entrenamiento. Y un poco de lo primero se filtraba en lo postrero. Cada noche durante los ensayos nos tomábamos un receso marchando. Salíamos al exterior y marchábamos en fila. Él daba las órdenes, nosotros marchábamos.

«Un, dos, tres cuatro. Un, dos, tres, cuatro».

Al principio no cuestionaba la práctica. No tenía el valor para hacerlo. El hombre me intimidaba. Por fin, junté coraje y le pedí al niño que se encontraba a mi lado que me explicara el motivo de la marcha.

-¿Por qué hacemos esto?

-No lo sé.

-¿Hacia dónde nos dirigimos?

-No lo sé.

Nadie lo sabía. Durante dos años marchamos dos noches por semana. Pero nadie sabía hacia dónde nos dirigíamos y nadie sabía el porqué. Sólo sabíamos que si queríamos cantar, más nos valía marcar el paso.

Así es el legalismo.

Es rígido. Es uniforme. Es mecánico. Y no viene de Dios.

¿Me permite informarle de lo negativo del legalismo?

El legalismo no necesita a Dios. El legalismo es la búsqueda de la inocencia. No del perdón. Es un proceso sistemático de defensa, una explicación, una exaltación y justificación del yo. Los legalistas están obsesionados con su ego. No con Dios.

Legalismo:

Convierte mi opinión en una carga para usted. En este barco sólo hay lugar para una opinión. ¡Y a que no sabe quién está equivocado!

Convierte mi opinión en su límite. Su opinión opuesta hace que se cuestione no sólo su derecho de tener comunión conmigo, sino su salvación.

Convierte mi opinión en su obligación. Los cristianos deben marchar en la fila de la compañía sin desviarse. No les corresponde pensar, sino marchar.

Si quiere permanecer en el grupo, marque el paso y no haga preguntas.

Nicodemo sabía cómo marchar, pero anhelaba cantar. Sabía que había más pero no sabía dónde encontrarlo. Por eso fue a Jesús.

Fue de noche porque temía la desaprobación de sus semejantes. El legalismo genera en usted el temor al hombre. Hace que sienta la necesidad de aprobación. Uno se vuelve muy atento a lo que puedan decir o pensar los demás y hace lo que sea necesario para complacerlos. El conformarse no es divertido, pero es seguro. El uniforme no es del talle apropiado pero está aprobado, de manera que usted se lo pone. No sabe por qué está marchando ni hacia dónde se dirige, pero ¿quién es usted para hacer preguntas? De modo que marca el paso y recorre el camino de la menor resistencia.

Y si tiene la osadía de explorar otra huella, debe hacerlo de noche, como Nicodemo. Él se deslizó entre las sombras y se arrastró por las calles de ébano hasta llegar a estar en la presencia de Cristo. Durante la conversación Nicodemo, el renombrado maestro de la ley, sólo habla tres veces: Una para elogiar y dos para preguntar. Luego de pasarse la vida pesando títulos de las Escrituras en la balanza de la lógica, el escolástico repentinamente queda en silencio mientras Jesús abre el portón y la luz de la gracia invade la catacumba.

Jesús comienza revelando el origen de la espiritualidad: «Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es» (v. 6).

La vida espiritual no se da por el esfuerzo humano. Surge y es orquestada por el Espíritu Santo. Cada logro espiritual se crea y recibe la energía de Dios.

La espiritualidad, dice Jesús, no viene de asistir a la iglesia ni de las buenas obras ni de la doctrina correcta, sino que viene del mismo cielo. Tales palabras deben haber hecho tambalear a Nicodemo. Pero Jesús recién empezaba.

«El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu» (v. 8).

¿Alguna vez se le acercó una ráfaga de viento para solicitar ayuda? ¿Alguna vez ha observado a una tormenta de viento detenida al costado del camino intentando recuperar el aliento? No, seguramente que no. El viento no busca nuestra ayuda. El viento ni siquiera revela su destino. Es silencioso e invisible al igual que el Espíritu.

Para esta altura Nicodemo ya está un poco nervioso. Tal luz resulta demasiado brillante para sus ojos. A nosotros, los maestros religiosos, nos gusta controlar y administrar. Nos agrada definir y bosquejar. La estructura y la claridad son los amigos del predicador. Pero no siempre son el protocolo de Dios.

La salvación es un asunto de Dios. La gracia es idea suya, obra suya y gasto suyo. La ofrece a quien Él quiere, cuando quiere hacerlo. En este proceso, la obra que nos corresponde es informar a las personas, no investigarlas.

El rostro de Nicodemo debe haber sido un gran signo de interrogación. ¿Por qué haría Dios esto? ¿Qué cosa lo motivaría a ofrecer semejante regalo? Nicodemo nunca se habría imaginado lo que Jesús le dijo. ¿La motivación tras el don del nuevo nacimiento? Amor. «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (v. 16).

Nicodemo jamás había escuchado palabras semejantes. Nunca. Ha participado de muchas discusiones acerca de la salvación. Pero esta era la primera ocasión en la que no se daban reglas. No se ofrecía ningún sistema. Ningún código ni rito. «Todo aquel que cree puede tener vida eterna en Él», le dijo Jesús. ¿Podría ser tan generoso Dios? Aun en la oscuridad de la noche podía verse la sorpresa en el rostro de Nicodemo. *Todo aquel que cree puede tener vida eterna*. No «todo aquel que se esmera». No «todo aquel que tiene éxito». No «todo aquel que está de acuerdo». Sino «todo aquel que cree».

Note cómo Dios libera al legalista. Observe la tierna firmeza de su toque. Como un experto agricultor quitó con la pala el suelo endurecido hasta encontrar un sector fértil y allí plantó una semilla, una semilla de gracia.

¿Dio fruto? Lea lo que sigue y entérese.

También Nicodemo, el que antes había visitado a Jesús de noche, vino trayendo un compuesto de mirra y de áloes como cien libras. Tomaron, pues, el cuerpo de Jesús, y lo envolvieron en lienzos con especias aromáticas, según es costumbre sepultar entre los judíos. Y en el lugar donde había sido crucificado, había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el cual aún no había sido puesto ninguno. Allí, pues, por causa de la preparación de la pascua de los judíos, y porque aquel sepulcro estaba cerca, pusieron a Jesús.

*Juan 19.39–42*

Es extraño ver cómo un hombre puede experimentar un cambio rotundo en el reino. Aquel que había venido de noche ahora aparece de día. Él que se había deslizado al abrigo de las sombras para encontrarse con Jesús ahora llega a la cruz para servir a Jesús. Y aquel que había recibido la semilla de la gracia ahora planta la semilla que supera a todas. La semilla de la vida eterna.

## 14

# GRACIA DE GALILEA

---

### *Cuando desilusione a Dios*

*Después de esto, Jesús se manifestó otra vez a sus discípulos junto al mar de Tiberias; y se manifestó de esta manera: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás llamado el Dídimo, Natanael el de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo, y otros dos de sus discípulos. Simón Pedro les dijo: Voy a pescar.*

*Ellos le dijeron: Vamos nosotros también contigo. Fueron, y entraron en una barca; y aquella noche no pescaron nada.*

*Cuando ya iba amaneciendo, se presentó Jesús en la playa; mas los discípulos no sabían que era Jesús. Y les dijo: Hijitos, ¿tenéis algo de comer?*

*Le respondieron: No.*

*Él les dijo: Echad la red a la derecha de la barca, y hallaréis. Entonces la echaron, y ya no la podían sacar, por la gran cantidad de peces.*

*Entonces aquel discípulo a quien Jesús amaba dijo a Pedro: ¡Es el Señor! Simón Pedro, cuando oyó que era el Señor, se ciñó la ropa (porque se había despojado de ella), y se echó al mar. Y los otros discípulos vinieron con la barca, arrastrando la red de peces, pues*

*no distaban de tierra sino como doscientos codos. Al descender a tierra, vieron brasas puestas, y un pez encima de ellas, y pan.*

*Jesús les dijo: Traed de los peces que acabáis de pescar.*

*Subió Simón Pedro, y sacó la red a tierra, llena de grandes peces, ciento cincuenta y tres; y aun siendo tantos, la red no se rompió.*

*Juan 21.1–11*

Ent  
onc  
es  
aqu  
el  
disc  
ípul  
o a  
qui  
en  
Jes  
ús  
am  
aba  
dijo  
a  
Ped  
ro:  
¡Es  
el  
Señ  
or!  
Sim  
ón  
Ped  
ro,  
cua  
ndo  
oyó  
que  
era  
el  
Señ  
or,  
se

ciñó  
la  
rop  
a  
(por  
que  
se  
hab  
ía  
des  
poj  
ado  
de  
ella  
) , y  
se  
ech  
ó al  
mar

Jua  
n  
21.  
7

El sol se reflejaba en el agua antes de que Pedro lo notara. Un dorado círculo de ondas en la superficie del mar. Un pescador suele ser el primero en vislumbrar al sol naciente que aparece sobre la cresta de las colinas. Significa que su noche de trabajo finalmente se ha acabado.

Pero no sucedió así con este pescador. A pesar de que la luz se reflejaba en el lago, la oscuridad permanecía en el corazón de Pedro. El viento era helado, pero no lo sentía. Sus amigos dormían profundamente, pero no le importaba. Las redes a sus pies estaban vacías, el mar había sido avaro, pero Pedro no pensaba en eso.

Sus pensamientos estaban muy distantes del mar de Galilea. Su mente estaba en Jerusalén, reviviendo una noche de angustia. Al sacudirse el bote, los recuerdos se le agolpaban en la mente:

El ruido metálico de la guardia romana,  
el relucir de una espada y una cabeza que se agachaba,  
un toque para Malco, una reprimenda para Pedro,  
soldados que se llevaban a Jesús.

«¿En qué pensaba?» se preguntaba Pedro al mirar fijamente el fondo del bote.  
*¿Por qué corrí?*

Pedro había corrido; le había dado la espalda a su amigo más querido y se había alejado corriendo. No sabemos adónde fue. Tal vez ni Pedro lo sabía.

Encontró una cueva, una cabaña, un cobertizo abandonado; encontró un escondite y se metió allí.

Él se había jactado: «Aunque todos se escandalicen[...] yo nunca...» ( Mateo 26.33 ). Y sin embargo lo hizo. Pedro hizo lo que juró no hacer. Había caído de bruces en el foso de sus propios temores. Y allí permaneció sentado. Lo único que podía escuchar era su promesa hueca. *Aunque todos se escandalicen[...] yo nunca. Todos... Yo nunca. Yo nunca. Yo nunca.* Una guerra rugía dentro del pescador.

En ese momento su instinto de supervivencia chocó con su alianza con Cristo y por un instante ganó la alianza. Pedro se puso de pie y salió de su escondite, siguió tras el ruido hasta ver el jurado iluminado por las antorchas en el patio de Caifás.

Se detuvo cerca de una fogata para calentarse las manos. El fuego chisporroteaba con ironía. La noche había sido fría. El fuego estaba caliente. Pero Pedro no estaba frío ni caliente. Estaba tibio.

«Pedro lo seguía de lejos», describe Lucas (22.54 NVI).

Él era leal... Desde lejos. Esa noche se acercó lo suficiente como para poder ver sin ser visto. El problema fue que lo vieron. Otras personas que estaban cerca de la fogata lo reconocieron. «Estuviste con Él», le dijeron. «Estuviste con el nazareno». Tres veces se lo dijeron y cada vez Pedro lo negó. Y cada una de ellas Jesús lo escuchó.

Por favor, comprenda que el personaje principal de esta negación no es Pedro, sino Jesús. Jesús, que conoce los corazones de todas las personas, sabía de la negación de su amigo. Tres veces la sal de la traición de Pedro hizo arder las heridas del Mesías.

¿Cómo sé que Jesús lo sabía? Por lo que hizo. «El Señor se volvió y miró directamente a Pedro» ( Lucas 22.61 NVI). Cuando cantó el gallo, Jesús se volvió. Sus ojos buscaron a Pedro y lo encontraron. En ese momento no había soldados, no había acusadores, no había sacerdotes. En ese momento que precedió al amanecer en Jerusalén sólo había dos personas: Jesús y Pedro.

Pedro nunca olvidaría esa mirada. Aunque la cara de Jesús ya estaba ensangrentada y amoratada, sus ojos se mantenían firmes y enfocados. Eran un bisturí que cortaba hasta dejar al descubierto el corazón de Pedro. A pesar de que la mirada sólo duró un momento, perduró para siempre.

Y ahora, unos días después en el mar de Galilea, la mirada aún penetraba. Lo que ocupaba sus pensamientos no era la resurrección. Ni la tumba vacía. Tampoco la victoria sobre la muerte. Eran los ojos de Jesús observando su fracaso. Pedro los conocía muy bien. Los había visto antes. De hecho, los había observado en este mismo lago.

Esta no era la primera noche pasada en el mar de Galilea. Después de todo él era pescador. Al igual que otros trabajaba de noche. Sabía que los peces se alimentarían cerca de la superficie durante el fresco de la noche y que regresarían a las profundidades durante el día. No, esta no era la primera noche que pasaba Pedro en el mar de Galilea. Tampoco era la primera noche que no pescaba nada.

Hubo una ocasión similar unos años antes...

La mayoría de las mañanas Pedro y sus compañeros vendían sus pescados, reparaban sus redes y se dirigían a casa para descansar con una bolsa de dinero y una sensación de satisfacción. Esta mañana en particular no había dinero. No había satisfacción. Habían trabajado durante toda la noche pero nada tenían para probarlo, excepto las espaldas cansadas y las redes gastadas.

Y, lo que era peor, todos lo sabían. La playa siempre en las mañanas se convertía en un mercado al llegar hasta allí los habitantes del pueblo para comprar el pescado, pero ese día no hubo nada que vender.

Jesús estaba allí esa mañana, enseñando. Al aglomerarse la gente quedaba poco sitio para que Él pudiera permanecer de pie, así que le pidió a Pedro si podía utilizar su barca como plataforma. Pedro aceptó, pensando tal vez que sería bueno darle alguna utilidad a la barca.

Pedro escucha mientras Jesús enseña. Qué bueno escuchar algo que no sea el golpeteo de las olas. Cuando Jesús acaba con la multitud, se dirige a Pedro. Le hace otro pedido. Quiere ir a pescar. «Lleva la barca hacia la parte más profunda del lago, y echen las redes para que pesquen» ( Lucas 5.4 NVI).

Pedro suspira. Lo que menos desea hacer es pescar. El bote está limpio. Las redes están listas para secarse. Ha salido el sol y él está cansado. Es hora de ir a casa. Además, todos están mirando. Ya lo habían visto regresar una vez con las manos vacías. Y, además, ¿qué sabe este Jesús acerca de la pesca?

De modo que Pedro habla: «Maestro, hemos estado trabajando duro toda la noche y no hemos pescado nada» (v. 5 NVI).

Observe el cansancio en las palabras.

«*Hemos estado trabajando duro*». Raspando el casco. Cargando las redes. Remando. Lanzando las redes hacia el cielo iluminado por la luna. Escuchando cómo golpeaba contra la superficie del agua.

«*Toda la noche*». El cielo había pasado de naranja ocre a negro medianoche y a dorado amanecer. Las horas habían pasado tan lentamente como pasan los grupos de nubes frente a la luna. La conversación de los pescadores se había quietado y sus hombros les dolían. Mientras el pueblo dormía, los hombres trabajaban. Toda... la... noche.

«*No hemos pescado nada*». Los sucesos de la noche habían sido rítmicos: Red lanzada a gran altura hasta extenderse contra el cielo. Esperar. Dejar que se hunda. Halarla hacia el bote. Repetir la operación. Lanzar. Halar. Lanzar. Halar. Lanzar. Halar. Cada vez que la lanzaba hacía una oración. Pero cada vez que halaba, la red regresaba sin respuesta. Hasta la red suspiraba cuando los hombres la sacaban y se preparaban para volver a lanzarla.

Durante doce horas habían pescado. Y ahora... ¿Ahora Jesús desea pescar un poco más? ¿Y no a poca distancia de la costa, sino en lo profundo?

Pedro ve que sus amigos se encogen de hombros. Mira a las personas que están en la playa observándolo. No sabe qué hacer. Es posible que Jesús sepa mucho de muchas cosas, pero Pedro conoce la pesca. Pedro sabe cuándo trabajar y cuándo dejar de hacerlo. Sabe que hay un tiempo para entrar y un tiempo para salir.

El sentido común le decía que era la hora de salir. La lógica le decía que no siguiera perdiendo el tiempo y se fuera a su casa. La experiencia le decía que lo



guardara todo y que se fuera a descansar. Pero Jesús le dijo: «*Podemos volver a intentar si lo deseas*».

El viaje más difícil es el de regreso a un sitio donde has fracasado.

Jesús sabía eso. Es por esa razón que se ofrece para acompañarlos. «La primera salida fue a solas; esta vez estaré con ustedes. Vuelvan a intentarlo, esta vez conmigo a bordo».

Y Pedro sin deseos acepta volver a hacer el intento. «Pero, porque lo dices tú, echaré las redes» ( Lucas 5.5 NVI). No tenía ningún sentido, pero había estado con este nazareno el tiempo suficiente para saber que su presencia producía cambios. ¿Esa boda en Caná? ¿Ese niño enfermo de un miembro de la realeza? Era como si Jesús llevara sus propias cartas a la mesa de juego.

De modo que los remos vuelven a hundirse y sale la barca. Bajan el ancla y vuelven a volar las redes.

Pedro observa mientras se hunde la red y espera. Espera hasta que la red se extienda hasta el límite permitido por su soga. Los pescadores están callados. Pedro está callado. Jesús está callado. Repentinamente la soga da un tirón. La red, llena de peces, casi tira a Pedro por la borda.

«¡Juan, Jacobo!» grita él. «¡Vengan rápido!»

En poco tiempo las barcas están tan llenas de pescados que el borde de las mismas queda casi a ras de la superficie del agua. Pedro, hundido hasta los tobillos entre los plateados peces, se voltea para mirar a Jesús y se da cuenta de que Él lo está mirando.

En ese momento descubre quién es Jesús.

¡Qué lugar extraño para encontrarse con Dios: Un bote de pesca en un pequeño mar de un país remoto! Pero así procede el Dios que viene a nuestro mundo. Tal es el encuentro experimentado por aquellos que están dispuestos a volver a intentarlo con Él.

La vida de Pedro nunca volvió a ser la misma después de esa pesca.

Él le había dado la espalda al mar para seguir al Mesías. Había abandonado los botes pensando que jamás regresaría. Pero ahora ha regresado. Ha completado el círculo. El mismo mar. El mismo bote. Tal vez hasta en el mismo sitio.

Pero este Pedro no es el mismo. Tres años de vivir con el Mesías lo han cambiado. Ha visto demasiado. Muchos paralíticos caminando, tumbas vacías, demasiadas horas escuchando sus palabras. No es el mismo Pedro. Es la misma Galilea, pero es un pescador distinto.

¿Por qué regresó? ¿Qué cosa lo trajo de regreso a Galilea después de la crucifixión? ¿La desesperación? Algunos piensan que sí, yo no. La esperanza no se muere tan fácilmente para un hombre que ha conocido a Jesús. Pienso que eso es lo que le sucede a Pedro. Eso es lo que lo ha hecho regresar. La esperanza. Una rara sensación de que sobre ese mar donde primero lo conoció, volvería a conocerlo.

De modo que Pedro está en la barca, sobre el lago. Nuevamente ha pescado toda la noche. Una vez más el mar no ha producido nada.

Sus pensamientos son interrumpidos por un grito desde la costa. «¿Han pescado algo?» Pedro y Juan levantan la vista. Probablemente se trate de algún habitante del pueblo. «¡No!» gritan ellos. «¡Prueben del otro lado!», les vuelve a gritar la voz. Juan mira a Pedro. ¿Qué daño puede hacer? De manera que nuevamente sale volando la red. Pedro envuelve su muñeca con la soga para esperar.

Pero no hay espera. La soga se pone tirante y la red tensa. Pedro apoya su peso contra el costado de la barca y comienza a halar la red; extiende su mano hacia abajo, hala hacia arriba, la extiende hacia abajo, hala hacia arriba. Está tan inmerso en la tarea que se le escapa el mensaje.

A Juan no. El momento le resulta conocido. Esto ha sucedido anteriormente. La larga noche. La red vacía. El llamado a lanzar nuevamente la red. Los peces agitándose dentro de la barca. ¡Un momento! Levanta su vista para mirar al hombre en la costa. «¡Es Él!», susurra.

Luego levanta más la voz: «Es Jesús».

Después a voz en cuello: «Es el Señor, Pedro. ¡Es el Señor!»

Pedro se vira y mira. Jesús ha venido. No sólo Jesús el Maestro, sino Jesús el vencedor de la muerte, Jesús el Rey. Jesús el vencedor de las tinieblas. Jesús el Dios del cielo y de la tierra está en la playa. Y está preparando un fuego.

Pedro se zambulle en el mar, nada hasta la costa y sale tropezando, mojado, tiritando y se para delante del amigo traicionado. Jesús ha preparado unas brasas. Ambos piensan en la última vez que Pedro se paró cerca de una fogata. Pedro le había fallado a Dios, pero Dios había venido a él.

Por una de las pocas veces en su vida, Pedro está en silencio. ¿Qué pudiera decir que fuera suficiente? El momento es demasiado sagrado para las palabras. Dios le está ofreciendo desayuno al amigo que lo traicionó. Y Pedro, una vez más, encuentra gracia en Galilea.

¿Qué se puede decir en un momento como este?

¿Qué diría usted en un momento así?

Están solos usted y Dios. Ambos saben lo que usted hizo. Y ninguno de los dos se siente orgulloso por ello. ¿Qué debe hacer?

Tal vez considere hacer lo que hizo Pedro. Ponerse de pie en la presencia de Dios. Ante su vista. En actitud de espera. En ocasiones eso es lo único que puede hacer un alma. Demasiado arrepentidos para hablar, pero demasiado esperanzados para partir, simplemente permanecemos de pie.

Ante Él maravillado.

Ha vuelto.

Le invita a volver a intentarlo. Esta vez con Él.

## *Cuando se pregunte si a Dios le interesa*

*Al tercer día se hicieron unas bodas en Caná de Galilea; y estaba allí la madre de Jesús. Y fueron invitados a las bodas Jesús y sus discípulos. Y faltando el vino, la madre de Jesús le dijo: No tienen vino.*

*Jesús le dijo: ¿Qué tienes conmigo, mujer? Aún no ha venido mi hora.*

*Su madre dijo a los que servían: Haced todo lo que os dijere.*

*Y estaban allí seis tinajas de piedra para agua, conforme al rito de la purificación de los judíos, en cada una de las cuales cabían dos o tres cántaros.*

*Jesús les dijo: Llenad estas tinajas de agua. Y las llenaron hasta arriba.*

*Entonces les dijo: Sacad ahora, y llevadlo al maestresala. Y se lo llevaron.*

*Cuando el maestresala probó el agua hecha vino, sin saber él de dónde era, aunque lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua, llamó al esposo, y le dijo: Todo hombre sirve primero el buen vino, y cuando ya han bebido mucho, entonces el inferior; mas tú has reservado el buen vino hasta ahora.*

*Este principio de señales hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó su gloria; y sus discípulos creyeron en Él.*

*Juan 2.1–11*

Tod  
o  
ho  
mbr  
e  
sirv  
e  
pri  
mer  
o el  
bue  
n  
vino  
, y  
cua  
ndo  
ya

han  
bebido  
mucho  
,  
entonces  
el inferior;  
mas tú  
has reservado  
el buen vino  
hasta ahora.

Juan  
2.1  
0

Supongamos que usted sea un ángel. (Es posible que para algunos resulte difícil de imaginar, pero hagamos el intento.)

Es un ángel de la era anterior a la llegada del Mesías. Dios aún no ha descendido a la tierra, pero pronto lo hará y es allí donde aparece usted. Recibe la noticia de que se le ha asignado una tarea especial. Una oportunidad única en la eternidad. Se le ha invitado para que sirva en un comité especial. Qué honor ¿verdad?

Miguel dirige el grupo celestial de tareas.

-Demos comienzo escogiendo el primer milagro- dice-. El primer milagro es de fundamental importancia. Es la proclamación inicial. Es la demostración de vanguardia. Debe ser seleccionado con cuidado.

-Debe de ser poderoso- agrega uno.

-Innegable.

-Inolvidable- dice un tercero.

-Entonces estamos de acuerdo- afirma Miguel-. El primer milagro de Dios sobre la tierra debe ser impactante. ¿Alguna sugerencia?  
Comienza entonces a funcionar la creatividad angelical.  
-Que levante a alguno de entre los muertos.  
-O que sea un cementerio completo el que resucite.  
-Sí, evacuemos el lugar.  
-¿Y si damos una comida a todos los hambrientos?  
-Demasiado fácil. ¿Qué tal si quitamos todas las enfermedades del planeta?  
-Fantástico. Me gusta esa idea.  
-Ya sé- la voz es la suya. Los demás ángeles voltean la cabeza para mirarle.  
-¿Qué les parece si se libera a la tierra de toda la maldad? Es decir, de un golpe se quita toda ella y sólo permanece lo bueno.  
El grupo queda en silencio.  
-No está mal- dice uno.  
-Buena idea- dice otro.  
-Hacerlo de una vez por todas- asiente Miguel-. Está decidido. ¡El primer milagro borraré la maldad del mundo!  
Hay ruido de movimiento de alas que demuestran aprobación y usted sonrío con orgullo. (Tal vez esto le dé una promoción.)  
-Ahora pasemos al segundo milagro...

¿Le parece fantasioso? Tal vez, pero a la historia no le faltan un par de granos de verdad.

Uno de ellos es que Jesús sí tenía un plan. Se puede entrever por algunas de las frases que utiliza.

«Mi tiempo aún no ha llegado» ( Juan 7.6 ).

«Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado» ( Juan 12.23 ).

«Mi tiempo está cerca» ( Mateo 26.18 ).

«La hora ha venido; he aquí, el Hijo del Hombre es entregado en manos de los pecadores» ( Marcos 14.41 ).

«Levantando los ojos al cielo, dijo: Padre, la hora ha llegado[...]» ( Juan 17.1 ).

Observe esas palabras. «Mi tiempo aún no ha llegado». «Ha llegado la hora». «Mi tiempo está cerca». «La hora ha venido». ¿Qué implican esas frases? Un programa de actividades. Representan un orden definido de acontecimientos. La misión de Cristo estaba planificada. Dudo de que haya existido algún comité, pero sí había un plan.

Existe un segundo grano de verdad en mi pequeña representación. No sólo existió un plan en el ministerio de Cristo, también hubo un primer milagro. ¿Cuál fue?

El guión es casi demasiado sencillo. Jesús y sus discípulos están en una boda. El anfitrión se queda sin vino. Todos los negocios están cerrados, de manera que Jesús, ante la insistencia de su madre, transforma seis tinajas de agua en seis tinajas de vino.

Eso es todo. Es la jugada inicial. Bastante tranquilo ¿no le parece? Ciertamente no produce el efecto que puede causar el levantar a una persona de entre los muertos ni es vistoso como el enderezar la pierna de un paralítico.

¿O sí? Tal vez tenga más contenido de lo que pensamos.

Pues veré, una boda en tiempos de Cristo no era poca cosa. Por lo general se iniciaba con una ceremonia a la caída del sol en la sinagoga. La gente a continuación abandonaba ese sitio y comenzaba una larga procesión por la ciudad llevando velas, caminando por las calles retorcidas a la suave luz del sol del atardecer. La pareja era acompañada y pasaban por el mayor número posible de hogares para que todos pudiesen expresarles sus deseos de felicidad. Después de la procesión, sin embargo, la pareja no salía de luna de miel; la luna de miel era llevada hasta ellos.

Regresaban hasta su hogar donde les esperaba una fiesta. Durante varios días habría entrega de regalos, discursos, comida y (¡adivinó!) vino. La comida y el vino eran tomados muy en serio. El anfitrión honraba a los huéspedes manteniendo sus platos llenos y sus copas rebosantes. Se consideraba un insulto a los huéspedes que el anfitrión se quedase sin comida o vino.

La hospitalidad en las bodas era un deber sagrado. Tan serias eran estas costumbres sociales que, si no eran observadas, ¡podían ser motivo de juicio por parte de los ofendidos!

«Sin vino», decían los rabinos, «no hay gozo». El vino era fundamental, no para emborracharse, la cual era considerado una desgracia, sino por lo que demostraba. La presencia de vino indicaba que este era un día especial y que todos los huéspedes eran invitados especiales.

Por lo tanto, su ausencia era una vergüenza social.

María, la madre de Jesús, es una de las primeras en darse cuenta de que el vino se ha acabado. Se aproxima a su hijo y le señala el problema: «No tienen vino».

¿La respuesta de Jesús? «¿Qué tienes conmigo, mujer? Aún no ha venido mi hora» (v. 4).

Allí están otra vez esas palabras. «Mi hora». Jesús está consciente del plan. Tiene un lugar y una hora para su primer milagro. Y no es este.

Más o menos a esta altura el comité angelical para los milagros del Mesías deja escapar un suspiro colectivo de alivio.

-Menos mal. Por un momento pensé que iba a arruinarlo todo.

-Yo también. ¿Se imagina a Jesús dando comienzo a su ministerio con un milagro de agua convertida en vino?

-Así se hace, Jesús, di que no. Aférrate al plan.

Jesús conoce el plan. Al principio parece que lo respetará. Pero al escuchar a su madre y ver los rostros de los que están en la fiesta de las bodas, cambia de opinión. El significado del plan es lentamente eclipsado por su preocupación por la gente. El tiempo es importante, pero la gente lo es aun más.

Como resultado, modifica su plan para satisfacer las necesidades de unos amigos. Increíble. El programa del cielo es alterado para que unos amigos no sean avergonzados. Lo que motiva el milagro inicial no es la tragedia ni el hambre ni el colapso moral, sino la preocupación por unos amigos que se encuentran en un aprieto.

Ahora si usted fuera un ángel del comité de milagros mesiánicos, no le agradaría ni un poquito. No, señor. No le complacería este cambio de parte de Jesús. Todo lo que a esto se refiere está mal. Momento inapropiado. Sitio erróneo. Milagro equivocado.

«Vamos, Jesús. Recuerda la agenda», le insta usted. «Recuerda la estrategia. No es así como lo habíamos planificado».

No, si usted fuera un ángel del comité, este cambio no le agradaría para nada.

Pero si es un ser humano que alguna vez ha sido avergonzado, le agradará mucho. ¿Por qué? Porque este milagro le dice que lo que a usted le interesa, también le interesa a Dios.

Probablemente piense que esto es verdad cuando se trate de asuntos importantes. Cuando se trate de dificultades grandes como la muerte, la enfermedad, el pecado y algún desastre; usted sabe que Dios se interesa.

Pero, ¿qué sucede con las cosas pequeñas? ¿Qué sucede con los jefes gruñones, las gomas ponchadas o los perros extraviados? ¿Qué sucede con la vajilla rota, los vuelos atrasados, los dolores de muelas o un disco duro de computadora que ha perdido sus datos? ¿Le importan estas cosas a Dios?

Lo que intento decir es que tiene que supervisar un universo. Mantener a los planetas en equilibrio, vigilar a los presidentes y a los reyes. Hay guerras que le preocupan y hambrunas que debe de solucionar. ¿Quién soy yo para hablarle acerca de mi uña encarnada?

Me alegra que lo haya preguntado.

Permítame que le diga quién es usted. En efecto, permítame que proclame quién es.

Usted es heredero de Dios y coheredero con Cristo ( Romanos 8.17 ).

Es eterno como los ángeles ( Lucas 20.36 ).

Tiene una corona incorruptible ( 1 Corintios 9.25 ).

Es un sacerdote santo ( 1 Pedro 2.5 ), un tesoro especial ( Éxodo 19.5 ).

Fue escogido antes de la fundación del mundo ( Efesios 1.4 ). Su destino es

«loor y fama y gloria, y para que seas un pueblo santo a Jehová tu Dios» ( Deuteronomio 26.19 ).

Pero mayor que cualquiera de los mencionados anteriormente, más significativo que cualquier título o posición, es el simple hecho de que usted es hijo de Dios. «¡Fíjense qué gran amor nos ha dado el Padre, para que se nos llame hijos de Dios! ¡Y lo somos!»( 1 Juan 3.1 NVI).

¡Me encanta esa última frase! «¡Y lo somos!» Es como si Juan supiera que algunos de nosotros sacudiríamos nuestras cabezas y diríamos: «No, yo no. Puede ser la Madre Teresa. O tal vez Billy Graham. Pero yo no». Si eso es lo que siente, Juan agregó esa frase para usted.

«¡Y lo somos!»

Por lo tanto, si alguna cosa es importante para usted, lo es también para Dios.

Si usted es padre sabe esto. Imagínese si encontrara una herida infectada en la mano de su hijo de cinco años. Le pregunta qué le sucede y él le dice que tiene una astilla. Le pregunta cuándo le ocurrió. ¡Él le contesta que fue la semana pasada! Le pregunta por qué no se lo dijo antes y él le responde: «No quería molestarlo. Sabía que tenía mucho que hacer administrando la casa y otras cosas por el estilo y no quería ser un estorbo».

«¿Ser un estorbo? ¡Ser un estorbo! Soy tu padre. Eres mi hijo. Mi responsabilidad es ayudar. Cuando sufres yo también sufro».

Tengo un ejemplo perfecto de esto grabado en un videocasete. Jenna, mi hija de ocho años cantó un solo en un banquete de honor. Acepté quedarme en la casa con las otras dos hijas si mi esposa filmaba la actuación. Al llegar de regreso a casa, tenían una historia curiosa que contar y un interesante videocasete para mostrar.

Jenna se olvidó de la letra. Al subir al escenario frente a un gran auditorio, su mente se quedó en blanco. Como Denalyn estaba grabando en ese momento, pude observar la crisis a través de sus ojos, los ojos de una madre. Se nota que Denalyn se está poniendo nerviosa en el momento en que Jenna empieza a olvidarse de la letra: La cámara comienza a temblar. «Está bien, está bien», asegura la voz de Denalyn. Comienza a cantar las palabras para que Jenna se acuerde. Pero ya es demasiado tarde, Jenna dice «lo siento» a los presentes, rompe en llanto y se aleja corriendo del escenario.

En ese momento la mamá deja caer la cámara y corre tras de Jenna. La cámara graba el piso y la voz de Denalyn que dice: «Ven aquí, querida».

¿Por qué hizo eso Denalyn? ¿Por qué paró todo y corrió tras de su hija? (Dicho sea de paso, Jenna se recuperó. Denalyn le enjugó las lágrimas. Ambas ensayaron la letra. Y Jenna cantó y fue ovacionada.)

Ahora ¿por qué Denalyn se preocupó tanto? En el gran cuadro de las cosas, ¿tiene tanta importancia una vergüenza social? Usted conoce la respuesta aun antes de que se la diga. Para una niña de ocho años es algo sumamente importante. Y porque era importante para Jenna, también lo era para su mamá.

Y porque es hijo de Dios, si es importante para usted, es importante para Él.

¿Por qué transformó Jesús el agua en vino? ¿Para impresionar a la multitud? No, ni se enteraron de lo que hizo. ¿Para captar la atención del maestra? No, él pensó que el novio estaba siendo generoso. ¿Por qué lo hizo Jesús? ¿Qué cosa motivó su primer milagro?

Sus amigos se sentirían avergonzados. Lo que a ellos les molestaba, a Él también. Si el niño sufre, el padre también sufre.

De modo que... ¡Adelante! Dígale a Dios lo que le duele. Hable con Él. No le echará fuera. No pensará que es una tontería. «Porque no tenemos un sumo sacerdote *que no pueda compadecerse* de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro» ( Hebreos 4.15–16 , énfasis agregado).

¿Se interesa Dios por las cosas pequeñas en nuestras vidas? Más vale que lo crea.

Si le interesa a usted, le interesa a Él.



## EL LOCO CONVERTIDO EN MISIONERO

---

### *Cuando se enfrente a la maldad*

*Vinieron al otro lado del mar, a la región de los gadarenos. Y cuando salió Él de la barca, en seguida vino a su encuentro, de los sepulcros, un hombre con un espíritu inmundo, que tenía su morada en los sepulcros, y nadie podía atarle, ni aun con cadenas. Porque muchas veces había sido atado con grillos y cadenas, mas las cadenas habían sido hechas pedazos por él, y desmenuzados los grillos; y nadie le podía dominar. Y siempre, de día y de noche, andaba dando voces en los montes y en los sepulcros, e hiriéndose con piedras. Cuando vio, pues, a Jesús de lejos, corrió, y se arrodilló ante Él.*

*Y clamando a gran voz, dijo: ¿Qué tienes conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? Te conjuro por Dios que no me atormentes. Porque le decía: Sal de este hombre, espíritu inmundo.*

*Y le preguntó: ¿Cómo te llamas?*

*Y respondió diciendo: Legión me llamo; porque somos muchos.*

*Y le rogaba mucho que no los enviase fuera de aquella región.*

*Estaba allí cerca del monte un gran hato de cerdos paciendo. Y le rogaron todos los demonios, diciendo: Envíanos a los cerdos para que entremos en ellos. Y luego Jesús les dio permiso. Y saliendo aquellos espíritus inmundos, entraron en los cerdos, los cuales eran como dos mil; y el hato se precipitó en el mar por un despeñadero, y en el mar se ahogaron.*

*Y los que apacentaban los cerdos huyeron, y dieron aviso en la ciudad y en los campos. Y salieron a ver qué era aquello que había sucedido. Vienen a Jesús, y ven al que había sido atormentado del demonio, y que había tenido la legión, sentado, vestido y en su juicio cabal; y tuvieron miedo. Y les contaron los que lo habían visto, cómo le había acontecido al que había tenido el demonio, y lo de los cerdos. Y comenzaron a rogarle que se fuera de sus contornos.*

*Al entrar Él en la barca, el que había estado endemoniado le rogaba que le dejase estar con Él. Mas Jesús no se lo permitió, sino que le dijo: Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti. Y se fue, y comenzó a publicar en Decápolis cuán grandes cosas había hecho Jesús con él; y todos se maravillaban.*

*Marcos 5.1–20*

Vie  
nen  
a  
Jes  
ús,  
y  
ven  
al  
que  
hab  
ía  
sido  
ator  
me  
nta  
do  
del  
de  
mo  
nio,  
y  
que  
hab  
ía  
teni  
do  
la  
legi  
ón,  
sen  
tad  
o,  
vest  
ido  
y  
en  
su  
juici  
o  
cab  
al.

Mar  
cos  
5.1

Aquí tengo una pregunta para los coleccionistas de trivialidades. ¿Quién fue el primer misionero enviado por Jesús?

Alguno bien instruido, ¿verdad? O que tenía una íntima relación con Cristo. Un seguidor devoto. Un discípulo cercano. Uno con profundo conocimiento de las Escrituras y del sacrificio, ¿no le parece?

Permítame que le de una pista. Para hallarlo no busque en la Gran Comisión. No busque entre los nombres de los apóstoles. Este orador de vanguardia no figuraba en esa lista.

¿Qué tal los setenta discípulos enviados por Cristo? Lo siento, se ha equivocado otra vez. ¿Las epístolas? No. Mucho antes de que Pablo tomara una pluma, este predicador ya estaba dedicado a la obra.

¿Dónde fue Jesús para encontrar su primer misionero? (No lo va a creer.) A un cementerio.

¿Quién fue el primer embajador enviado? (Tampoco podrá creer esto.) Un lunático. El hombre enviado por Jesús era un loco convertido en misionero. Su historia se encuentra en el quinto capítulo del evangelio según Marcos.

Y cuando salió Él de la barca, en seguida vino a su encuentro, de los sepulcros, un hombre con un espíritu inmundo, que tenía su morada en los sepulcros, y nadie podía atarle, ni aun con cadenas. Porque muchas veces había sido atado con grillos y cadenas, mas las cadenas habían sido hechas pedazos por él, y desmenuzados los grillos; y nadie le podía dominar. Y siempre, de día y de noche, andaba dando voces en los montes y en los sepulcros, e hiriéndose con piedras.

*Marcos 5.2–5*

Él es el hombre que su madre le dijo que evitara. Es el tipo que la policía frecuentemente encierra. Es el loco que recorre los barrios y asesina familias. Este es el rostro que llena la pantalla durante el noticiero de la noche.

Y este fue el primer misionero de la iglesia.

Palestina no sabía qué hacer con él. Lo ataban pero rompía las cadenas. Se arrancaba las ropas. Vivía en las cuevas. Se cortaba con rocas. Era un coyote rabioso que andaba suelto, una amenaza para la sociedad. A nadie le servía para nada. Nadie tenía lugar para él. Excepto Jesús.

Aun hoy lo mejor que podría ofrecer la medicina moderna para tal tipo de hombre sería medicamentos y un tratamiento prolongado. Es posible que después de mucho tiempo, gastos y ayuda profesional, se pudiera lograr controlar un comportamiento tan destructivo. Pero eso requeriría años.

Con Jesús bastan unos segundos.

El encuentro es explosivo. La barca de los discípulos atraca a poca distancia de un cementerio y de un hato de cerdos. Ambos son considerados impuros por los judíos. Al bajar Jesús, un loco sale de una caverna hecho una tromba.

El cabello desordenado. Las muñecas ensangrentadas. Presentando escoriaciones en la piel. Una verdadera furia hecha carne. La locura desnuda. Unos brazos que se agitan y una voz que grita. Los apóstoles quedan boquiabiertos y vuelven a poner un pie en la barca.

Están horrorizados. Pero Jesús no. Lea los siguientes versículos con cuidado, pues nos conceden un raro privilegio: Echarle una mirada a la guerra invisible. Por unos pocos minutos el conflicto invisible se vuelve visible y se nos ofrece una posición desde donde puede ser observado el campo de batalla.

Primeramente habla Jesús: «Sal de este hombre, espíritu inmundo» (v. 8 ).

El espíritu se pone nervioso: «¿Qué tienes conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo?» (v. 7 ).

Jesús quiere recuperar al hombre. Los demonios no ofrecen resistencia. No profieren amenazas. Han escuchado esta voz con anterioridad. Cuando Dios ordena, los demonios sólo tienen una respuesta. Suplican. «Le rogaban mucho que no los enviase fuera de aquella región» (v. 10 ).

La misma presencia de Jesús humilla a los demonios. A pesar de que habían dominado a este hombre, se doblegan ante Dios. A pesar de haber llenado la región de temor, piden clemencia de parte de Jesús. Sus palabras los convierten en llorones y debiluchos arrastrados.

Sintiéndose más seguros en un hato de cerdos que en la presencia de Dios, los demonios solicitan entrar en los cerdos. Jesús consiente y como dos mil cerdos poseídos se despeñan cayendo al mar.

Y mientras tanto los discípulos no hacen nada. Mientras Jesús lucha los seguidores lo observan anonadados. No saben qué más hacer.

¿Se siente identificado? ¿Se encuentra observando un mundo descontrolado sin saber qué hacer? Si ese es el caso, haga lo que hicieron los discípulos: Cuando arrecie la lucha, de un paso hacia atrás para permitir que luche el Padre.

Tengo una foto en mi álbum mental que ilustra este principio. En la escena, mi padre y yo estamos lidiando con una tormenta en un bote pesquero. Nos rodean montañas de crestas blancas, la mayoría más altas que cualquiera de los dos. La línea de la costa está escondida, la niebla se espesa y sinceramente comenzamos a dudar que podamos alcanzar nuevamente la costa.

Yo soy pequeño, tal vez de nueve años. El bote es pequeño, mide unos tres metros. Y las olas son altas, de suficiente altura como para hacer zozobrar a nuestra nave. El cielo retumba, las nubes se hinchan y el relámpago forma zigzag.

Papá ha dirigido el bote hacia la playa más cercana, apuntando la proa a las olas. Él está sentado en la parte de atrás con una mano sobre el acelerador y su cara al viento. Yo estoy en el frente mirando para atrás hacia donde está él. La lluvia hace arder mi cuello descubierto y empapa mi camisa. Una ola tras otra nos levanta y nos baja de un golpe. Agarro ambos lados del bote y me aferro.

En vano busco la costa. Está cubierta por la niebla. Busco el sol, está escondido en las nubes. Busco otras embarcaciones pero sólo veo olas. Todo lo que veo me asusta. Sólo una cosa me da seguridad, el rostro de mi padre.

Salpicado de lluvia y con expresión tensa, tiene la vista puesta en la tormenta. El agua chorrea de la visera de su gorra y su camisa está adherida a su piel.

En ese momento tomé una decisión. Dejé de mirar a la tormenta y sólo observaba a mi padre. Eso tenía sentido. El observar las olas me producía temor; el ver a mi padre me producía calma. Así es que centré mi atención en él. Tan intensa fue mi contemplación que a tres décadas del evento aún puedo verlo guiándonos fuera del oleaje.

Dios quiere que hagamos lo mismo. Quiere que enfoquemos nuestra vista en Él. ¿En qué nos beneficia centrar la atención en la tormenta? ¿Por qué estudiar al enemigo? Nosotros no seremos quien lo derrote. Sólo Dios lo hará. Los discípulos no pueden destruir a Satanás; sólo Dios puede hacerlo.

Y eso fue lo que hizo Jesús.

Mientras observan los sorprendidos discípulos, Jesús entra en acción y Dios libera a un lunático. Los cerdos son poseídos por los demonios. Y de un cementerio surge un discípulo.

¿Historia extraña? Espere. Aún no se ha terminado. Si le parece rara la reacción de los demonios, espere hasta ver la de la gente.

Los que apacentaban a los cerdos corrieron hasta la ciudad y dijeron a todos lo que habían visto.

De modo que la gente fue al lugar para comprobar lo que se les decía.

Vienen a Jesús, y ven al que había sido atormentado del demonio, y que había tenido la legión, sentado, vestido y en su juicio cabal; y tuvieron miedo. Y les contaron los que lo habían visto, cómo le había acontecido al que había tenido el demonio, y lo de los cerdos. Y comenzaron a rogarle que se fuera de sus contornos.

*Marcos 5.15–17*

¿Hicieron qué? *Comenzaron a rogarle que se fuera de sus contornos.*

¿Se refiere a que la gente le rogaba a Jesús que se fuera? Así es. En lugar de agradecerle, ¿lo echaron? Usted lo ha dicho. ¿Qué los llevaría a hacer semejante cosa?

Buena pregunta. ¿Qué cosa haría que la gente prefiriera cerdos y lunáticos en lugar de la presencia de Dios?

O mejor aún. ¿Qué cosa haría que un alcohólico prefiriese miseria ebria en lugar de sobriedad?

¿Qué llevaría a una iglesia a preferir el sueño antes que el avivamiento?

¿Qué conduciría a una nación a preferir la esclavitud antes que la libertad?

¿Qué cosa haría que la gente prefiriese las tradiciones del ayer en lugar del Dios viviente de hoy?

¿La respuesta? El temor al cambio. El cambio significa trabajo duro. Es más fácil seguir en la misma huella que lanzarse a los territorios desconocidos.

Y así fue que la gente echó a Jesús. Y como Jesús nunca va a donde no es invitado, vuelve a entrar en la barca.

Ahora observe lo que sucede a continuación.

Al entrar Él en la barca, el que había estado endemoniado le rogaba que lo dejase estar con Él.

Mas Jesús no se lo permitió.

*Marcos 5.18–19*

Extraño modo de tratar a un nuevo creyente, ¿no le parece? ¿Por qué no quiso llevarlo Jesús? Simple. Tenía planes mayores para él. «Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti» (v. 19 ).

Ahí está. El envío del primer misionero. Un minuto antes demente, después en Cristo. Sin entrenamiento. Sin enseñanza. Lo único que sabía era que Jesús podía atemorizar a las huestes del infierno y aparentemente eso bastaba.

Pero lo que sorprende aun más del hombre que fue enviado es el hecho de que siquiera *alguno* fuese enviado. Yo no habría enviado a un misionero a unas personas que acababan de echarme a patadas, ¿y usted? Una plaga tal vez, pero no un misionero. Pero Cristo sí lo hizo.

Y Cristo lo hace. Aún hace llegar el mensaje a los que no lo merecen. Y sigue utilizando a los indignos como mensajeros.

Después de todo, mire quién está leyendo este libro.

Y vea quién lo escribió.

## 17

# VER LO INVISIBLE

---

### *Cuando le tema al futuro*

*Pasando otra vez Jesús en una barca a la otra orilla, se reunió alrededor de Él una gran multitud; y Él estaba junto al mar. Y vino uno de los principales de la sinagoga, llamado Jairo; y luego que le vio, se postró a sus pies, y le rogaba mucho, diciendo: Mi hija está agonizando; ven y pon las manos sobre ella para que sea salva, y vivirá. Fue, pues, con él[...]*

*Mientras Él aún hablaba, vinieron de casa del principal de la sinagoga, diciendo: Tu hija ha muerto; ¿para qué molestas más al Maestro?*

*Pero Jesús, luego que oyó lo que se decía, dijo al principal de la sinagoga: No temas, cree solamente.*

*Y no permitió que le siguiese nadie sino Pedro, Jacobo y Juan, hermano de Jacobo. Y vino a casa del principal de la sinagoga, y vio*

*el alboroto y a los que lloraban y lamentaban mucho. Y entrando, les dijo: ¿Por qué alborotáis y lloráis? La niña no está muerta, sino duerme. Y se burlaban de Él. Mas Él, echando fuera a todos, tomó al padre y a la madre de la niña, y a los que estaban con Él, y entró donde estaba la niña. Y tomando la mano de la niña, le dijo: Talita cumi; que traducido es: Niña, a ti te digo, levántate. Y luego la niña se levantó y andaba, pues tenía doce años. Y se espantaron grandemente. Pero Él les mandó mucho que nadie lo supiese, y dijo que se le diese de comer.*

*Marcos 5.21–24 , 35–43*

Fe  
es[  
...]  
la  
cert  
eza  
de  
lo  
que  
no  
ve  
mo  
s.

Heb  
reo  
s  
11.  
1

(NV  
I)

Anoche intenté enseñar a mis hijas a ver con sus ojos cerrados.

Le pedí a Jenna, la de ocho años, que fuera a un lado de la sala. A Andrea, la de seis, le dije que se parara del otro lado. Sara, la de tres años y yo nos sentamos en el sofá en el medio y observamos. A Jenna le tocaba cerrar los ojos y caminar. A Andrea le tocaba servir de ojos a Jenna y guiarla de manera segura hasta el otro lado de la habitación.

Usando frases como: «Da dos pasos de bebé hacia la izquierda» y «Cuatro pasos gigantes hacia adelante», Andrea guió exitosamente a su hermana a través de un traicionero laberinto de sillas, una aspiradora y una cesta de ropa.

Luego le tocó a Jenna. Ella guió a Andrea hasta pasar la lámpara favorita de su mamá y le gritó justo a tiempo para evitar que chocara con la pared cuando pensó que su pie derecho era el izquierdo.

Luego de varias expediciones por la oscuridad, se detuvieron y procesamos los datos.

«No me gustó», se quejó Jenna. «Causa temor ir hacia un lugar que no se puede ver».

«Tenía miedo de caer», asintió Andrea. «Me la pasé dando pasitos para estar segura».

Me siento identificado ¿y usted? A nosotros los adultos tampoco nos gusta la oscuridad. Pero andamos en ella. Al igual que Jenna, a menudo nos quejamos del temor que nos produce caminar hacia un lugar que no podemos ver. Y al igual que Andrea, frecuentemente damos pasos tímidos para no caer.

Tenemos motivos para ser precavidos: estamos ciegos. No podemos ver el futuro. No vemos absolutamente nada más allá del presente. No puedo decirle con certeza que viviré el tiempo que sea necesario para poder acabar este párrafo. (¡Puf, lo logré!) Tampoco puede decirme si usted vivirá el tiempo que sea necesario para leer el siguiente. (¡Espero que lo logre!)

No me refiero a ser corto de vista ni a tener la vista obstruida; me refiero a la ceguera opaca. No me refiero a una condición que se pasa con la niñez; estoy describiendo una condición que sólo se va con la muerte. Somos ciegos. Ciegos al futuro.

Es una limitación común a todos. Los ricos son tan ciegos como los pobres. A los cultos les falta tanto la vista como a los incultos. Y los famosos saben tan poco sobre el futuro como los desconocidos.

Ninguno de nosotros sabe cómo resultarán nuestros hijos. Nadie sabe qué día morirá. Ninguno sabe con quién se casará o aun si el matrimonio le aguarda o no. Somos universal, absoluta e inalterablemente ciegos.

Todos somos Jenna con sus ojos cerrados, tanteando por una habitación oscura, tratando de escuchar una voz conocida, pero hay una diferencia. Su entorno es conocido y amistoso. El nuestro puede ser hostil y fatal. Su mayor temor es tropezar y lastimarse el dedo. Nuestro mayor temor es más amenazante: Cáncer, divorcio, soledad, muerte.

Y por más que intentemos andar en línea recta, lo más probable es que tropecemos y nos lastimemos.

Pregúntele a Jairo. Él es un hombre que ha hecho todo lo posible por andar en rectitud. Pero cuyo camino había presentado un repentino viraje hacia una cueva. Una cueva oscura. Y él no desea entrar a solas.

Jairo es el líder de la sinagoga. Eso tal vez no signifique mucho para usted y para mí, pero en los días de Cristo el líder de la sinagoga era el hombre más importante de la comunidad. La sinagoga era el centro de la religión, la educación, la dirección y la actividad social. El líder de la sinagoga era el líder religioso mayor, el profesor de mayor rango, el alcalde y el ciudadano de mayor renombre, todo eso en uno.

Jairo lo tiene todo. Seguridad de empleo. Una acogida asegurada en la cafetería. Un plan de jubilación. Golf todos los jueves y un viaje anual pago a la convención nacional.



¿Quién pudiera pedir más? Y sin embargo Jairo quiere más. *Necesita* pedir más. De hecho cambiaría todo el paquete de beneficios y privilegios por una sola seguridad: Que su hija viva.

El Jairo que vemos en esta historia no es el líder cívico de visión clara, túnica negra y bien arreglado. En lugar de eso es un hombre ciego rogando por un regalo. Cayó a los pies de Jesús «y le rogaba mucho, diciendo: Mi hija está agonizando; ven y pon las manos sobre ella para que sea salva, y vivirá» ( Marcos 5.23 ).

Él no regatea con Jesús. («Hazme un favor y veré que cuiden de ti de por vida».) Él no negocia con Jesús. («Los tipos de Jerusalén están un poco irritados por causa de tus extravagancias. Te propongo algo, arrégrame este problema y haré algunas llamadas...») No presenta excusas. («Por lo general, no estoy tan desesperado, Jesús, pero tengo un pequeño problema».)

Simplemente ruega.

Existen momentos en la vida en los cuales todo lo que usted tenga para ofrecer no es nada en comparación con lo que necesita recibir. Jairo se encontraba en una situación semejante. ¿Qué pudiera ofrecer un hombre a cambio de la vida de su hija? De manera que no hay juegos. No hay regateo. No hay mascaradas. La situación es absolutamente simple: Jairo está ciego ante el futuro y Jesús conoce el futuro. Por eso pide su ayuda.

Jesús, que ama un corazón sincero, accede a brindársela.

Y Dios, que sabe lo que significa perder a un hijo, da poder a su hijo.

Pero antes de que Jesús y Jairo logren avanzar mucho, son interrumpidos por emisarios que vienen de su casa.

«Tu hija ha muerto; ¿para qué molestas más al Maestro?» (v. 35 ).

Prepárese. Agárrese fuerte. Este es el lugar donde la historia se vuelve conmovedora. Jesús cambia de ser guiado por Jairo a *guiarlo* a Él, de ser convencido por Jairo a *convencer* a Jairo. De ser admirado a recibir burlas, de ayudar a la gente a echar a la gente.

Este es el momento en el que Jesús toma el control.

«Sin hacer caso de lo que decían...» (v. 36 . NVI).

¡Me agrada esa frase! Describe el principio crítico necesario para poder ver lo invisible: No haga caso a lo que diga la gente. Ignórelas. Apáguelas. Cierre sus oídos. Y, de ser necesario, aléjese.

Ignore a los que le digan que es demasiado tarde para volver a empezar.

No le conceda importancia a los que digan que usted nunca llegará a nada.

Haga oídos sordos a los que digan que le falta inteligencia, velocidad, altura o tamaño... Simplemente, ignórelas.

La fe en ocasiones comienza cuando nos metemos algodón en los oídos.

Jesús mira inmediatamente a Jairo y le ruega: «No temas, cree solamente» (v. 36 ).

Jesús insta a Jairo para que vea lo invisible. Cuando Jesús dice: «Cree solamente...», está implorando: «No limite sus posibilidades a lo visible. No trate de escuchar sólo lo audible. No sea controlado por lo lógico. ¡Cree que en la vida hay más que lo que se ve!»

«Confía en mí», implora Jesús. «No temas, cree solamente».

Un padre en las Bahamas expresó el mismo ruego a su pequeño hijo que estaba atrapado en una casa que se incendiaba. La estructura de dos pisos estaba envuelta en llamas y la familia (el padre, la madre y varios hijos) estaba saliendo cuando el niño menor aterrorizado volvió a correr hacia arriba. Su padre que estaba afuera, le gritó: «¡Salta, hijo, salta! Yo te atraparé». El niño gritó: «Pero papá, no puedo verte». «Lo sé», gritó su padre, «pero yo sí te veo».

El padre podía verlo, aun cuando el hijo no pudiera.

Un ejemplo similar de fe fue encontrado en la pared de un campo de concentración. Sobre ella un prisionero había grabado las siguientes palabras:

Creo en el sol, aunque no brille.

Creo en el amor, aunque no sea expresado.

Creo en Dios, aunque no hable.

Intento imaginar a la persona que trazó esas palabras. Imagino un mano esquelética agarrando el vidrio roto o la piedra que haya utilizado para marcar la pared. Trato de imaginar sus ojos esforzándose por ver en la oscuridad mientras tallaba cada letra. ¿Qué tipo de mano puede haber grabado tal convicción? ¿Qué ojos pueden haber visto bondad en medio de tanto horror?

Sólo hay una respuesta posible: Ojos que escogieron ver lo invisible.

Como escribió Pablo: «No mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas» ( 2 Corintios 4.18 ).

Jesús le está pidiendo a Jairo que vea lo invisible. Que elija. Vivir según los hechos o ver por fe. Cuando nos golpea la tragedia, también debemos optar por lo que veremos. Podemos ver la herida o podemos ver al Sanador.

La decisión es nuestra.

Jairo escogió. Optó por la fe en Jesús. Y la fe *en* Él lo condujo a su hija.

Al llegar a la casa Jesús y Jairo se encuentran con un grupo de gente que hacían duelo. Jesús se preocupa por sus llantos. Le molesta que expresen tanta ansiedad por causa de la muerte. «¿Por qué alborotáis y lloráis? La niña no está muerta, sino duerme» (v. 39 ).

Esa no es una pregunta retórica. Es sincera. Desde su perspectiva, la niña no está muerta. Sólo duerme. Desde el punto de vista de Dios, la muerte no es permanente. Es sólo un paso necesario para pasar de esta vida a la próxima. No es un fin; es un principio.

De jovencito tenía dos grandes amores: jugar y comer. Los veranos fueron creados para pasar las tardes en el diamante de béisbol y en las cenas de la mesa de mamá. Ella, sin embargo, tenía un reglamento. Los niños sucios y sudados nunca podían sentarse a la mesa. Sus primeras palabras al dirigirse a nosotros, cuando llegábamos a casa, eran siempre: «Ve a lavarte y quítate esa ropa si quieres comer».

Ahora bien a ningún niño le agrada bañarse y vestirse pero ni una sola vez me quejé ni desafié a mi mamá diciéndole: «¡Prefiero permanecer maloliente a comer!» En mi economía un baño y una camisa limpia eran un pequeño precio que tenía que pagar por una buena comida.

Desde la perspectiva de Dios la muerte es un pequeño precio a pagar por el privilegio de sentarse a su mesa. «La carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios[...] Porque es *necesario* que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad» ( 1 Corintios 15.50 , 53 , énfasis agregado).

Dios es aún más exigente de lo que era mi mamá. Para poder sentarnos a su mesa es *necesario* que ocurra un cambio de ropa. Y debemos morir para que nuestro cuerpo sea cambiado por uno nuevo. Así es que, desde el punto de vista de Dios, la muerte no debe ser temida; se le debe dar la bienvenida.

Cuando Él ve que la gente está llorando y gimiendo ante la muerte quiere saber: «¿Por qué alborotáis y lloráis?» (v. 39 ).

Cuando vemos la muerte, vemos un desastre. Sin embargo cuando Jesús la ve sólo ve la liberación.

Para la gente eso resulta difícil de aceptar. «Se burlaban de Él» (v. 40 ). (La próxima vez que se burlen de usted, quizás pudiera recordar que también se burlaron de Él.)

Ahora observe con atención, porque no va a creer lo que Jesús hace a continuación. ¡Echa fuera de la casa a los que estaban llorando y gimiendo! Eso es lo que dice el versículo siguiente: «Mas Él, echando fuera a todos[...]» (v. 40 ). No les pide simplemente que se vayan. Los *echa fuera* . Los toma por el cuello y el cinturón y los saca volando. La reacción de Jesús fue decisiva y fuerte. En el texto original, la palabra que se usa es la misma que se utiliza para describir lo que Jesús hizo con los cambistas en el templo. Este es el mismo verbo que se emplea *treinta y ocho veces* para especificar lo que hizo Jesús con los demonios.

¿Por qué? ¿Por qué usa tal fuerza? ¿Por qué tanta intolerancia?

Quizás la respuesta pueda encontrarse regresando a la experiencia que realizamos la noche anterior en la sala de mi casa. Luego de que Jenna y Andrea se hubiesen turnado para guiarse la una a la otra de lado a lado de la habitación, decidí agregarle picardía al juego. En el último viaje, me puse atrás de Jenna, que caminaba con sus ojos cerrados y comencé a susurrar: «No la escuches a ella. Escúchame a mí. Yo te cuidaré».

Jenna se detuvo. Analizó la situación y eligió entre las dos voces. «Cállate papá», se rió y luego siguió avanzando en dirección de Andrea.

Sin pensarlo, tomé la tapa de una cacerola, la sostuve próxima a su oreja y la golpeé con una cuchara. Ella pegó un salto y se detuvo sorprendida por el ruido. Andrea, al ver que su peregrina estaba asustada, hizo algo bueno. Corrió al otro lado de la habitación y dijo: «No te preocupes, estoy aquí».

No iba a permitir que el ruido distrajese a Jenna de su travesía.

Dios no permitirá tampoco que el ruido lo distraiga de la suya. Él aún se ocupa de echar fuera a los que lo critican y de silenciar las voces que pudieran desviarlo.

Ya ha visto parte de su obra. La mayor parte no la ha visto. Recién cuando llegue al hogar sabrá cuántas veces le ha protegido de voces seductoras. Sólo la eternidad pondrá en evidencia la ocasión en que:

Impidió la transacción protegiéndolo de quedar involucrado en negocios poco éticos.

Cubrió de niebla el aeropuerto distanciándolo de una oportunidad dudosa.

Ponchó la goma de su auto evitando que usted se registrara en el hotel y conociese a un hombre seductor.

Y sólo el cielo revelará las veces que le ha protegido al:

Darle un cónyuge que ama a Dios más que a usted.

Abrirle la puerta para un nuevo negocio a fin de que pudiesen asistir a la misma iglesia.

Hacer que estuviese en la estación de radio apropiada, la voz adecuada, con el mensaje necesario, justo el día en que usted precisaba de ese aliento.

Tome nota: Dios sabe que usted y yo somos ciegos. Sabe que vivir por fe, en lugar de hacerlo por la vista, no nos sale de forma natural. Y creo que ese es uno de los motivos por el que levantó a la hija de Jairo de entre los muertos. No por el bien suyo: ella estaba mejor en el cielo. Sino para nuestro propio bien, para enseñarnos que el cielo ve cuando nosotros confiamos.

Un pensamiento final que surge del experimento de ver con los ojos cerrados. Le pregunté a Jenna cómo podía oír la voz de Andrea que la guiaba hasta el otro lado de la sala cuando yo intentaba distraerla al susurrar en su oído.

¿Su respuesta? «Sólo me concentraba y escuchaba con la mayor atención posible».

## LA ORACIÓN DE JOSÉ

---

*Cuando lo confundan las acciones de Dios*

Jos  
é[...  
]  
hizo  
co  
mo  
el  
áng  
el  
del  
Señ  
or  
le  
hab  
ía

ma  
nda  
do.

Mat  
eo  
1.2  
4

El espacio en blanco entre los versículos de la Biblia es suelo fértil para preguntas. Uno casi no puede leer las Escrituras sin susurrar: «Me pregunto...»

«Me pregunto si Eva alguna vez volvió a comer fruta».

«Me pregunto si Noé dormía bien durante las tormentas».

«Me pregunto si a Jonás le gustaba el pescado o si Jeremías tenía amigos».

«¿Evitaría Moisés las zarzas? ¿Contaba Jesús chistes? ¿Alguna vez habrá intentado Pedro volver a caminar sobre el agua?»

«¿Alguna mujer habría aceptado casarse con Pablo si él se lo hubiese pedido?»

La Biblia es un cerco lleno de agujeros por los que podemos espiar sin llegar a ver el cuadro completo. Es un álbum de fotografías que captan los encuentros de las personas con Dios, pero no siempre registran el resultado. De modo que nos preguntamos:

Cuando regresó a su casa la mujer adúltera, ¿qué le dijo a su marido?

Después de su liberación, ¿a qué se dedicó el endemoniado como medio de vida?

Después de que la hija de Jairo fue levantada de los muertos, ¿lo lamentó ella alguna vez?

Agujeros, fotografías y preguntas. Los hallará en cada capítulo acerca de cada persona. Pero ninguna cosa hace surgir tantas preguntas como el nacimiento de Cristo. Los personajes aparecen y desaparecen antes de que podamos preguntarles nada. El mesonero, demasiado ocupado para dar la bienvenida a Dios, ¿supo alguna vez a quién había rechazado? Los pastores, ¿alguna vez tararearon la canción que habían cantado los ángeles? Los magos que siguieron la estrella, ¿qué sintieron al adorar a un bebé? Y José, especialmente José. Tengo preguntas para él.

¿Alguna vez jugaron a luchar tú y Jesús? ¿Alguna vez te permitió Él ganar?

¿Alguna vez levantaste tu vista mientras orabas para descubrir que Jesús te estaba escuchando?

¿Cómo se dice Jesús en egipcio?

¿Qué le sucedió a los magos?

¿Qué te sucedió a ti?

No sabemos lo que le sucedió a José. Su papel en el primer acto es tan fundamental que esperamos verlo durante el resto del drama, pero a excepción de una corta escena en Jerusalén con un Jesús de doce años, nunca vuelva a

aparecer. El resto de su vida queda liberado a la especulación y a nosotros se nos deja con nuestras preguntas.

Pero de todas ellas, primero formularía una acerca de Belén. Me gustaría saber algo sobre la noche en el pesebre. Puedo imaginarme a José en ese lugar. Pasto iluminado por la luna. Las estrellas que titilan en el cielo. Belén que brilla a lo lejos. Y él caminando afuera del establo.

¿En qué estaría pensando mientras nacía Jesús? ¿Qué cosas llenaban su mente mientras María daba a luz? Había hecho todo lo que podía hacer: calentar el agua, preparar un sitio para que María se recostase. Había intentado dar a María la mayor comodidad que pudiese lograrse en un establo y luego había salido. Ella había pedido estar a solas y José nunca se ha sentido más solo.

En esa eternidad que transcurre entre el pedido de su esposa de estar a solas y la llegada de Jesús, ¿en qué pensaba? Caminaba bajo el cielo nocturno y miraba a las estrellas. ¿Habrá orado?

Por algún motivo no me lo imagino en silencio; veo a José enérgico, dando pasos. Sacudiendo primero la cabeza y después el puño. Esto no es lo que él tenía pensado. Me pregunto lo que decía...

Esta no era la forma en que yo planeé esto Dios. En absoluto. ¿Mi hijo naciendo en un establo? Así no es como lo había pensado. ¿Una cueva con ovejas, burros, heno y paja? ¿Mi esposa dando a luz con las estrellas como único testigo de su dolor?

Esto no se parece en absoluto a lo que había imaginado. No, me había imaginado a la familia. Me imaginaba abuelas. Me imaginaba vecinos en grupos fuera de la puerta y amigos a mi lado. Me imaginaba la casa reventando con el primer grito del niño. Golpes en la espalda. Risas fuertes. Júbilo.

Así pensé que sería.

La partera me daría a mi hijo y todo el pueblo aplaudiría. María descansaría y nosotros celebraríamos. Toda Nazaret celebraría.

Pero ahora. Mira ahora. Nazaret está a cinco días de distancia. Y nosotros aquí en una... en un establo de ovejas. ¿Quién celebrará con nosotros? ¿Las ovejas? ¿Los pastores? ¿Las estrellas?

Esto no está bien. ¿Qué clase de esposo soy? No he provisto una partera para que asista a mi esposa. Ni una cama para que descanse su espalda. Su almohada es una manta de mi burro. Mi casa para ella es un cobertizo de heno y paja.

El olor es feo, los animales son ruidosos. Hasta yo mismo huelo a pastor.

¿Se me olvidó algo? ¿No es así Dios?

Cuando enviaste al ángel y hablaste del hijo que nacería, no fue esto lo que me imaginé. Pensé en Jerusalén, el templo, los sacerdotes y el pueblo reunido para observar. Una fiesta pública. Un desfile. Por lo menos un banquete. Después de todo, ¡este es el Mesías!

O si no podía nacer en Jerusalén, ¿qué tal en Nazaret? ¿No habría sido mejor Nazaret? Al menos allí tengo mi casa y mi negocio. Aquí ¿qué tengo? Una mula cansada, una pila de leña y una olla de agua tibia. ¡No quería que sucediese de este modo! Así no es como quería que llegase mi hijo.

¡Caramba, lo hice otra vez! Lo volví a hacer ¿verdad Padre? No es mi intención hacerlo; sólo que se me olvidó. Que Él no es mi hijo... es tuyo.

El niño es tuyo. La idea es tuya. Perdóname por preguntártelo pero... ¿Es así como entra Dios al mundo? He aceptado la venida del ángel. Puedo tolerar las preguntas que me hicieron las personas con respecto al embarazo. Acepto el viaje a Belén. Pero ¿Dios por qué un nacimiento en un establo?

En cualquier momento María dará a luz. No a un niño sino al Mesías. No a una criatura sino a Dios. Eso es lo que dijo el ángel. Eso es lo que cree María. Y Dios, Dios mío, eso es lo que quiero creer. Pero con seguridad puedes comprender; no me resulta fácil. Parece tan... tan... tan... raro.

No estoy acostumbrado a tanta rareza Dios. Soy un simple carpintero. Me dedico a lograr que las cosas encajen. Hago que cuadren los bordes. Respeto la línea de la plomada. Mido dos veces antes de cortar. Las sorpresas no son amigas de los constructores. Me gusta conocer el plano. Me gusta verlo antes de comenzar.

Pero en esta ocasión yo no soy el constructor ¿verdad? Esta vez soy sólo un instrumento. Un martillo en tus manos. Un clavo entre tus dedos. Un cincel en tus manos. El proyecto es tuyo no mío.

Supongo que es necio de mi parte cuestionarte. Perdona mi forcejeo. La confianza no es algo que me venga con facilidad Dios. Pero nunca dijiste que sería fácil ¿verdad?

Por último Padre. ¿Ese ángel que enviaste? ¿Existe alguna posibilidad de que pudieses enviarme otro? ¿Si no puede ser un ángel, tal vez a una persona? No conozco a nadie por aquí y me vendría bien un poco de compañía. ¿El mesonero o un viajante tal vez? Hasta un pastor me vendría bien.

Me pregunto. ¿Alguna vez expresaría José una oración semejante? Quizás lo hizo. O tal vez no.

Pero es probable que lo haya hecho usted.

Ha estado parado en el sitio donde estuvo José. Atrapado entre lo que dice Dios y lo que le parece lógico a usted. Ha hecho lo que Él le dijo que hiciera para luego cuestionarse si realmente fue Él quien le habló. Ha elevado su vista a un cielo oscurecido por la duda. Y ha preguntado lo que preguntó José.

Ha preguntado si usted sigue estando en el camino correcto. Ha preguntado si se suponía que girase a la izquierda cuando lo hizo hacia la derecha. Y ha preguntado si existe algún plan que apoye este proyecto. Las cosas no han resultado de la manera que pensaba.

Cada uno de nosotros conoce la sensación que produce buscar luz en la noche. No del lado de afuera de un establo, sino tal vez afuera de una sala de emergencias. En la grava al costado del camino. En el césped bien cuidado de un cementerio. Hemos formulado nuestras preguntas. Hemos cuestionado el plan de Dios. Y nos hemos preguntado por qué Dios obra de la manera que lo hace.

El cielo de Belén no es el primero en escuchar las plegarias de un peregrino confundido.

Si usted está expresando las mismas preguntas que José se formuló permítame que le inste a hacer lo que él hizo. Obedezca. Eso fue lo que hizo.

Obedeció. Cuando lo llamó el ángel. También cuando María le explicó. Obedeció cuando Dios lo mandó.

Fue obediente a Dios.

Fue obediente cuando el cielo brillaba.

Fue obediente cuando el cielo estaba oscuro.

No permitió que su confusión alterara su obediencia. No lo sabía todo. Pero hizo lo que sabía. Cerró su negocio, empacó con su familia y se fue a otro país. ¿Por qué? Porque eso fue lo que Dios le dijo que hiciese.

¿Y usted? Al igual que José, no puede ver el cuadro completo. De la misma manera que José, su tarea es ver que Jesús sea conducido adentro de una parte de su mundo. Y al igual que José puede escoger: obedecer o desobedecer. Por haber obedecido José, Dios lo usó para cambiar al mundo.

¿Puede hacer lo mismo con usted?

Aún hoy en día Dios busca hombres como José. Hombres y mujeres que crean que Dios no ha terminado su obra en este mundo. Gente común que sirve a un Dios poco común.

¿Será usted de ese tipo de persona? ¿Servirás aun cuando no comprendas?

No, el cielo de Belén no fue el primero en escuchar las plegarias de un corazón sincero, ni el último. Y posiblemente Dios no respondió a todas las preguntas de José. Pero contestó la más importante. «Dios, ¿aún estás conmigo?» Y por medio de los primeros llantos del niño Dios llegó la respuesta.

«Sí. Sí, José. Estoy contigo».

Existen muchas preguntas acerca de la Biblia que no podremos responder hasta llegar a nuestro hogar. Muchos agujeros y fotografías. Muchas ocasiones en las que reflexionaremos: «Me pregunto...»

Pero en nuestros cuestionamientos existe una pregunta que nunca hace falta que formulemos. ¿Se interesa Dios? ¿Le importamos a Dios? ¿Ama aún a sus hijos?

Por medio del pequeño rostro del bebé nacido en el establo dice que sí.

Sí, tus pecados te son perdonados.

Sí, tu nombre está escrito en los cielos.

Sí, la muerte ha sido derrotada.

Y sí, Dios ha entrado a tu mundo.

Emanuel. Dios con nosotros.

## ANTE LA TUMBA

---

*Cómo comprender la muerte*



*Estaba entonces enfermo uno llamado Lázaro, de Betania, la aldea de María y de Marta su hermana. (María, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo, fue la que ungió al Señor con perfume, y le enjugó los pies con sus cabellos.) Enviaron, pues, las hermanas para decir a Jesús: Señor, he aquí el que amas está enfermo.*

*Oyéndolo Jesús, dijo: Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella. Y amaba Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando oyó pues, que estaba enfermo, se quedó dos días más en el lugar donde estaba. Luego, después de esto, dijo a los discípulos: Vamos a Judea otra vez.*

*Le dijeron los discípulos: Rabí, ahora procuraban los judíos apedrearte, ¿y otra vez vas allá?*

*Respondió Jesús: ¿No tiene el día doce horas? El que anda de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero el que anda de noche, tropieza, porque no hay luz en él.*

*Dicho esto, les dijo después: Nuestro amigo Lázaro duerme; mas voy para despertarle.*

*Dijeron entonces sus discípulos: Señor, si duerme, sanará.*

*Pero Jesús decía esto de la muerte de Lázaro; y ellos pensaron que hablaba del reposar del sueño. Entonces Jesús les dijo claramente: Lázaro ha muerto; y me alegro por vosotros, de no haber estado allí, para que creáis; mas vamos a él.*

*Dijo entonces Tomás, llamado Dídimo, a sus condiscípulos: Vamos también nosotros, para que muramos con él.*

*Vino, pues, Jesús, y halló que hacía ya cuatro días que Lázaro estaba en el sepulcro. Betania estaba cerca de Jerusalén, como a quince estadios; y muchos de los judíos habían venido a Marta y a María, para consolarlas por su hermano.*

*Entonces Marta, cuando oyó que Jesús venía, salió a encontrarle; pero María se quedó en casa. Y Marta dijo a Jesús: Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto. Mas también sé ahora que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo dará.*

*Jesús le dijo: Tu hermano resucitará.*

*Marta le dijo: Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero.*

*Le dijo Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto?*

*Le dijo: Sí, Señor; yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo.*

*Habiendo dicho esto, fue y llamó a María su hermana, diciéndole en secreto: El Maestro está aquí y te llama. Ella, cuando lo oyó, se levantó de prisa y vino a Él. Jesús todavía no había entrado en la aldea, sino que estaba en el lugar donde Marta le había encontrado. Entonces los judíos que estaban en casa con ella y la consolaban, cuando vieron que María se había levantado de prisa y había salido,*

*la siguieron, diciendo: Va al sepulcro a llorar allí. María, cuando llegó a donde estaba Jesús, al verle, se postró a sus pies, diciéndole: Señor, si hubieses estado aquí, no habría muerto mi hermano.*

*Jesús entonces, al verla llorando, y a los judíos que la acompañaban también llorando, se estremeció en espíritu y se conmovió, y dijo: ¿Dónde le pusisteis?*

*Le dijeron: Señor, ven y ve.*

*Jesús lloró.*

*Dijeron entonces los judíos: Mirad cómo le amaba.*

*Y algunos de ellos dijeron: ¿No podía éste, que abrió los ojos al ciego, haber hecho también que Lázaro no muriera?*

*Jesús, profundamente conmovido otra vez, vino al sepulcro. Era una cueva, y tenía una piedra puesta encima. Dijo Jesús: Quitad la piedra.*

*Marta, la hermana del que había muerto, le dijo: Señor, hiede ya, porque es de cuatro días.*

*Jesús le dijo: ¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?*

*Entonces quitaron la piedra de donde había sido puesto el muerto. Y Jesús, alzando los ojos a lo alto, dijo: Padre, gracias te doy por haberme oído. Yo sabía que siempre me oyes; pero lo dije por causa de la multitud que está alrededor, para que crean que tú me has enviado. Y habiendo dicho esto, clamó a gran voz: ¡Lázaro, ven fuera! Y el que había muerto salió, atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario.*

*Jesús les dijo: Desatadle, y dejadle ir.*

*Juan 11.1–44*

¿D  
ónd  
e  
est  
á,  
oh  
mu  
erte  
, tu  
agu  
ijón  
?  
¿D  
ónd  
e,

oh  
sep  
ulcr  
o,  
tu  
vict  
oria  
?

1  
Cori  
ntio  
s  
15.  
55

Estás abandonando el edificio de la iglesia. El funeral ha terminado. Ahora viene el entierro. Delante de usted caminan seis hombres que cargan el féretro que lleva el cuerpo de su hijo. Su único hijo.

Se encuentra atontado por el dolor. Aturdido. Perdió a su marido y ahora ha perdido a su hijo. Ya no le queda familia. Si le quedaran lágrimas, lloraría. Si le quedara fe, oraría. Pero ambas cosas escasean de modo que no hace ninguna de las dos. Sólo mira fijamente la parte de atrás del ataúd de madera.

Repentinamente se detiene. Los portadores del sarcófago se han detenido. Se detiene.

Un hombre se ha parado frente al féretro. No lo conoce. Jamás lo ha visto. No estuvo presente en el funeral. Tiene puesto un saco de pana y pantalones de mezclilla. No tiene la menor idea de lo que está haciendo. Pero antes de que pueda objetar algo, se acerca a usted y le dice: «No llores».

*¿No llores? ¡No llores! Este es un funeral. Mi hijo está muerto. ¿No llores? ¿Quién es usted para decirme que no lllore?* Esos son sus pensamientos pero nunca llegan a convertirse en palabras. Porque antes de que pueda expresarse, él actúa.

Se vuelve hacia el ataúd, pone sobre él su mano y dice en alta voz: «¡Joven, a ti te digo, levántate!»

«Un momento», objeta uno de los que van cargando el féretro. Pero la frase es interrumpida por un repentino movimiento dentro del ataúd. Los hombre se miran unos a otros y rápidamente lo apoyan en el suelo. Menos mal, porque tan pronto toca la acera la tapa comienza a correrse lentamente...

¿Le parece una novela de ciencia ficción? No lo es. Está en el Evangelio según Lucas. «Y acercándose, tocó el féretro; y los que lo llevaban se detuvieron. Y dijo: Joven, a ti te digo, levántate. Entonces se incorporó el que había muerto, y comenzó a hablar» ( Lucas 7.14–15 ).

Ahora cuidado. No lea ese último renglón demasiado rápido. Hágalo nuevamente. Con lentitud.

«Entonces se incorporó el que había muerto, y comenzó a hablar».

Qué frase tan increíble, ¿no le parece? A riesgo de exagerar, leámosla una vez más. Esta vez repita cada palabra en voz alta. «Entonces se incorporó el que había muerto, y comenzó a hablar».

Excelente. (¿Levantó la vista alguno de los que le rodeaban?) ¿Podemos hacerlo otra vez? Esta vez lea nuevamente en voz alta, pero l-e-n-t-a-m-e-n-t-e. Haga una pausa entre cada palabra.

«Entonces... se... incorporó... el... que... había... muerto... y... comenzó... a... hablar».

Ahora viene la pregunta. ¿Qué es lo que está mal en ese versículo?

¡Acertó! ¡Los muertos no se incorporan! ¡Los muertos no hablan! ¡Los muertos no abandonan su féretro!

A no ser que se presente Jesús. Porque cuando Él se presenta, nunca se sabe lo que puede ocurrir.

Jairo se lo puede decir. Su hija ya había muerto. Los que hacían duelo ya estaban en la casa. El funeral ya se había iniciado. La gente pensaba que lo mejor que podía ofrecer Jesús eran unas palabras amables acerca de la hija de Jairo. Él dijo algunas palabras, es cierto. No eran acerca de la niña, sino que estaban dirigidas a la niña.

«Muchacha, levántate» ( Lucas 8.54 ).

Y antes de que el padre llegara a saber lo que estaba sucediendo, ella se encontraba comiendo, Jesús se estaba riendo y los que habían sido contratados para llorar y gemir fueron enviados de regreso a sus casas temprano.

Marta se lo puede decir. Ella había esperado que Jesús apareciera para sanar a Lázaro. Pero no lo hizo. Luego había tenido esperanzas de que apareciera a tiempo para enterrar a Lázaro. Tampoco lo hizo.

Para cuando llegó a Betania, Lázaro llevaba cuatro días de muerto y Marta se estaba preguntando qué clase de amigo era Jesús.

Ella escucha que Él está en las afueras de la ciudad así que sale corriendo para encontrarlo. «Señor, si hubieses estado aquí» lo confronta, «mi hermano no habría muerto» ( Juan 11.21 ).

Hay dolor en esas palabras. Dolor y desilusión. El único hombre que podría haber provocado un cambio no lo hizo y Marta quiere saber el por qué.

Tal vez usted también. Es posible que haya hecho lo que hizo Marta. Alguno a quien usted ama se aproxima al borde de la vida y se acerca a Jesús buscando su ayuda. Usted, al igual que Marta, se vuelve hacia el único que puede salvar a una persona de caer al precipicio de la muerte. Le pide a Jesús que le dé una mano.

Marta debe haber pensado: *Seguramente que vendrá. ¿No ayudó acaso al paralítico? ¿No ayudó al leproso? ¿No le dio vista al ciego? Y ellos casi no conocían a Jesús. Lázaro es su amigo. Somos como de la familia. ¿Acaso no viene Jesús a pasar los fines de semana aquí? ¿Acaso no come a nuestra mesa? Cuando escuche que Lázaro está enfermo estará aquí en un abrir y cerrar de ojos.*

Pero no vino. Lázaro se empeoró. Ella miraba por la ventana. Jesús no aparecía. Su hermano alternaba entre la conciencia y la inconsciencia. «Pronto llegará, Lázaro», prometía ella. «No te dejes vencer».

Pero nunca llegó el toque esperado a la puerta. Jesús nunca apareció. Ni para ayudar. Ni para sanar. Ni para enterrar. Y ahora, cuatro días después, por fin llega. El funeral ha terminado. El cuerpo ha sido enterrado y el sepulcro está sellado.

Y Marta está herida.

Sus palabras han tenido eco en millares de cementerios. «Si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto».

Si hubieras estado haciendo lo que te correspondía, Dios, mi esposo habría sobrevivido. Si hubieses hecho lo correcto, Señor, mi bebé estaría con vida.

Si sólo hubieras escuchado mi súplica, Dios, mis brazos no estarían vacíos.

El sepulcro descubre nuestra visión de Dios.

Cuando nos enfrentamos a la muerte, es desafiada nuestra definición de Dios. Lo cual, a su vez, desafía nuestra fe. Esto me lleva a formular una pregunta seria. ¿Por qué razón interpretamos la presencia de la muerte como una ausencia de Dios? ¿Por qué pensamos que si el cuerpo no recibe la sanidad es porque Dios no está cerca? La sanidad, ¿es acaso el único medio por el que Dios demuestra su presencia?

En ocasiones lo pensamos. Como resultado, cuando Dios no contesta a nuestros pedidos de sanidad, nos enojamos. Nos volvemos resentidos. El acto de culpar reemplaza a la fe. «Si hubieses estado aquí, haciendo lo que te corresponde, Dios, esta muerte no hubiera ocurrido».

Nos causa preocupación el que esta visión de Dios no tenga un sitio para la muerte.

Hace unos días un huésped de nuestra casa mostró a mis hijas unos trucos. Trucos de magia. Cosas simples de prestidigitación. Me paré a un costado y observé la reacción de las niñas. Estaban maravilladas. Cuando la moneda desaparecía, ellas hacían exclamaciones. Cuando reaparecía, quedaban estupefactas. Al principio me causó gracia su expresión maravillada.

Pero después de un rato, mi sorpresa se convirtió en preocupación. Una parte de mí se sentía molesta por lo que estaba sucediendo. Mis hijas estaban siendo engañadas. Él las estaba embaucando. Ellas, las inocentes, estaban siendo burladas por él, el tramposo. Eso no me gustaba. No me agradaba ver que tomaran a mis hijas por tontas.

Por eso les susurré. «Lo tiene en su manga». Y así era. «Lo tiene detrás de la oreja». Y ¡sorpresa, tenía razón! Tal vez haya sido una brutalidad de mi parte el interferir en la demostración que se hacía, pero me resultaba desagradable estar de observador mientras un engañador hacía caer en un truco a mis hijas.

Tampoco a Dios esto le agrada.

Jesús no soportaba quedarse sentado y observar cómo eran engañados los que estaban de luto.

Entienda, por favor, que Él no levantó a los muertos para bien de los mismos. Los levantó para satisfacción de los que vivían.

«¡Lázaro, ven fuera!» (v. 43 ).

Marta permaneció en silencio mientras Jesús daba la orden. Los que estaban de duelo estaban callados. Nadie se movió al enfrentarse Jesús al sepulcro de piedra y ordenarle que soltara a su amigo.

Nadie se movió, excepto Lázaro. En la profundidad de la tumba, se movió. Su corazón inmóvil volvió a latir. Sus ojos vendados se abrieron de golpe. Entonces un hombre hecho momia en una tumba, se sentó. ¿Le interesa saber lo que ocurrió a continuación?

Permítale a Juan que se lo relate: «El que había muerto salió, atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario» (v. 44 ).

Otra vez lo mismo. ¿Lo vio? Lea nuevamente las primeras cinco palabras del versículo.

«El que había muerto salió».

De nuevo. Esta vez con mayor lentitud.

«El que había muerto salió».

Una vez más. Ahora en voz alta y muy lentamente. (Sé que pensará que estoy loco, pero lo que me interesa es que de verdad comprenda.)

«El... que... había... muerto... salió».

¿Puedo volver a formular las mismas preguntas? (Por supuesto que puedo; ¡yo soy el que estoy escribiendo el libro!)

Pregunta: ¿Qué es lo que está mal en este cuadro?

Respuesta: Los muertos no salen caminando de las tumbas.

Pregunta: ¿Qué clase de Dios es este?

Respuesta: El Dios que tiene las llaves de la vida y de la muerte.

El Dios que descubre la manga del tramposo y expone el engaño de la muerte.

El Dios que le gustaría que esté presente en su funeral.

Él lo hará otra vez, puede estar seguro. Lo ha prometido y ha demostrado que puede hacerlo.

«El Señor mismo con voz de mando[...] descenderá del cielo» ( 1 Tesalonicenses 7.16 ).

La misma voz que despertó a un muchacho en las cercanías de Naín, que movilizó a la hija inmóvil de Jairo, que despertó al cadáver de Lázaro, la misma voz hablará de nuevo. La tierra y el mar soltarán a sus muertos. Se acabará la muerte.

Jesús se aseguró de que eso sucediera.

## CRISTIANISMO INDIFERENTE

---

*Cuando ser bueno no basta*

*Y cuando llegaron al lugar llamado de la Calavera, le crucificaron allí, y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Y Jesús decía: Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen.*

*Y repartieron entre sí sus vestidos, echando suertes. Y el pueblo estaba mirando; y aun los gobernantes se burlaban de Él, diciendo:*

*A otros salvó; sálvese a sí mismo, si éste es el Cristo, el escogido de Dios.*

*Los soldados también le escarnecían, acercándose y presentándole vinagre, y diciendo: Si tú eres el Rey de los judíos, sálvate a ti mismo. Había también sobre Él un título escrito con letras griegas, latinas y hebreas: ESTE ES EL REY DE LOS JUDÍOS.*

*Y uno de los malhechores que estaban colgados le injuriaba, diciendo: Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros.*

*Respondiendo el otro, le reprendió, diciendo: ¿Ni aun temes tú a Dios, estando en la misma condenación? Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; mas éste ningún mal hizo. Y dijo a Jesús: Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino.*

*Lucas 23.33–42*

De  
cier  
to  
te  
dig  
o  
que  
hoy  
est  
ará  
s  
con  
mig  
o  
en  
el  
par  
aís  
o.

Luc  
as  
23.  
43

Casi pierde el vuelo. De hecho, pensé que dispondría de toda la hilera de asientos hasta que levanté la vista y la vi resoplando por el pasillo, arrastrando dos grandes bolsos.

-Odio volar- dijo abruptamente al dejarse caer en su asiento. -Postergo mi llegada aquí lo más que puedo.

«Casi lo postergaste demasiado», dije sonriendo.

Era alta, joven, rubia, bronceada y conversadora. Sus pantalones de mezclilla, respetando la moda, lucían sendos tajos a la altura de las rodillas. Y en sus botas negras relucían punteras plateadas. Descubrí que de veras detestaba volar. Utilizaba la charla como una válvula de escape.

-Voy a casa para ver a mi papá. Se sorprenderá al ver mi bronceado. Piensa que estoy loca por vivir en California, por el hecho de que soy soltera y otras cosas por el estilo. Tengo un nuevo novio, es del Líbano. Pero viaja mucho de modo que sólo puedo verlo los fines de semana, lo cual me viene bien porque me permite tener la casa para mí sola. No está muy lejos de la playa y...

He aprendido lo que debo hacer cuando una amistosa y atractiva mujer se sienta a mi lado. Tan pronto como me sea posible le revelo mi profesión y mi estado civil. De esa manera ambos evitamos dificultades.

-A mi esposa tampoco le gusta volar- dije rápidamente cuando hizo una pausa para respirar, -así que entiendo lo que sientes. Como soy *pastor*, conozco una porción de la Biblia que tal vez quieras leer mientras despegamos.

Saqué mi Biblia de mi portafolios y la abrí en el Salmo 23 .

Por primera vez se quedó callada.

-El Señor es mi pastor- leyó las palabras y luego levantó la vista mientras sonreía ampliamente-. Lo recuerdo- dijo mientras que el avión iniciaba el despegue-. Lo leí cuando era pequeña.

Se dio vuelta para leer un poco más. La siguiente vez que levantó la vista había una lágrima en uno de sus ojos.

-Ha pasado mucho tiempo. Demasiado-. Me contó que antes creía. Se había convertido cuando era pequeña, pero no podía recordar cuándo había sido la última vez que había asistido a la iglesia.

Hablamos un poco acerca de la fe y de las segundas oportunidades. Le pregunté si podía hacerle una pregunta. Dijo que sí.

-¿Crees en el cielo?

-Sí.

-¿Piensas que irás allí.

Miró hacia otro lado por un minuto y luego giró la cabeza y contestó confiada:

-Sí, seguro que estaré en el cielo.

-¿Cómo lo sabes?

-¿Cómo sé que iré al cielo?- Se quedó callada mientras formulaba su respuesta.

Por algún motivo la sabía antes de expresarla. Yo la veía venir. Ella iba a darme su «lista». (Todos tienen una.)

-Bueno, básicamente soy buena. No fumo más de un paquete de cigarrillos por día. Hago ejercicios. Soy responsable en mi trabajo- contaba con sus dedos cada logro- e hice que mi novio se hiciera la prueba del SIDA.

Así me presentó su lista. Sus calificaciones. Según su modo de pensar, el cielo se podía ganar con buenos hábitos de salud y sexo protegido. Su línea de pensamiento era simple, en la tierra respeto mi lista y consigo un lugar en el cielo.



Ahora, antes de que seamos demasiado severos con ella, permítame que le haga una pregunta: «¿Qué cosas están en su lista?»

La mayoría de nosotros tiene una. Casi todos nos parecemos a la muchacha del avión. Pensamos que somos «básicamente buenos». Decentes, personas trabajadoras. Muchos tenemos una lista para probarlo. Tal vez la suya no incluya los cigarrillos ni la prueba del SIDA. Pero igual que ella usted tiene una lista.

«Pago mis deudas».

«Amo a mi cónyuge y a mis hijos».

«Asisto a la iglesia».

«Soy mejor que Hitler».

«Soy básicamente bueno».

La mayoría tenemos una lista. La misma tiene un propósito: Probar que somos buenos. Pero tiene un problema: ninguno de nosotros es suficientemente bueno.

Pablo aclaró este punto cuando colocó dos cartuchos de dinamita de mecha corta en el tercer capítulo de su carta a los Romanos. El primero está en el versículo 10 . «No hay un solo justo», escribió, «ni siquiera uno» (NVI). Nadie. Ni usted. Ni yo. Ni nadie. La segunda explosión ocurre en el versículo 23 . «Porque todos han pecado y no alcanzan la gloria de Dios» (NVI).

¡Bum! Se acabaron las listas. Se acabó eso de ser «básicamente bueno».

¿Entonces cómo se llega al cielo? Si nadie es bueno, si no hay lista que alcance, si no existe ningún logro adecuado, ¿cómo puede entonces alguien ser salvo?

No existe alguna pregunta que sea más fundamental. Para escuchar la respuesta de Jesús al respecto, reflexionemos sobre el último encuentro que tuvo antes de su muerte. Un encuentro entre Jesús y dos criminales.

Los tres están siendo crucificados.

Posiblemente uno quiera pensar que estos dos ladrones son víctimas. Que no merecen el castigo. Hombres buenos que han sido falsamente acusados. Patriotas que están sufriendo una muerte de mártires. Pero ese no es el caso. Mateo disipa cualquier idea semejante con un solo versículo: «Lo mismo le injuriaban también los ladrones que estaban crucificados con Él» ( Mateo 27.44 ).

La tragedia revela el carácter de una persona. Y la de esta crucifixión reveló que estos dos ladrones simplemente carecían de algún carácter. Injurian a Jesús con su último aliento. ¿Los puede oír? Voces, roncas por el dolor, se burlan del Mesías.

«¿Qué rey de los judíos resultaste ser!»

«¿Qué difícil resulta la vida para los Mesías en la actualidad, ¿no?»

«Eh, galileo, ¿por qué no realizas un pequeño milagro?»

«¿Alguna vez viste clavos de ese tamaño en Nazaret?»

Uno lo esperaría de parte de los fariseos. Lo esperaría de la multitud. Incluso no nos sorprende la burla de los soldados. Pero ¿de los ladrones?

¿Hombres crucificados que insultan a un hombre crucificado?

Son dos hombres con la soga al cuello que ridiculizan a un tercero. Dos prisioneros de guerra delante de un pelotón de fusilamiento que se burlan del infortunio de otro.

¿Podiera alguien ser más ciego?

¿Podría alguien ser más vil?

¡Con razón estos dos están en la cruz! Roma los considera merecedores de una tortura cruel. Su único valor para la sociedad es servir de espectáculo público. Desnudarlos para que todos sepan que la maldad no puede ocultarse. Clavar sus manos para que todos vean que los malvados no tienen fuerza. Ponerlos en alto para que todos digan a sus niños: «Eso es lo que les sucede a los hombre malvados».

Cada músculo de su cuerpo clama pidiendo alivio. Los clavos bombean fuego por sus brazos. Las piernas se mueven y retuercen buscando comodidad.

Pero no hay comodidad en una cruz.

Pero aun el dolor causado por los clavos no calla sus lenguas malignas. Estos dos morirán como vivieron, atacando al inocente. Pero en este caso, el inocente no se desquita.

El hombre del cual se burlaban no tenía un aspecto muy agradable. Su cuerpo presentaba la carne arrancada del hueso a jirones por los latigazos. Su rostro era una máscara de sangre y escupidas; sus ojos estaban hinchados. «Rey de los judíos» estaba pintado sobre su cabeza. Una corona de espinas perforaba su cuero cabelludo. Su labio estaba partido. Posiblemente sangraría su nariz o tendría un diente flojo.

El hombre injuriado estaba medio muerto. Había sido golpeado. Pero este hombre estaba en paz. «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» ( Lucas 23.34 ).

Luego de la oración de Jesús, uno de los criminales comenzó a gritarle insultos: «Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros» (v. 39 ).

El corazón de este ladrón permanece endurecido. La presencia de Cristo crucificado no significa nada para él. Jesús es digno de humillar, así que el ladrón lo ridiculiza. Espera que su coro sea armonizado desde la otra cruz. Pero no sucede así. En cambio, lo desafía.

«¿Ni aun temes tú a Dios, estando en la misma condenación? Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; mas éste ningún mal hizo» (vv. 40–41 ).

Increíble. La misma boca que maldecía a Cristo ahora lo defiende. ¿Qué ha sucedido? ¿Qué ha visto desde que está en la cruz? ¿Fue testigo de un milagro? ¿Oyó un discurso? ¿Se le leyó un tratado acerca de la trinidad?

No, por supuesto que no. De acuerdo con Lucas, lo único que escuchó fue una oración, una oración de gracia. Pero fue suficiente. Algo le sucede al hombre que está ante la presencia de Dios. Y algo le sucedió al ladrón.

Vuelva a leer sus palabras. «Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; mas éste ningún mal hizo».

El tema central del evangelio en una sola oración. La esencia de la eternidad por medio de la boca de un malhechor:

Yo estoy equivocado; Jesús tiene razón.

Yo he fallado; Jesús no.

Merezco morir; Jesús merece vivir.

El ladrón sabía muy poco acerca de Cristo, pero lo que sabía era un tesoro. Sabía que un hombre inocente estaba sufriendo una muerte injusta sin que saliera de sus labios queja alguna. Y si Jesús puede hacer eso, existe la posibilidad de que verdaderamente sea quien dice ser.

Por este motivo el ladrón pide ayuda: «Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino».

La pesada cabeza de Cristo se levanta y gira, se encuentran los ojos de ambos. Lo que ve Jesús es un hombre desnudo. No me refiero a la falta de ropa sino a la ausencia de justificaciones. No se encubre. No puede esconderse.

¿Su título? Escoria de la tierra. ¿Su logro? Muerte por crucifixión. ¿Su reputación? Criminal. ¿Su carácter? Depravado hasta el último momento. Hasta la última hora. Hasta el último encuentro.

Hasta ahora.

Dígame ¿qué ha hecho este hombre para merecer alguna ayuda? Ha malgastado su vida. ¿Quién es él para suplicar perdón? Públicamente se burló de Jesús. ¿Con qué derecho expresa esta oración?

¿De verdad lo quiere saber? El mismo derecho que tiene usted de expresar la suya.

Pues veré, ese hombre somos usted y yo en la cruz. Desnudos, abandonados, desesperanzados y apartados. Ese somos nosotros. Ese somos nosotros que rogamos: «A pesar de lo que he hecho, a pesar de lo que ves, ¿existe la posibilidad de que me recuerdes cuando todos lleguemos al hogar?»

No nos jactamos. No mostramos nuestra lista de «méritos». Cualquier sacrificio palidece cuando lo colocamos ante Dios en una cruz.

Es más de lo que merecemos. Pero estamos desesperados. Así que suplicamos. Al igual que lo han hecho muchos otros: el paralítico del estanque. María en las bodas. Marta en el funeral. El endemoniado Gadareno. Nicodemo de noche. Pedro en el mar. Jairo de camino. José en el establo. Y todo otro ser humano que ha osado pararse ante el Hijo de Dios y admitir su necesidad.

Nosotros, al igual que el ladrón, tenemos una oración más. Y como él, oramos.

Al igual que él, escuchamos la voz de gracia. *Hoy estarás conmigo en el paraíso.*

También de manera semejante podemos soportar el dolor que sentimos sabiendo que pronto nos ha de llevar al hogar.

## LA GALERÍA DEL REMOVEDOR DE PIEDRAS

---

Sorprendente galería, ¿no le parece? Una habitación de retratos que van del dolor a la paz. Una sala de fuerza renovada. Un bosque de vigor restaurado.

Una exposición de segundas oportunidades.

¿No sería increíble visitar una de verdad? ¿No sería grandioso recorrer una verdadera colección de «Cañas cascadas y pábilos humeantes»? ¿Qué sucedería

si pudiese ver uno tras otro los retratos de los encuentros de Dios con las personas en sus momentos de dolor? No solamente de los personajes bíblicos, sino también los de las personas contemporáneas como usted. ¡Personas de su generación y de su mundo!

¿Y qué pasaría si esta galería tuviera no sólo la historia de ellos, sino la suya y la mía también? ¿Qué sucedería si hubiese un lugar donde se pudiesen exponer nuestras experiencias de «antes» y «después»? Bueno es posible que haya uno. Tengo una idea para tal galería. Tal vez le parezca fantasioso, pero vale la pena contárselo.

Antes de hacerlo, debemos tratar una pregunta final. Una pregunta que es fundamental. Recién acaba de leer una historia tras otra en las cuales Dios se encontró con las personas en su sitio de dolor. Dígame ¿por qué razón se encuentran estas historias en la Biblia? ¿Por qué están los Evangelios repletos de tales personajes? ¿Personas tan desesperadas? Aunque sus situaciones varíen, sus condiciones no. Están atrapadas. Apartadas. Rechazadas. No tienen dónde ir. En sus labios hay una oración desesperada. En sus corazones, sueños desolados. Y en sus manos, una soga rota. Pero delante de sus ojos está un hombre de Galilea que nunca se rinde y se especializa en entrar cuando los demás se retiran.

Las acciones de este hombre sorprenden por su simpleza. Sólo palabras de misericordia o toques de bondad. Dedos sobre ojos no videntes. Una mano sobre un hombro cansado. Palabras para corazones tristes. Todos estos cumpliendo la profecía: «La caña cascada no quebrará, y el pábilo que humea no apagará».

Vuelvo a preguntar. ¿Por qué se encuentran estas historias en la Biblia? ¿Por qué existe esta galería? ¿Por qué nos dejó Dios un relato tras otro de vidas heridas que eran restauradas? ¿Para que pudiésemos estar agradecidos por el pasado? ¿Para poder mirar hacia atrás y admirar la obra de Jesús?

No. No. No. Y mil veces no. El propósito de estas historias no es el de relatarnos lo que Jesús *hizo*. Su propósito es el de hacernos saber lo que Jesús *hace*.

«Porque las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron», anotó Pablo, «a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza» ( Romanos 15.4 ).

Estas historias no son sólo para la Escuela Dominical. No son fábulas románticas. Tampoco son ilusiones del más allá. Son momentos históricos en los cuales un Dios real se encontró con verdadero dolor para que pudiésemos responder a la pregunta: «¿Dónde está Dios cuando sufro?»

¿Cómo reacciona Dios ante las esperanzas destruidas? Lea la historia de Jairo. ¿Qué siente el Padre con respecto a los enfermos? Párese con Él junto al estanque de Betesda. ¿Anhela que Dios hable a su corazón solitario? Entonces escuche cuando le habla a los discípulos camino a Emaús. ¿Cuál es la palabra de Dios para los avergonzados? Observe mientras su dedo dibuja en la tierra del patio del templo en Jerusalén.

No lo hace por ellos solamente. Lo está haciendo por mí. Lo está haciendo por usted.

Lo cual nos lleva hasta la pintura final de la galería, la suya. Ahora que ha terminado el libro, levante el pincel. Ahora que ha leído estas historias, reflexione

sobre la suya. Párese frente a los lienzos que llevan su nombre y dibuje sus retratos.

No es necesario que sea sobre un lienzo con pintura. Pudiera ser en un papel utilizando un lápiz, en una computadora usando palabras, en una escultura con arcilla, en una canción con letras. No importa cómo lo haga, pero le animo a que lo haga. Registre su drama. Relate sus peripecias. Trame su travesía.

Comience con el «antes». ¿Cómo era su vida antes de conocerlo? ¿Lo recuerda? Tal vez hayan pasado décadas. Quizás fue ayer. A lo mejor lo conoce bien. Quién sabe si es que recién lo haya conocido. Repito, eso no tiene importancia. Lo que importa es que nunca olvide cómo es la vida sin Él.

Los recuerdos pueden doler. Algunas partes de nuestro pasado no resultan agradables de recordar. Pero es necesario traerlos a la memoria. «Piensen en lo que eran cuando fueron llamados», instruyó Pablo ( 1 Corintios 1.26 , NVI). Nosotros, los adoptados, no podemos olvidar cómo era la vida siendo huérfanos. Nosotros, los liberados, debiéramos volver a visitar la prisión. Los hallados, no podemos olvidarnos de la desesperación de estar perdidos.

La amnesia promueve la arrogancia. No podemos permitir que nos olvidemos. Necesitamos recordar.

Es necesario que contemos nuestra historia. No necesariamente a todo el mundo, pero a alguno. Existe alguien que es como era usted. Él o ella necesitan saber lo que Dios puede hacer. El retrato sincero de su pasado puede ser el impulso para el futuro de otro.

Pero no haga un retrato del pasado solamente, pinte también el presente. Describa su toque. Exhiba el cambio que ha hecho en su vida. Esta tarea también tiene sus desafíos. Mientras que puede resultar doloroso pintar el «antes», la pintura del «presente» puede resultar imprecisa. ¡Aún no ha terminado con usted!

¡Ah, pero mire cuánto ha andado ya! Ni siquiera le conozco, pero sé que ha recorrido un largo camino. ¿No existió una época en la que ni siquiera usted hubiera levantado un libro cristiano? Y ahora mírese; ¡casi ha terminado la lectura de uno! Dios ha comenzado una obra en su corazón. Y lo que Dios inicia, lo completa. «Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo» ( Filipenses 1.6 ).

De modo que lleve una crónica de lo que ha hecho Cristo. Si le ha dado paz, dibuje una paloma. Si gozo, pinte un arco iris en una pared. Si valor, cante una canción acerca de los que mueven montañas. Y cuando haya acabado, no lo esconda. Póngalo donde pueda verlo. En un lugar que pueda recordarle a diario el tierno poder del Padre.

Cuando todos lleguemos al hogar, haremos una galería.

Esa es mi idea. Sé que es loca, pero, ¿qué pasa si al llegar al hogar armamos una exposición? No sé si este tipo de acontecimientos están permitidos en el cielo. Pero algo me dice que al Padre no le molestará. Después de todo, habrá bastante espacio y mucho tiempo.

¡Y qué forma de romper el hielo! ¡Qué manera de hacerse de amigos! ¿Se lo imagina? Está Jonás con una ballena de tamaño natural. Moisés frente a una zarza ardiente. David dando lecciones de honda. Gedeón permitiendo que la gente toque el vellón - e/ vellón- y Abraham está describiendo una pintura titulada: «La noche de las mil estrellas».

Se puede sentar con Zaqueo en su árbol. Un joven le muestra una cesta con cinco panes y dos peces. Marta le da la bienvenida a su cocina. El centurión lo invita a tocar la cruz.

Martín Lutero está presente con el libro de Romanos. Susana Wesley cuenta cómo oraba por sus hijos: Charles y John. Dwight Moody cuenta del día que dejó la zapatería para predicar. Y John Newton se ofrece para cantar «Maravillosa gracia» acompañado de un coro de ángeles.

Algunos son famosos, la mayoría no. Pero todos son héroes. Un soldado permite que se siente en la trinchera que ha sido modelada según la que ocupaba cuando conoció a Cristo. Un ama de casa le muestra su Nuevo Testamento manchado de lágrimas. Junto a un nigeriano está el misionero que lo enseñó. Y detrás de un brasileño hay un dibujo del río donde fue bautizado.

En algún sitio de esta arena de esperanza está su historia. Persona tras persona se acerca. Escuchan como si dispusiesen de todo el tiempo del mundo. (¡Y así es!) Lo tratan como si fuese de la realeza. (¡Y lo es!) Salomón le hace preguntas. Job lo elogia por su perseverancia. Josué alaba su valor. Y cuando todos aplauden, usted también lo hace. Pues en el cielo, todos saben que todas las alabanzas se dirigen a una sola fuente.

Y hablando de la fuente, Él también está representado en la galería celestial. Voltéese y observe. Muy arriba de los demás. En el sitio más prominente. Exactamente en el centro. Hay una muestra expuesta en una plataforma elevada por encima de las demás. Puede verse desde cualquier punto de la galería una peña. Es redonda. Es pesada. Se utiliza para tapar la abertura de una tumba.

Pero ya no. Pregúntele a María y a María. A Pedro. A Lázaro. A cualquiera de la galería. Se lo dirán. Las piedras nunca pudieron detener a Dios.

¿Habrá tal galería en el cielo? ¿Quién sabe? Pero sí sé que antes había una piedra frente a una tumba. Y sé con seguridad que fue removida. También sé que hay piedras en su camino. Piedras que hacen tropezar y piedras que atrapan. Piedras demasiado grandes para usted.

Por favor recuerde, el objetivo de estas historias no es el de mirar hacia atrás maravillados, sino el de mirar hacia adelante con fe. El Dios que hablaba, aún habla. El Dios que perdonaba, aún perdona. El Dios que vino, aún viene. Viene a nuestro mundo. Viene a su mundo. Viene para hacer lo que usted no puede. Viene para remover las piedras que usted no puede correr siquiera un poco.

Las piedras no pueden detener a Dios. No pudieron en aquel entonces ni pueden ahora. Él aún remueve piedras.

## ***Guía de Estudio***

---

### ***Capítulo 1 • Cañas cascadas y pábilos humeantes***

### ***Miremos debajo de las piedras:***

1. Describa el aspecto de una caña cascada y el de un pábilo humeante. ¿Qué es lo que los vuelve tan frágiles a ambos, tan próximos a la muerte? ¿De qué forma pueden ser las personas semejantes a cañas cascadas o a pábilos humeantes?
2. Describa alguna temporada en la que se haya sentido como una caña cascada o un pábilo humeante. ¿Cuáles eran las circunstancias? ¿Cómo terminó el asunto?
3. Hable acerca de los comentarios de Max: «El mundo tiene un sitio para los golpeados. El mundo los quebrará; el mundo los apagará. Pero los artistas de las Escrituras proclaman que Dios no lo hará». ¿Le parece que sus observaciones sean verdaderas? Explique su respuesta.
4. Max declara que Dios es «el amigo del corazón herido. Que se encarga de velar por sus sueños» y que Él «tiene un lugar especial para los lastimados y cansados del mundo». ¿Qué le parece que quiso decir con esto? Describa un momento de su vida cuando haya experimentado la verdad de estas palabras.
5. Complete la siguiente oración: «El hecho de que Jesús no quiebre la caña cascada ni apague el pábilo que humea hace que yo sea \_\_\_\_\_».

### ***Edifiquemos sobre la Roca:***

1. Léase Mateo 12.15–21 .
  - a. ¿De qué modo cumple el versículo 15 la profecía de Isaías que se cita en el versículo 20 ?
  - b. ¿En qué forma cumple el versículo 16 la profecía de Isaías que se cita en el versículo 19 ?
  - c. ¿Cómo cumplió Jesús la profecía de Isaías que se cita en el versículo 21 ? ¿Qué significa «esperar» en el nombre de Jesús? ¿Ha hecho usted esto?
2. Léase Lucas 4.14–21 .
  - a. ¿En qué se parece la profecía citada en los versículos 18–19 a la profecía citada en Mateo 12 ? ¿En qué se diferencia?
  - b. ¿Qué significado tiene lo que dijo Jesús en el versículo 21 ? ¿Cómo se había «cumplido» esa profecía? ¿Si realmente se había cumplido qué implica en cuanto a la identidad de Jesús?

## Capítulo 2 • No culpable

### **Miremos debajo de las piedras:**

1. ¿De qué modo «murió» dos veces Rebecca Thompson? ¿Conoce a alguno que haya «muerto» de la forma en que lo hizo ella? De ser así, describa la situación.
2. Nadie puede saber con certeza el motivo por el que saltó Rebecca. ¿Qué piensas usted que la llevó a cometer el suicidio? ¿Temor? ¿Ira? ¿Culpa? ¿Vergüenza? Explique su respuesta.
3. Max escribe: «La vergüenza siempre es dolorosa, sea esta privada o pública. Y si uno no se enfrenta a ella, es permanente. Si usted no consigue ayuda, el amanecer nunca llegará». ¿Qué piensa que significa eso? ¿Está de acuerdo con él? ¿Por qué sí o por qué no?
4. ¿Qué significado tiene para usted la palabra vergüenza? ¿Qué significa para usted la palabra gracia? ¿Cuál es el término más fuerte? ¿Por qué?
5. ¿Cuál es el personaje de la historia de Juan 8 con el que más se identifica? ¿La mujer? ¿El hombre culpable (pero ausente)? ¿Los fariseos? ¿Los hombres de la multitud? ¿Jesús? Explique su selección.
6. Las Escrituras no lo aclaran, pero ¿qué supone que haya escrito Jesús en el suelo?
7. Jesús le dijo a la mujer: «Ni yo te condeno; vete, y no peques más» ( Juan 8.11 ). ¿Le molesta alguna parte de esta declaración? ¿Es lo que esperaba usted que dijese Jesús? ¿Por qué?
8. ¿Se aplican a usted las palabras «no culpable»? Explique su respuesta. ¿Qué sensación le producen esas palabras?

### **Edifiquemos sobre la Roca:**

1. Léase Juan 8.1–11 .
  - a. ¿Cuál era la trampa que intentaban los fariseos tenderle a Jesús? ¿Qué querían ellos que Él hiciese? ¿Cómo evitó Él su trampa?
  - b. El versículo 9 dice: «Pero ellos, al oír esto [la respuesta de Jesús], acusados por su conciencia, salían uno a uno, comenzando desde los más viejos hasta los postreros». ¿Por qué piensa que se fueron primero los más viejos? ¿Por qué es importante este detalle?



2. Léase Romanos 8.1–9 .
  - a. ¿De qué forma explica este texto la frase «no culpable»? De acuerdo con Romanos 8 , ¿a quién se aplica?
  - b. ¿De qué modo explica el versículo 9 la forma en que la mujer descubierta en adulterio podría cumplir con la orden que le fue impartida por Jesús en Juan 8.11 ?

### **Capítulo 3 • No se pierda la fiesta**

#### ***Miremos debajo de las piedras:***

1. ¿Cuál era el problema principal del hijo mayor? ¿Alguna vez se ha sentido como él? De ser así, ¿cuáles fueron las circunstancias?
2. Proporcione su propia definición de amargura.
3. ¿Conoce a alguna persona cuya vida esté marcada por la amargura? De ser así ¿qué se siente cuando está con ella? ¿Qué lecciones has aprendido de él o de ella?
4. ¿Qué quiere decir Max cuando escribe: «Lo que usted tiene es más importante que lo que no tiene»? ¿Tiene razón? ¿Por qué cree que sí o por qué no?
5. ¿Le causó sorpresa enterarse de que Stephen A. Douglas era el mejor amigo de Abraham Lincoln? Si es así, ¿por qué? ¿En qué forma resulta ser Lincoln un buen ejemplo de la verdad central de este capítulo? ¿De qué forma resulta ser un buen ejemplo para nosotros?
6. Max escribe que «no se le permitirá entrar a los malhumorados» a la celebración final de Dios. Si Dios nos llamase a su fiesta hoy, ¿estaría preparado? Explique su respuesta.
7. ¿Por qué algunos no «vienen y participan de la diversión»? ¿Cuáles son las razones que esgrimen? ¿Alguna vez ha esgrimido tales razones? De haber sido así ¿cuáles fueron? ¿Qué fue lo que le convenció para que modificase su forma de pensar?

#### ***Edifiquemos sobre la Roca:***

1. Léase Lucas 15.11–32 .

- a. ¿Con quién se identifica más en esta historia? ¿El hijo menor? ¿El hijo mayor? ¿El padre? ¿Los sirvientes? ¿El becerro cebado? Explique su respuesta.
  - b. ¿Cuál fue la reacción del padre ante el discurso del hijo menor que aparece en el versículo 21 ? ¿De qué modo resulta significativo? ¿Qué puede sugerirle con respecto a su propia vida de oración?
  - c. ¿De qué manera nos ayuda el versículo 32 a comprender Lucas 15.10 ?
2. Léase Hebreos 12.14–15 (NVI).
- a. ¿Qué relación vemos en el versículo 14 entre vivir en paz con todos y ser santos? ¿Cuál es el que lógicamente viene primero?
  - b. ¿Qué relación existe en el versículo 15 entre la «gracia de Dios» y una «raíz de amargura»? ¿Qué efecto produce la gracia de Dios? ¿Qué efecto produce una raíz de amargura?
  - c. ¿De qué maneras ilustra la historia de Lucas 15.11–32 las verdades que se encuentran en Hebreos 12.14–15 ?

## **Capítulo 4 • Cuando usted y los suyos no congenien**

### ***Miremos debajo de las piedras:***

1. Haga una descripción gráfica de un pariente suyo que de verdad le estorbe.
2. ¿Tiene algún pariente «bebé de brea»? Si lo tiene, ¿qué es lo que dificulta la comunicación con él (o ella)?
3. ¿Por qué la vida familiar se vuelve tan difícil? ¿Qué puede hacer cuando los que están más cercanos a usted mantienen su distancia?
4. ¿Qué sensación le produce saber que el propio Jesús tenía una familia difícil? ¿Qué reacción tuvo la primera vez que leyó semejante declaración?
5. ¿Qué le parece que quiso comunicar Jesús cuando dijo: «En todas partes se honra a un profeta, menos en su tierra, y en su propia casa»? ( Mateo 13.57 . NVI)
6. Vuelva a recorrer el capítulo y haga una lista de las muchas formas en las que la familia de Jesús lo deshonró. ¿Cómo reaccionó Jesús ante esos insultos? ¿Qué podemos aprender de esos incidentes?

7. Max escribe: «Vale la pena observar que no intentó [Jesús] controlar el comportamiento de su familia, ni permitió que la conducta de ellos controlara la suya». ¿De qué manera resulta esto ser un excelente principio para nosotros?
8. ¿Cómo cambiaron finalmente los miembros de la familia de Jesús con respecto a su opinión sobre Él? ¿Cómo puede esto aportarnos alguna esperanza?

### ***Edifiquemos sobre la roca:***

1. Léase Salmo 139.5 , Mateo 6.25–34 , Gálatas 4.7 , Efesios 1.5 y 1 Juan 3.1
  - a. ¿Qué nos dicen estos pasajes en cuanto a Dios como nuestro Padre? ¿Qué significa cada uno de ellos para usted?
  - b. Si tiene algún otro versículo favorito, anótalo. ¿Por qué los considera importantes?
2. Compare Romanos 14.14-15:4 con Corintios 10:29–30 .
  - a. ¿Cómo iluminan estos pasajes la capacidad de resistirnos a los intentos de nuestra familia por controlarnos, y como también a nuestros propios deseos por controlarlos a ellos?
  - b. ¿En qué forma generalmente resulta ser Romanos 14.19 una buena receta para lograr la armonía en la familia? ¿Y Romanos 15.2 ? ¿En qué otras situaciones deben también ser considerados otros principios?

## ***Capítulo 5 • Se permite volver a soñar***

### ***Miremos debajo de las piedras:***

1. Max escribe: «Hay momentos donde también nosotros somos llamados a amar, sin esperar recompensa». ¿Puede recordar ocasiones como esta?
2. Hable acerca de la siguiente declaración: «El servicio surge del deber. Este es el llamado del discipulado».
3. El hecho de que el ángel haya hecho rodar la piedra de la tumba del Señor tiene algún significado importante en su propia vida? De ser así, ¿cuál es?
4. Describa algunas ocasiones en su vida cuando Dios ha probado ser un Dios de sorpresas.
5. ¿A qué desafíos se enfrenta en este momento donde las palabras «no se dé por vencido» son especialmente adecuadas?

6. ¿Qué sensación le produce saber que Dios lo está observando a usted y a sus circunstancias?
7. ¿De qué forma aporta la resurrección nueva vida a sus esperanzas y sueños?

### ***Edifiquemos sobre la Roca:***

1. Léase Mateo 28.1–5 .
  - a. ¿Por qué motivo piensa que el ángel no sólo removi6 la piedra sino que luego se sent6 sobre ella (v. 2 )? ¿Por qu6 piensa que le habl6 a las mujeres y no a los guardias ?
  - b. ¿Por qu6 estarían las mujeres «con temor y gran gozo» seg6n nos dice el versículo 8 ?
  - c. ¿Cuáles fallas de l6gica puede descubrir en la fábula descrita en el versículo 13 ?
2. Léase Gálatas 6.9 .
  - a. ¿Qué mandato se da en este versículo? ¿Por qu6 parece resultarnos tan f6cil ignorar este mandato? ¿Qué se nos promete cuando obedecemos el mandato?
  - b. ¿De qu6 manera resultan las dos Marías ser una buena ilustraci6n de la verdad de este versículo?
3. Léase Hebreos 10.32–38 .
  - a. ¿Cuál es el prop6sito de la «lecci6n de historia» en los versículos 32–34 ? Si el escritor estuviese describiendo la experiencia de usted en lugar de la de los hebreos, ¿qu6 habría escrito?
  - b. ¿Qué mandato se da en el versículo 35 ? ¿Cuál es la promesa relacionada que se describe? ¿C6mo se explica esta promesa en m6s detalle en el versículo 36 ?
  - c. ¿De qu6 manera se supone que nos ayude a perseverar la profecía del versículo 37 ? ¿De qu6 forma le anima esta profecía?

## ***Capítulo 6 • Leche cortada***

### ***Miremos debajo de las piedras:***

1. Max escribe: «La leche dulce se vuelve agria al quedar expuesta al calor por un tiempo prolongado. Las disposiciones dulces se vuelven agrias por el mismo motivo». Explique lo que esto significa para usted.

2. ¿Tiene una mayor tendencia a seguir el ejemplo de María o el de Marta? ¿Esto le satisface? ¿Por qué? Si piensa que debe cambiar, describa lo que puede hacer para lograr el cambio.
3. ¿Conoce alguna situación en la que la obra del Señor hecha por alguna persona llegó a ser para ella de mayor importancia que el propio Señor? ¿Alguna vez le ha sucedido tal cosa? De ser así, describa lo que sucedió.
4. Hable acerca de la siguiente declaración: «A Dios le agrada más la atención silenciosa de un siervo sincero que el servicio estrepitoso de un siervo agrio».
5. ¿Por qué a la mayoría de nosotros nos resulta tan fácil olvidar quién es el siervo y quién debe ser servido?
6. ¿Cuáles son los pasos que da para asegurarse que su enfoque no se quede trabado en usted?
7. ¿Cuándo fue la última vez que se tomó un descanso para «sentarse a los pies de Jesús»? Describa lo que hizo y de qué manera afectó posteriormente su comportamiento y su disposición?
8. Converse acerca del chiste del hombre que oraba con una mala disposición en la página **64** ¿Alguna vez ha orado así? ¿Qué le pareció la respuesta de Dios a su oración?

### ***Edifiquemos sobre la Roca:***

1. Léase Lucas 10.38–42 .
  - a. ¿A qué se refería el Señor cuando le dijo a Marta que «sólo una cosa es necesaria» en el versículo 42 ? ¿De qué se trata esta «una cosa»? ¿Existe en su vida?
  - b. ¿Qué es lo más significativo de las palabras del Señor: «María ha escogido la buena parte»? ¿Cómo se relaciona este comentario con su propio andar cristiano?
  - c. ¿Qué promesa se hace en el versículo 42 ? ¿Qué aplicación tiene esta promesa para nosotros?
2. Léase Mateo 21.28–32 .
  - a. ¿Qué nos enseña esta parábola acerca del servicio? ¿Qué lección pudiera haber aprendido de ella Marta?
  - b. ¿A cuál de los dos hijos se parece usted?
  - c. ¿Cuál es el punto que quiere destacar Jesús en los versículos 31–32 ? ¿Por qué parece tan severo aquí?

## **Capítulo 7 • Un presentimiento loco y una esperanza sublime**

### **Miremos debajo de las piedras:**

1. ¿Cuál era el presentimiento loco y la esperanza sublime de la mujer que aparece en Marcos 5 ? ¿Hablando en términos específicos, cómo puede ella ser un ejemplo para nosotros hoy en día?
2. Comente acerca de la definición de la fe de Max: «Una convicción de que Él [Dios] puede y una esperanza de que lo hará».
3. Max escribe: «La fe no se trata de creer que Dios hará lo que usted quiera. La fe es creer que Dios hará lo correcto». ¿Cómo debiera esto modificar la forma en que usted ora? ¿Lo hace?
4. ¿Cree usted que «cuanto más desahuciada sea la circunstancia que le toque vivir, más cercana está su salvación»? ¿Por qué piensa esto o por qué no?
5. ¿Es verdad que «la fe sin esfuerzo no es fe»? Explique su respuesta.
6. Repase la lista de Max de «cosas para hacer» en la página **73** ¿Se menciona en esa lista alguna cosa que usted deba hacer? ¿Existe algo que no se mencione en esa lista que la fe real le impondría que hiciera? De ser así, ¿qué es?
7. ¿Qué es lo significativo del hecho que Jesús llamase «hija» a la mujer afligida? ¿Tiene algún significado para su propia relación con Jesús?

### **Edifiquemos sobre la Roca:**

1. Léase Marcos 5.24–34 .
  - a. ¿Por qué era importante para Jesús enterarse de quién había tocado su ropa? ¿Por qué no ignorarlo y seguir avanzando por su camino?
  - b. ¿Por qué cayó la mujer temblando de temor a los pies de Jesús? ¿Es esta la reacción que hubieras esperado? ¿Por qué sí o por qué no?
2. Léase Hebreos 11.1–6 .
  - a. ¿Cómo define la fe el escritor de Hebreos? ¿Cómo la describiría usted con sus propias palabras?
  - b. ¿Por qué Abel y Enoc son buenos ejemplos de personas de fe? ¿Cómo demostraron su fe?

- c. ¿Cómo incrementa nuestra fe la certeza de una «recompensa» (v. 6 . NVI)?
3. Léase Santiago 2.14–26 .
  - a. ¿Es acertado decir que el escritor de Hebreos define la fe y que Santiago la ilustra? Explique su respuesta.
  - b. Haga un comentario acerca de lo siguiente: «La fe no es obras, pero la fe produce obras». ¿Estaría de acuerdo Santiago con esta declaración? ¿Por qué sí o por qué no?

## **Capítulo 8 • Por siempre joven**

### ***Miremos debajo de las piedras:***

1. ¿Cuándo fue la primera vez que notó con claridad el «amanecer de la vejez» en su vida? ¿Qué sucedió? ¿Qué sensación le produce el hecho de envejecer?
2. ¿Por qué suele suceder que el envejecimiento engendre remordimientos? Intente nombrar algunos ejemplos de esto.
3. ¿Cómo es que en algunas ocasiones los remordimientos conducen a la rebelión? ¿Cómo se puede evitar este proceso?
4. Max escribe que contamos con dos opciones al envejecer: seguridad vs. aventura. ¿Qué significa esto y cómo se dan estas opciones en la vida real?
5. ¿Cómo podemos «recuperar la curiosidad»? ¿Cuáles son las ventajas de hacer tal cosa?
6. Max escribe que Abraham, Moisés, Caleb, Ana y Juan tenían una cosa importante en común. ¿Qué era? ¿Cómo puede esto alentarnos?
7. Cuando se le preguntó por qué había decidido estudiar griego a la edad de noventa y cuatro años, se dice que Oliver Wendell Holmes contestó: «Verá, mi estimado señor, es ahora o nunca». ¿Qué actitud supone que haya movido a Holmes para que hiciese tal declaración? ¿Lo admira por ello? Explique su respuesta.
8. Max escribe: «Al envejecer, nuestra visión debiera mejorar». ¿Qué significa esto? ¿Le parece que esto se cumple en su propia experiencia? ¿Por qué sí o por qué no?

### ***Edifiquemos sobre la Roca:***

1. Léase Lucas 17.20–37 .
  - a. La expresión de Jesús: «Todo el que procure preservar su vida, la perderá; y todo el que la pierda, la conservará» (Biblia de las Américas) se encuentra en medio de una discusión acerca de las condiciones planetarias al arribar la historia a su fin. ¿Por qué resulta esto significativo? ¿De qué manera resulta particularmente importante para los que están envejeciendo?
  - b. ¿De qué forma se convierte la mujer de Lot en una ilustración estremecedora de Lucas 17.33 ? (Véase Génesis 19.12–26 .)
2. Léase Tito 2.2–5 .
  - a. De acuerdo con el versículo 2 ¿cuáles son los deberes especiales de los ancianos?
  - b. Según los versículos 3–5 , ¿cuáles son los deberes especiales de las ancianas?

## ***Capítulo 9 • Lea la historia***

### ***Miremos debajo de las piedras:***

1. ¿En qué sentido le recuerda el dicho de P. T. Barnum, «Cada minuto nace un tonto», a un niño desilusionado y lastimado?
2. Intente recordar la primera vez que lo desilusionaron. ¿Cómo reaccionó? ¿Cuánto tiempo le llevó recuperarse? ¿Qué hicieron sus amigos o su familia para ayudarlo en su recuperación?
3. Max escribe: «La desilusión te ciega a la misma presencia de Dios». ¿De qué manera le sucedió esto a los dos hombres que iban camino a Emaús? ¿De qué manera le sucede a usted?
4. ¿De qué forma obra la desesperación hasta el punto de endurecer nuestros corazones y hacer que nos volvamos cínicos e insensibles? ¿Por qué resulta esto peligroso?
5. Max escribe que los que sufren la desilusión sienten la tentación de dejar de amar, dejar de confiar y dejar de entregar sus corazones. ¿Alguna vez ha visto que alguien reaccione de esta manera? Si la respuesta es afirmativa, ¿qué hizo? ¿Por qué supone que lo hizo?



6. Jesús hizo dos cosas para los hombres en el camino a Emaús: (1) Vino hasta donde estaban ellos; y (2) Les contó la historia de Dios. ¿Cómo sigue siendo esta fórmula la cura para los corazones atribulados? ¿Quiere decir esto que la curación es fácil? Explique.
7. Las expectativas no satisfechas conforman la raíz de la mayoría de las desilusiones. ¿Por qué?
8. Cuando nos sentimos descorazonados, ¿qué efecto ejerce sobre nuestra forma de ver las cosas el conocimiento de que Dios sigue estando al mando?

***Edifiquemos sobre la Roca:***

1. Léase Lucas 24.13–35 .
  - a. «[...] pero nosotros esperábamos[...]», dijo Cleofas en el versículo 21 . ¿Cómo resume esta frase su profunda desilusión?
  - b. La más sorprendente lección de historia que recoge la Biblia se describe en el versículo 27 . ¿Cuáles pasajes específicos piensa que citó Jesús en esta lección?
2. Léase Salmo 135.5–14 y Daniel 4.34–35 .
  - a. ¿Qué imagen de Dios le da el Salmo 135 ?
  - b. ¿Qué imagen de Dios le da Daniel 4 ?
  - c. ¿Qué ayuda nos brindan estas imágenes en los momentos de desilusión?

## ***Capítulo 10 • El poder de una oración tímida***

***Miremos debajo de las piedras:***

1. Sus oraciones, ¿son del tipo Concorde o de la variedad avioneta de fumigación? Explique su respuesta.
2. Max escribe que la oración comienza siendo un anhelo. ¿Un anhelo de qué? ¿Es esto verdad en su caso? Si es así ¿de qué manera?
3. ¿Cuáles son las excusas que damos por no orar como pensamos que debiéramos hacerlo? ¿Cuáles parecen ser sus excusas «predilectas»?
4. El hombre en Marcos 9.24 oró así: «Creo; ayúdame en mi incredulidad». ¿Es esta una oración de fe? ¿Es una oración admirable? ¿Alguna vez ora usted así? Explique.

5. ¿Cómo ilustró la acción de Jim Redmond en los Juegos Olímpicos de Barcelona de 1992 lo que hace por nosotros nuestro Padre celestial? Describa la ocasión más reciente en la que recibió de esta manera la ayuda del Padre.
6. Comente acerca de la declaración de Max: «El poder de la oración está en el que la oye y no en el que la pronuncia». ¿Qué implica esto para nuestra vida de oración? ¿Significa esto que nuestro carácter no tiene importancia para Dios cuando se trata de contestar nuestras oraciones? Explique su respuesta.
7. Ya sea que se parezca a una avioneta de fumigación o a un Concorde, ¿desea mejorar su vida de oración? ¿Cuáles son los pasos específicos que puede dar para lograrlo?

### ***Edifiquemos sobre la Roca:***

1. Léase Marcos 9.14–29 .
  - a. ¿De qué modo había sido condicionado el comentario del hombre «Si puedes hacer algo» por su experiencia con los discípulos de Jesús? ¿Qué efecto ejercen nuestras acciones sobre la opinión acerca de Jesús que tienen los incrédulos?
  - b. ¿De qué manera apuntan específicamente las palabras de Jesús en el versículo 25 a demostrar su poder y autoridad? ¿En qué se diferencia esta curación de un endemoniado de otros eventos similares registrados en las Escrituras?
2. Léase Nehemías 2.1–9 .
  - a. La oración a la que se hace alusión en el versículo 4 ¿es de la tipo Concorde o avioneta fumigadora? ¿Fue respondida? ¿Esto es significativo?
  - b. ¿Qué relación hay entre la oración de 2:4 y las acciones de Nehemías en el Capítulo 1? ¿Qué debiera enseñarnos esto con respecto a nuestra propia vida de oración?

## ***Capítulo 11 • Luces brillantes en las noches oscuras***

### ***Miremos debajo de las piedras:***

1. ¿Con qué frecuencia escoge deliberadamente estar entre los que sufren? La presencia de Jesús en el estanque de Betesda, ¿le da ánimo, le resulta una amonestación o ambas cosas? Explique su respuesta.
2. ¿De qué manera la historia del hombre resulta en realidad ser un relato acerca de usted y de mí?

3. Max escribe: «Debemos reconocer que somos como el paralítico. Inválidos sin opciones». ¿Qué es lo que quiere decir esto? ¿Opina usted igual que él? ¿Por qué sí o por qué no?
4. Haga un comentario acerca de esta declaración: «En el plan de Dios, Él es la norma de perfección. La meta es ser como Él; cualquier cosa inferior es inadecuada». Ubique algunos pasajes de las Escrituras que digan esto de otra manera.
5. ¿Por qué le resulta más sencillo a un soldado raso creer en la palabra de Alejandro Magno (ver página 118 ) que a nosotros creer en la palabra de Jesucristo?
6. ¿Le está diciendo Jesús a usted, como al paralítico, que se «levante» en algún área de su vida? Si la respuesta es sí ¿en cuál? Si lo está haciendo ¿qué piensa hacer al respecto?

### ***Edifiquemos sobre la Roca:***

1. Léase Romanos 3.9–23 .
  - a. ¿Cuáles son los grupos de personas que están incluidas en esta evaluación? ¿Cuáles son los excluidos? ¿En qué grupo está usted?
  - b. ¿Qué significa que «no alcanzan la gloria de Dios» (v. 23 . NVI)? ¿Cuánta seriedad reviste esto?
2. Léase Colosenses 2.13–15 .
  - a. ¿Cuál era su estado antes de profesar la fe en Jesucristo (v. 13 )?
  - b. Enumere, basado en este pasaje, las cosas que Jesús logró para usted en la cruz.
  - c. De acuerdo con el versículo 15 , ¿la cruz fue una victoria para Jesús o una derrota? Explique cómo puede ser esto.

## ***Capítulo 12 • La cosa más difícil que Dios haya hecho jamás***

### ***Miremos debajo de las piedras:***

1. Describa varios ejemplos de «explosiones de amor» que haya disfrutado a través de los años.
2. Max escribe que las explosiones de amor le recuerdan a uno «que lo que tiene es de mayor importancia que lo que quiere y lo urgente no siempre es lo

más importante». ¿Cómo logran hacer esto las explosiones de amor? Intente mencionar unos pocos ejemplos de su propia vida donde haya podido observar este principio en acción.

3. Si los amigos del paralítico se hubiesen dado por vencidos al ver la casa llena, ¿qué supone que habría sucedido con el hombre? ¿Cuenta usted con amigos que harían tanto para ayudarlo como lo que hicieron los amigos de este hombre? ¿Es usted un amigo de estas características para con algún otro?
4. Max escribe: «La fe hace lo inesperado. Y capta la atención de Dios». ¿Alguna vez ha hecho algo inesperado al actuar con fe? De ser así, ¿qué sucedió?
5. Haga un comentario acerca de la siguiente declaración: «Ellos quieren que Jesús dé al hombre un cuerpo nuevo para que pueda caminar. Jesús da gracia para que el hombre pueda vivir». ¿En qué forma se aplica esto a nuestras vidas cotidianas?
6. ¿Le alegra que Dios a menudo pase por alto nuestras peticiones y nos dé a cambio lo que necesitamos? Explique su respuesta.
7. Intente hacer una lista de al menos cinco implicaciones que surjan del hecho de que Jesús tenga la autoridad de perdonar los pecados.

### ***Edifiquemos sobre la Roca:***

1. Léase Marcos 2.1–12 .
  - a. ¿Ante la fe de quién respondió Jesús en esta sanidad del paralítico (v. 5 )? ¿Qué relevancia tiene esto en vista de la gran cantidad de proclamas de sanidad por fe en la actualidad (o de sanidad no recibida)?
  - b. Obviamente resulta igual de sencillo decir: «Levántate, toma tu lecho y anda» o «Tus pecados te son perdonados»; entonces ¿por qué formuló tal pregunta Jesús en el versículo 9 ? Al sanar al paralítico inmediatamente después de haber hecho esta pregunta, ¿cuál era el punto que quería destacar? ¿Qué cualidad se asignaba?
2. Léase el Salmo 50.15 .
  - a. ¿Qué nos instruye en este versículo Dios que hagamos? ¿Qué promete hacer? ¿Cómo debemos responder?
3. Léase Romanos 8.26–27 y Efesios 3.20–21 .
  - a. De acuerdo con Romanos 8.26 ¿qué grado de precisión demostramos al orar? ¿Cuál es la solución de Dios para nuestro problema?

- b. ¿Cómo ayuda este pasaje de Efesios en la comprensión de la oración?  
¿Cómo deberíamos responder?

## **Capítulo 13 • Aquello que sólo Dios puede hacer**

### **Miremos debajo de las piedras:**

1. ¿Cómo definiría el término «legalista»? La mayoría de los que son legalistas ¿se reconocen como tales? Explique su respuesta.
2. ¿De qué modo «prepara (un legalista) el suelo pero se olvida de la semilla»? ¿Qué nos dice esta imagen acerca del legalismo?
3. ¿Por qué razón piensa usted que Jesús ignoró el comentario de Nicodemo en Juan 3.2 y en cambio le respondió: «De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios»? ¿Fue esto un acto de buena educación?
4. ¿Qué es lo que quiere transmitir Max cuando escribe: «Todas las religiones del mundo pueden ser ubicadas en uno de dos grupos: Legalismo o gracia»? ¿A cuál grupo pertenece su religión? ¿Cómo lo sabe?
5. Haga un comentario con respecto a la siguiente declaración: «El legalismo es una tortura lenta, asfixia del espíritu, amputación de los sueños». Si alguna vez experimentó las garras del legalismo, describa su experiencia.
6. ¿Está de acuerdo con la declaración: «Cada logro espiritual es creado y energizado por Dios»? ¿Por qué sí o por qué no?
7. En sus propias palabras defina la palabra gracia (¡y no diga «el favor inmerecido de Dios»!)
8. ¿Cómo prueba Juan 19.39–42 que Nicodemo escapó finalmente de la trampa del legalismo? ¿Cómo fue que escapó de sus garras?

### **Edifiquemos sobre la Roca:**

1. Léase Gálatas 5.1–6 .
  - a. ¿Acerca de cuál peligro nos advierte Pablo en este pasaje? ¿Por qué resulta ser una verdadera amenaza?

- b. ¿De qué modo nos enseña este pasaje que la salvación no puede ser lograda mediante una mezcla de fe y obras?
2. Léase Colosenses 2.20–23 (NVI).
    - a. Según Pablo en el versículo 20 ¿por qué razón debemos negarnos a someternos a las leyes creadas por los hombres? ¿Qué significa esto?
    - b. ¿Por qué razón tienen «apariencia de sabiduría» muchas reglas humanas? ¿Qué cosa las hace atractivas?
    - c. ¿Cuán efectivas resultan nuestras reglas en la restricción de la indulgencia sensual (v. 23 )?
    - d. Según su parecer ¿cuál es el motivo por el que volvemos a quedar atrapados por el legalismo con tanta facilidad? ¿Cuál es la única forma de permanecer libres de él?

## **Capítulo 14 • Gracia de Galilea**

### ***Miremos debajo de las piedras:***

1. ¿Por qué piensa usted que Pedro negó al Señor luego de que fuera arrestado? ¿Alguna vez lo ha «negado» usted de manera similar? De ser así describa la situación.
2. ¿De qué manera resulta la negación de Pedro ser una ilustración de Proverbios 16.18 ? ¿De qué modo nos sirve su experiencia como lección y advertencia?
3. ¿Alguna vez ha sido leal al Señor, desde lejos? De ser así, ¿cuáles fueron las circunstancias que rodearon el hecho?
4. Cuando Lucas 22.61 dice que Jesús «se volvió y miró directamente a Pedro» ¿qué tipo de mirada piensa usted que haya sido? ¿Acusadora? ¿Condenatoria? ¿Compasiva? ¿Exasperada? ¿Triste? Explique su respuesta.
5. ¿Cómo cree que se sentía Pedro en el momento en que se lanzó al lago para encontrarse con el Señor en la playa? ¿Qué pensamiento atravesaba su mente?
6. Max se imagina un momento después de que hayamos pecado y escribe: «Están solos tú y Dios. Ambos saben lo que hiciste. Y ninguno de los dos se siente orgulloso por ello. ¿Qué debes hacer?» ¿Cómo contestaría a esta pregunta?

7. Haga un comentario con respecto a la siguiente declaración: «[Dios] te invita a volver a intentar. Esta vez con Él». ¿Cómo exactamente se hace para volver a intentar algo, esta vez con Dios? ¿Qué cosa hace que sea diferente a la primera vez?

### ***Edifiquemos sobre la Roca:***

1. Léase Juan 21.14–19 .
  - a. La restauración de Pedro no fue completa hasta haber pasado por el encuentro descrito en este pasaje. ¿Qué intentaba lograr Jesús por medio de este encuentro? ¿Cómo lo logró?
  - b. Observe el encargo final hecho a Pedro en el versículo 19 . ¿Cómo resulta ser a la vez diferente e igual a su llamado original que se registra en Mateo 4.19 ? ¿Cuál es la importancia de esto?

## ***Capítulo 15 • La ternura de Dios***

### ***Miremos debajo de las piedras:***

1. Max escribe que Jesús se refería a algún tipo de plan cuando usó frases tales como: «Aún no ha venido mi hora». ¿Cuál es el plan al que se refiere? ¿Un plan para hacer qué cosa?
2. Max escribe: «Lo que motiva el milagro inicial no es la tragedia ni el hambre ni el colapso moral, sino la preocupación por los amigos que se encuentran en un aprieto». ¿Qué le transmite esto con respecto a Jesús? ¿Qué efecto tiene este dato sobre la forma en que usted se relaciona hoy en día con Él?
3. Haga un comentario acerca de la siguiente declaración: «Este milagro le dice que lo que a usted le interesa, también es de interés a Dios». ¿Cuánto hay de verdad en esto? ¿Cómo lo sabe? ¿Qué ejemplos de su propia vida puede aportar para demostrar su veracidad?
4. ¿Cómo piensa que le ve Dios? Si Él hiciera una descripción suya a un ángel, ¿qué diría? ¿Qué piensa de usted?
5. ¿De qué modo ilustra la reacción de Denalyn ante la dificultad de su hija Jenna, el modo en que reacciona Dios ante el dolor de sus propios hijos?
6. El primer milagro de Jesús fue convertir agua en vino en la boda de unos amigos; su último milagro fue sanar la oreja de un hombre que había venido

para arrestarlo (véase Lucas 22.50–51 ). ¿Qué le dice esto con respecto a la disposición de Jesús para escuchar sus peticiones?

### ***Edifiquemos sobre la Roca:***

1. Hebreos 4.14–16 .
  - a. ¿Cómo se describe a Jesús en este pasaje? Enumere cada descripción.
  - b. Basado en las características arriba mencionadas ¿cuál debiera ser nuestra respuesta? ¿Qué cosa se nos anima que hagamos?
  
2. Léase Filipenses 4.6–7 .
  - a. En este texto ¿por qué cosas se nos instruye que oremos? ¿Cuáles son los elementos de oración que menciona?
  - b. De acuerdo con el versículo 7 ¿cuáles son los resultados que podemos esperar si oramos según se nos instruye en el versículo 6 ?
  
3. Léase 1 Pedro 5.6–7 .
  - a. ¿Qué es lo que se nos instruye que hagamos en el versículo 6 ? ¿Cómo se puede lograr esto? ¿Qué es lo que se nos promete?
  - b. ¿De qué modo depende el versículo 7 del versículo 6 ? ¿Qué cosa se nos dice que hagamos en el versículo 7 ? ¿Cuál es la promesa dada?

## ***Capítulo 16 • El loco convertido en misionero***

### ***Miremos debajo de las piedras:***

1. ¿Le causó sorpresa enterarse de que el primer misionero había sido un lunático? Explique su respuesta.
  
2. Max escribe: «La simple presencia de Jesús humilla a los demonios. A pesar de que habían dominado a este hombre, se doblegan ante Dios». ¿De qué modo debiera esto sernos de gran aliento hoy en día?
  
3. Los demonios imploran que Jesús los envíe a entrar en un hato de cerdos y eso hace Jesús. Pero ¿por qué harían los demonios semejante pedido, si inmediatamente condujeron a los cerdos a su muerte? (Véase Juan 8.44 ; 10:10 ). ¿Qué le enseña esto con respecto al carácter demoníaco?
  
4. ¿Cómo pudo el joven Max sobrellevar la tormenta que amenazaba con hacer zozobrar su bote pesquero? ¿Cómo podemos imitar sus acciones en lo que respecta a nuestra relación con nuestro Padre celestial?



5. Max escribe: «Cuando arrecie la lucha, dé un paso hacia atrás para permitir que luche el Padre». ¿Es bueno este consejo? ¿Qué significado tiene en la práctica? ¿Cómo se «da un paso hacia atrás para permitir que luche el Padre»?
6. Según su opinión ¿por qué la gente le pidió a Jesús que abandonara su territorio luego de haber liberado al endemoniado? ¿Puro temor? ¿Temor al cambio? ¿Temor a las pérdidas económicas?
7. Cuando Jesús le dijo al hombre que había sido endemoniado que fuese a su casa, a los suyos y les contase cuánto había hecho Dios por él, fue una de las pocas veces que dio instrucciones de divulgar la noticia de una sanidad. ¿Cuál fue la diferencia en el caso de este hombre? ¿Por qué Jesús le dijo a este hombre que testificase, y a los otros que se mantuviesen callados? (véase Marcos 1.40–45 )

### ***Edifiquemos sobre la Roca:***

1. Léase 1 Corintios 15.8–11 y 1 Timoteo 1.12–16 .
  - a. ¿Por qué se asombró Pablo de que Dios lo llamase a ser misionero? De acuerdo con estos pasajes, ¿cuáles eran sus credenciales?
  - b. De acuerdo con 1 Timoteo 1.16 , ¿por qué escogió Dios a Pablo para que fuese un apóstol? ¿Qué sugiere esto para usted y para mí?
2. Léase 2 Corintios 10.3–5 .
  - a. ¿Qué nos revela este pasaje acerca de la lucha en el ámbito espiritual?
  - b. ¿Cómo nos hace saber este pasaje que sólo podemos ganar la pelea si ponemos nuestra confianza en la fuerza del Padre?

## ***Capítulo 17 • Ver lo invisible***

### ***Miremos debajo de las piedras:***

1. ¿Qué le pareció el «experimento de fe» que realizó Max con sus hijas? ¿Qué intentaba enseñarles?
2. ¿Alguna vez siente deseos de poder conocer el futuro? ¿En qué le beneficiaría poder hacer tal cosa? ¿Cuáles serían las desventajas? Si le fuera posible desarrollar la habilidad de ver todo su futuro ¿lo haría? Explique su respuesta.

3. Max escribe: «Existen momentos en la vida en los cuales todo lo que tengas para ofrecer no es nada en comparación con lo que pides recibir». Describa un momento en su vida cuando esto fue una verdad para usted.
4. ¿Alguna vez ha intentado «regatear» con el Señor? («Haz esto por mí y yo haré...») ¿Por qué está mal el regateo? ¿Por qué a Dios no le interesa en lo absoluto?
5. Max declara que un principio fundamental para poder ver lo invisible es ignorar lo que diga la gente. ¿Qué quiere él decir con esto? ¿Qué tipo de personas deben ser ignoradas? ¿Qué tipo de consejo debe usted rechazar? ¿No podría resultar peligroso el consejo de Max en ciertas circunstancias? ¿En qué tipo de circunstancias?
6. Haga un comentario acerca de las palabras escritas por el prisionero del campo de concentración: «Creo en el sol, aunque no brille. Creo en el amor, aunque no sea expresado. Creo en Dios, aunque no hable». ¿Tienes usted una fe como esta? Explique su respuesta.
7. Max escribe: «La muerte es un pequeño precio a pagar por el privilegio de sentarse a su mesa [la de Dios]». ¿Está de acuerdo con él? ¿Por qué sí o por qué no?
8. ¿Por qué echó Jesús fuera a los que estaban en la casa de Jairo?
9. ¿Qué aprendió acerca de la fe a través del experimento realizado por Max con sus hijas?

### ***Edifiquemos sobre la Roca:***

1. Léase 1 Corintios 15.50–57 .
  - a. De acuerdo con este pasaje ¿por qué «la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios»?
  - b. ¿Qué debe de ocurrir para que podamos ocupar nuestro lugar junto a Dios? ¿Quién posibilita que lleguemos hasta allí (v. 57)? ¿Cómo lo hizo posible?
2. Léase 2 Corintios 4.16–18 .
  - a. ¿Cuál es la razón que da Pablo en el versículo 16 por la cual no se desanima? ¿Cómo amplía esto en el versículo 17 ?
  - b. De acuerdo con el versículo 18 ¿qué duración tiene el mundo que vemos? ¿Qué permanencia tiene el mundo que no podemos ver? ¿Cómo hacemos para «poner nuestros ojos» en Jesús?

## **Capítulo 18 • La oración de José**

### **Miremos debajo de las piedras:**

1. ¿Cuáles preguntas le han surgido por causa del silencio de la Biblia?
2. ¿Qué pensamientos se imagina que se le hayan ocurrido a José en el establo mientras nacía Jesús? Si lo que se imagina difiere de la idea de Max, descríballo.
3. Describa algún momento en que haya estado atrapado entre lo dicho por Dios y lo que parecía ser lógico.
4. ¿Qué significado tiene para usted andar por fe y no por la vista? ¿Cómo puede tener la seguridad de estar en la senda correcta?
5. ¿Qué relación existe entre nuestra obediencia y la guía divina? ¿Por qué resulta inútil pedirle a Dios dirección para su vida si está desobedeciendo algún mandato de las Escrituras?
6. ¿Cuáles instancias de su pasado le llevaron a cuestionar el motivo por el que Dios obró de la manera que lo hizo?
7. ¿Qué es lo que sucede por lo general con su actitud cuando cuestiona la forma en que maneja Dios su vida o sus circunstancias? ¿Existe un patrón que pueda discernir?
8. ¿Cuál es su respuesta a la pregunta de Max: «Servirás, aun cuando no comprendas?»

### **Edifiquemos sobre la Roca:**

1. Léase Hebreos 3.12–19 .
  - a. ¿Cuál es el consejo que se da en el versículo 13 para ayudarnos a obedecer juntos a Dios?
  - b. Observe la íntima relación que existe entre la obediencia y la fe en los versículos 18 y 19 . ¿Cuál es esa relación?
2. Léase 1 Samuel 15.22–23 .
  - a. Samuel le dio este discurso a Saúl después de que el rey desobedeciera un mandamiento divino directo. ¿Con qué contrasta Samuel la obediencia en el versículo 22 ? ¿Cuál de estas dos cosas complace más a Dios?

- b. ¿A qué compara Samuel la desobediencia? ¿Cuáles fueron las consecuencias de la desobediencia de Saúl?
3. Léase Job 42.1–6 .
  - a. Cuando Job se encuentra con Dios cara a cara, ¿qué sucede con sus preguntas?
  - b. Cuando Job finalmente tiene una clara imagen de Dios, ¿cómo reacciona? ¿Cómo acaba la historia en 42:7–17 ? ¿Qué importancia tiene esto?

## **Capítulo 19 • Ante la tumba**

### ***Miremos debajo de las piedras:***

1. ¿Con cuánta frecuencia piensa usted en la muerte? ¿Qué imágenes genera en su mente?
2. Describa lo que sintió y lo que hizo la primera vez que se le murió un ser querido.
3. Al aumentar su edad ¿nota que piensa cada vez más en la muerte? ¿Alguna vez intenta imaginar su propio funeral? Si su respuesta es afirmativa, descríbalos.
4. ¿Cómo es que la muerte «descubre nuestra visión de Dios»?
5. ¿Alguna vez se ha descubierto pensando o diciendo cosas como las siguientes: «Si hubieses estado haciendo lo que te correspondía, Dios, mi esposo habría sobrevivido». «Si hubieses hecho lo correcto, Señor, mi bebé estaría con vida»? ¿Sabe de alguien que se haya comportado de esta manera? ¿Cuál ha sido su reacción en cada caso?
6. ¿Concuerda con el autor cuando dice que muchos de nosotros «interpretamos la presencia de la muerte como una ausencia de Dios»? Explique su respuesta.
7. Max escribe que los cristianos sirven al «Dios que descubre la manga del tramposo y expone el engaño de la muerte». ¿Qué quiere decir el autor con esto? ¿Qué esperanza puede darle esto?

### ***Edifiquemos sobre la Roca:***

1. Léase 1 Tesalonicenses 4.13–18 .
  - a. De acuerdo con este pasaje ¿por qué no deben entristecerse los cristianos como los incrédulos? ¿Cuál es la esperanza que tienen los cristianos a diferencia de los incrédulos?
  - b. ¿Qué promesa se nos da en el versículo 17 ? ¿Cómo esto debe animarnos?
  
2. Léase Juan 14.1–3 .
  - a. ¿Cuál es la manera segura de quitar el temor de la muerte de acuerdo con el versículo 1 ?
  - b. ¿Cuál es la tremenda promesa que se da a todo creyente en los versículos 2–3 ? ¿Cómo puede esto darnos coraje al enfrentarnos a la muerte?
  
3. Apocalipsis 21.1–7 , 9 - 22:5 .
  - a. Enumere la mayor cantidad posible de características de nuestro hogar final que pueda hallar en este pasaje.
  - b. Personalmente, ¿cuál es la mayor promesa contenida en este pasaje?

## **Capítulo 20 • Cristianismo indiferente**

### ***Miremos debajo de las piedras:***

1. La mayoría de sus amigos y conocidos, ¿cree en la existencia del cielo? ¿Cómo se lo imaginan?
  
2. La mayoría de las personas que usted conoce, ¿cómo piensan que se «obtiene la entrada» al cielo? ¿Qué cosas enumeran ellos en su «lista»?
  
3. ¿Qué es lo que tiene en su lista de lo que se necesita para entrar al cielo? ¿Qué confianza tiene de que su lista esté correcta?
  
4. ¿Cómo fue que uno de los ladrones crucificados juntamente con Jesús pasó tan rápidamente de burlarse de Él a pedir que le reservara un lugar en el paraíso? ¿No parece esto una contradicción?
  
5. Max se imagina que el ladrón pensó: «Yo estoy equivocado; Jesús tiene razón. Yo he fallado; Jesús no. Merezco morir; Jesús merece vivir». ¿De qué manera constituyen estas declaraciones «el corazón del evangelio»?

6. ¿Qué sensación le produce la convicción de Max de que: «ese somos usted y yo en la cruz. Desnudos, abandonados, desesperanzados y apartados. Ese somos nosotros». ¿Esto es insultante o acertado? Explique su respuesta.
7. ¿Concuerda en que: «Nosotros, como el ladrón, podemos soportar el dolor sabiendo que pronto nos ha de llevar al hogar»? ¿Por qué sí o por qué no?
8. Si en el cielo pudiese formular al ladrón que estaba en la cruz cualquier pregunta, ¿cuál sería? ¿Por qué?

### ***Edifiquemos sobre la Roca:***

1. Léase Romanos 10.9–13 .
  - a. ¿Cómo podemos entrar en una relación con Dios que sea generadora de vida de acuerdo con este pasaje? ¿Qué «lista» nos da este pasaje?
  - b. ¿Cómo se compara la historia del ladrón con este pasaje? ¿La historia de su conversión sirve como ilustración de lo que escribió Pablo aquí?
  - c. ¿Alguna vez ha dado los pasos que describe Pablo aquí?
2. Léase 2 Corintios 5.1–5 , 17 - 6.2 .
  - a. ¿Para qué propósito nos creó Dios de acuerdo con los versículo 4 y 5 ? ¿Qué garantía nos ha dado de que cumplirá la promesa que nos hizo?
  - b. ¿Por qué el versículo 21 resulta ser un excelente resumen del mensaje del evangelio? De acuerdo con 6:1–2 , ¿cómo se aplica la obra de Cristo a nuestro caso?

## ***Capítulo 21 • La galería del removedor de piedras***

### ***Miremos debajo de las piedras:***

1. ¿Por qué piensa que está la Biblia llena de relatos de hombres y mujeres que sufren?
2. Max escribe: «El objetivo de estas historias no es el de mirar hacia atrás maravillado, sino de mirar hacia adelante con fe». ¿Cuál es la diferencia entre ambos objetivos? Describa cualquier ocasión en la que ha cometido este error. ¿Cómo lo corrigió?
3. Tómese el tiempo necesario, como dice Max, «y registre su drama. Relate sus peripecias. Trame su travesía». Siga su sugerencia y:
  - a. Comience con su experiencia antes de conocer a Jesús.
  - b. Luego describa su experiencia presente.

- c. Por último, cuénteles su historia a otro.
4. Si fuese a elegir un único elemento que caracterice ya sea su experiencia de salvación o su subsiguiente andar cristiano, ¿cuál sería ese elemento? Explique su selección.
5. Hable acerca del comentario de Max: «Las piedras nunca pudieron detener a Dios». ¿Cuáles piedras ha removido Él de su propia vida? ¿Cuáles siguen bloqueando su camino? ¿En qué le ayuda recordar que «las piedras nunca pudieron detener a Dios»?
6. En el libro *Él aún remueve piedras*, ¿cuál ha sido la revelación que más le ha ayudado? ¿Hay alguna cosa que le ha dejado un poco perplejo? Dedique unos pocos momentos al «análisis» de su experiencia en esta lectura.

### ***Edifiquemos sobre la Roca:***

1. Léase 1 Corintios 1.26 y Filipenses 1.6 .
- a. De acuerdo con 1 Corintios 1.26 ¿por qué Pablo consideraba que era importante que los corintios recordasen cómo eran sus vidas antes de Cristo? ¿Es importante que también nosotros recordemos cómo eran nuestras vidas antes de Cristo? ¿Por qué sí o por qué no?
- b. De acuerdo con Filipenses 1.6 , ¿cuáles son las dos verdades que nos ayudan a mantener nuestras vidas cristianas en el carril apropiado?
2. Léase Romanos 15.4 y Corintios 10:11–13 .
- a. De acuerdo con Romanos 15.4 ¿por qué se incluyeron en la Biblia tantos relatos de personas heridas? ¿Cuáles son las dos razones específicas que se dan?
- b. De acuerdo con 1 Corintios 10.11–13 , ¿qué otras razones específicas tenía Dios en su mente al darnos estas historias de la Biblia? ¿De qué forma se supone que nos ayuden estos relatos hoy en día?

1

---

<sup>1</sup>Lucado, M. 2001. *Todavía remueve piedras* . Caribe-Betania Editores: Nashville